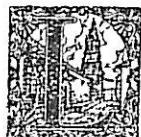


CAPITULO XV

Ataque al campo español de Peyrestortes

Consecuencias del combate de Vernet. - Actitud resuelta de los habitantes de Perpignán. - Se decide el ataque al campo español de Peyrestortes. - Desarrollo del mismo. - El enemigo logra su propósito. - Las tropas españolas se retiran sin ser hostilizadas. - Pérdidas sufridas por ambos bandos. - Causas de la derrota española. - Sus consecuencias. - Abandono de Villafranca y de todas las posiciones españolas en la línea del Tet. - Retirada de los españoles, batidos en Vernet y Peyrestortes, al campo de Ponteillac. - Evacuación del Conflans. - Unas operaciones secundarias. - Invasión, por los franceses, del corregimiento de Talarn, desde el valle de Arán. - Fracaso de la expedición. - Patriótico y heroica actitud de los montañeses catalanes



OS sucesos anteriormente citados tenían que influir de un modo poderoso, tanto en el ánimo español, en un sentido desfavorable, como en el del francés, en sentido contrario. La inesperada victoria abría a la esperanza de los revolucionarios dichosas perspectivas. Todo el plan de envolvimiento de Perpignán por el Norte, toda operación de reconocimiento sobre Salces, llave de paso de las comunicaciones de la plaza con el interior del país, se hacía muy difícil, ya que no imposible, para el intento español. La posición del Vernet aseguraba la defensa de la capital del Rosellón en su frente más débil. No era posible que un general como Ricardos no se hubiera dado cuenta de ello, y por lo tanto, el fracaso experimentado venía a causar en su espíritu una impresión en alto grado desfavorable.

**Ataque y conquista por los franceses
campo español de Peyrestortes.—Bat
de este nombre**

**ATAQUE Y CONQUISTA POR LOS FRANCESES DEL CAMPO
ESPAÑOL DE PEYRESTORTES.—BATALLA DE ESTE NOMBRE.—**
El éxito anteriormente obtenido por los franceses había de causar una violenta conmoción en el espíritu público de la población de Perpignán y de los habitantes del Rosellón y un cambio, si no radical, por lo menos muy diferente en las determinaciones del Alto Mando del ejército español y, por consiguiente, en la marcha de las operaciones. "Este éxito—manifiesta el diario francés, a propósito del combate de Vernet—era de una decisiva importancia, pero lo que más interesaba era sacar de él toda la ventaja que parecía prometernos." Entendiéndolo así, el General D'Aoust hizo expedir rápidamente orden a la división acampada en Salces para que, inmediatamente, se incorporara al grueso de su ejército, combinando al mismo tiempo un ataque a Peyrestortes con el propósito de arrojar de este campo a los españoles.

Actitud decidida y energica de la población de Perpignán

ACTITUD DECIDIDA Y ENERGICA DE LA POBLACION DE PERPIGNAN.—En efecto, con conocimiento de lo que estaba ocurriendo, "una parte de la población de Perpignán, impulsada por el entusiasmo, había acudido presurosa al campo de batalla. Rodeábase y se abrazaba a los libertadores, cuando, de repente, del seno de esta muchedumbre emocionada se alza un grito: ¡A Peyrestortes! Era un grito de salvación; es repetido por todos". (Fervel.) Tan sólo D'Aoust es el único que no participa del mismo entusiasmo. Su inteligencia no puede admitir sea un hecho la inconcebible inacción del campo de Ponteillac y, por consiguiente, no se resuelve a comprometer desde el primer momento sus últimos recursos, a afrontar los riesgos de un desastre de tal naturaleza, que sería causa de su pérdida irreparable, mas no para los españoles caso de ser ellos los derrotados. Pero el tiempo pasa y las circunstancias no se muestran favorables a estas dilaciones y tardanzas, y en tanto que se entrega a estas vacilaciones, el representante Cassanyes lleva consigo el mandato de la deliberación popular, a lo largo del camino de Salces, y corre dispuesto a llevarse, sin demora alguna, a la división Goguet. Eran las diez y media. A las cinco de la tarde las dos divisiones francesas debían encontrarse, siguiendo cada una su camino, frente al campo español.

El campo de Peyrestortes

EL CAMPO DE PEYRESTORTES.—Y ciertamente que era, por todos conceptos, importante la situación y favorables las condiciones inherentes a este campo atrincherado ocupado por nuestras tropas. Basta recordar, para darse cuenta de ello, cuanto expusimos al tratar de su descripción, hecha en la reseña geográfica que figura a la cabeza de este tomo. Aunque en aquellas circunstancias la posición española más avanzada estuviese establecida en Rivesaltes, en la margen derecha del Gly, escasamente a dos kilómetros de distancia se encontraba el campo de que tratamos, sobre el plano superior de una meseta, al sur del lugar de Peyrestortes y a las inmediaciones del camino que, desde Estage, en la margen izquierda del Gly, conduce a Perpignán, pasando por Vernet. Al oeste de este campo, a unos tres kilómetros, hallábase el lugar de Baxas, al pie de la cresta de los Aspres y con comunicación también con el Vernet por un camino practicable a la artillería.

Topográficamente, en tanto que del lado de Perpignán, es decir, hacia el Sur, el plano de la meseta descendía en talud suave a unirse con la llanura; en cambio, del lado opuesto, o sea hacia el Norte, la meseta presentaba un rápido descenso, a modo de cortadura o escarpado, ante la llanura por donde, a unos tres kilómetros y medio o un poco más, corre el Gly. El costado oriental, sobre el camino a Vernet, ofrecía los mismos caracteres de cortadura del frente septentri-

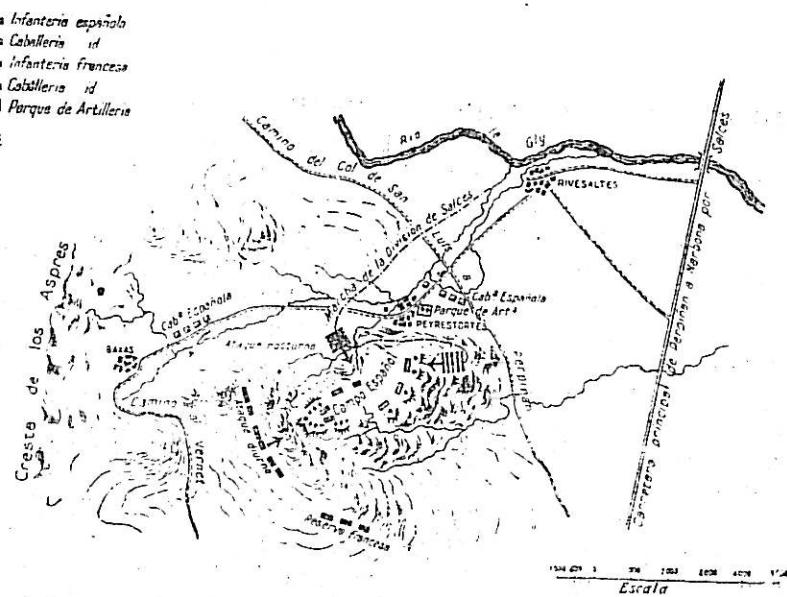
nal, y en cuanto al frente occidental, por su proximidad a la montaña y por los accidentes del terreno, podía considerársele como el frente más peligroso y favorable, por lo tanto, al asalto enemigo. Fácil es comprender que, dadas las circunstancias anteriores, la meseta de Peyrestortes no es otra cosa, en realidad, que el último elemento de la línea de alturas que constituye la divisoria de las aguas entre las dos cuencas del Tet y del Gly.

Seguros los nuestros de la fortaleza propia del campo, no habían tomado la precaución de atrincherarle por los frentes Norte y Este, y tan sólo por el Sur, en vista del suave descenso del plano superior y de su falta de obstáculos naturales, se habían contentado con asentar algunas baterías, dispuestas de tal manera que barriesen con sus

PER-iendo, tusias- y se a mu- ra un 'Aoust gencia campo r des- iegos a irre- tados. rables s ve de la e dis- an las as de- campo

a, porciones de ropa. tratar la cación es-
1 mar-
cia se le una es del
nduce
1 unos de los
amino

decir,
unirse
rte, la
escar-
o un
a Ver-
entrio-



BATALLA DE PEYRESTORTES
17 Septiembre 1793

disparos el ancho campo por donde podía presentarse el enemigo. Pero del lado de la montaña, o sea por el flanco izquierdo, y por el cual, según hemos anotado antes, podía llevarse a efecto una sorpresa a favor de los accidentes del terreno, toda clase de atrincheramientos y obras adecuadas se habían construido para asegurar la defensa de la posición, según las enseñanzas de la fortificación de aquel tiempo. En éste frente, aprovechándose de los profundos barrancos adosados al borde de la meseta, siendo causa de su estrechamiento, se había construido una larga trinchera uniendo las cabezas de todas las cortaduras y barrancos, estableciéndose una especie de foso avanzado que defendía los puestos de vanguardia. Más atrás, a retaguardia, se habían construido obras atrincheradas de consideración, a fin de aumentar las condiciones de defensa de la formidable artillería.

ría—así calificada por la información francesa—que se había establecido para barrer con sus fuegos el doble barranco abierto a los pies de la meseta.

El parque de artillería, así como el campamento de las tropas de caballería, estaban estacionados al pie de la meseta, a las inmediaciones del lugar de Peyrestortes, entre la posición y la citada carretera de Estagel a Vernet. Los informes franceses elevan a 2.000 el número de los caballos.

Haremos observar también que la comunicación del campo de Peyrestortes con el de Ponteillac quedaba establecida a través del río Tet por el puente recientemente construido en San Feliú, no lejos de Millas y a una legua de Thuir.

Primer ataque francés

PRIMER ATAQUE FRANCES.—Hallábanse nuestras tropas fugitivas acogidas al campo de Peyrestortes, cuando a las diez de la mañana se vieron llegar al campo de Vernet más tropas enemigas con propósito, al parecer, de atacarnos. “Tocóse la generala—declara nuestro diario oficial—y formóse nuestra tropa al frente de su campamento, y viendo que los enemigos no se adelantaban, mandó Courten se retirasen a sus tiendas a comer. A las dos de la tarde le dieron parte de que los franceses, en tres columnas de infantería y caballería, se dirigían por la derecha a nuestro campo y que les seguían otras dos con artillería.” Era, en efecto, D'Aoust, que después de haber hecho venir del campo de la Unión refuerzos que elevaban su fuerza a 4.000 hombres, había abandonado, por fin, el Vernet y, remontando el canal que bordea el pie del largo glasis cuya cresta viene a estar formada por las alturas de Peyrestortes, había desfilado sin obstáculo alguno hasta aquel punto de enlace del camino de Saint-Estève con el de Baxas, dos kilómetros al oeste de la posición española.

Llegado a este punto, y después de ordenar hacer alto a sus tropas, decidido a llevar a cabo el asalto inmediato de la posición española por el flanco occidental, dispuso su división en tres columnas, más una que había de quedar en observación. La columna de la izquierda había de atacar con toda la artillería de posición, al mando del General Lamartillère; la del centro marcharía a las órdenes de Ramel, y la de la extrema derecha, mandada por Soulheirac, con dos batallones y un pelotón de 60 gendarmes a caballo, debería, según las circunstancias, o cubrir la retirada hacia el Vernet o tantear un falso ataque contra nuestra posición.

El ataque a fondo o verdadero ataque que este movimiento preparatorio indicaba debía ser llevado a cabo por la parte occidental del campo, corriéndose por el fondo de los barrancos con el propósito de escalar las alturas, guarneidas por nuestros infantes y defendidas por nuestros cañones. Se trataba, por lo tanto, de parte de los franceses el atacar el frente más sólido y mejor armado de la posición española. Qualquiera que pudiera ser el acierto de esta decisión por parte del Alto Mando francés, es lo cierto que a las dos de

sta-
los
de
lia-
re-
el
de
río
jos

igi-
na-
con
ara
im-
ur-
on
·ia,
ras
ber
er-
on-
e a
bs-
Es-
la.
ro-
es-
m-
la
ido
de
los
ún
un

re-
tal
pó-
de-
de
po-
ci-
de

la tarde las columnas citadas hallábanse plenamente formadas y dispuestas a desembocar en el llano y comenzar su ataque, aunque era preciso esperar a que Goguet llegase con sus 3.500 hombres, debiéndose anunciar la llegada de estas tropas por tres disparos de cañón con intervalos que se determinarían previamente.

Inmediatamente que tuvo Courten conocimiento de la presencia del enemigo se apresuró a dar "las más vivas y acertadas providencias para que toda la tropa se pusiese en los puestos ya señalados, saliendo por las cortaduras, acompañado de los generales, con algunos cañones y obuses, sostenidos por un batallón de guardias españolas, que hizo colocar a la derecha, y por el de Navarra, a la izquierda, yendo por el centro la caballería, mandando que esta tropa fuese a ocupar las alturas inmediatas al campamento". (D. O. E.)

Pero las horas iban pasando y en el campo francés todo eran órdenes y contraórdenes. Hacia las cinco de la tarde, advertido D'Aoust de la próxima llegada de su colega Goguet, dió la señal de la marcha, la iniciación del ataque. El plan de éste no podía estar más definido. Lemoine, por el flanco izquierdo, avanzaría describiendo un gran arco de círculo, que debía llevarle hacia las crestas por el coll de Baxas, única vía practicable a la ascensión de la artillería. Como consecuencia de este movimiento envolvente, el centro y la derecha avanzarían con extrema lentitud. Finalmente, el cuerpo de observación, como cuerpo de reserva, se escalonaría a retaguardia detrás del flanco derecho.

Dándose cuenta Courten de que estas fuerzas se dirigían a ocupar con gran prisa las mismas alturas que él había ordenado ocupar a las suyas, dispuso que toda la caballería a una vez, por la derecha, por la izquierda y por el centro, les atacase a gran galope y con el mayor impetu, a fin de desordenarles. No pudo verificarse este ataque de una manera completa "porque sólo entraron con firmeza parte de los carabineros reales y los caballos ligeros de la guerrilla mandada por el Coronel don Fernando Cagigal". Este ataque de nuestra caballería hubo de realizarse apenas habían los franceses adelantado de 700 a 800 pasos, después de algunos disparos de cañón hechos al azar y desembocando nuestros jinetes, a un mismo tiempo, por el valle de Peyrestortes, a la izquierda, y por el coll de Baxas, por la derecha, amenazando así las dos alas del frente contrario, según doble ataque simultáneo, que, al decir de Fervel, era la maniobra favorita de nuestra caballería.

Aunque la carga de nuestros jinetes causase, en un principio, algún desorden en los enemigos, al no ser general, a causa de lo insuficiente de sus contingentes, resultó infructuosa.

Reconoce nuestra información oficial que los franceses, contenido el primer empuje de los nuestros, lograron reunirse luego, formando el cuadro su infantería, como era imprescindible ante el ataque de la caballería y colocando su artillería en los ángulos para contrarrestar otro ataque de la misma. Pero este ataque no hubo de realizarse al ver ésta que los enemigos, situados ya en una respetable posición, dirigían con buen acierto el fuego de sus piezas, **avanzando con él en esta disposición**. Tal es la frase de nuestro

diario oficial. Según el relato francés, nuestra caballería fué prime-
ramente ametrallada por la artillería ligera de los revolucionarios,
después, abordada por los dos escuadrones de Ramel, tras cuyas
huellas se precipitaron dos batallones de tiradores, que fueron los
que formaron un gran cuadro, no pudiendo darse la satisfacción de
quemar un solo cartucho, al retirarse precipitadamente nuestros ji-
netes.

Ante este hecho, las columnas francesas parecieron quedar en
condiciones de proseguir su ataque libremente, y en efecto, no les
fué muy difícil llegar prontamente al pie de las alturas correspon-
dientes al flanco occidental o flanco izquierdo de nuestra posición,
viniendo a desplegarse un poco atrás y sobre la derecha del doble
barranco que formaba por este lado la cabeza o frente del campo
español.

Courten se mantenía firme en su puesto, distribuyendo sus fuer-
zas de infantería a lo largo de las trincheras en el intervalo de las
baterías, dispuesto a hacer frente al asalto del enemigo. Pero éste
no se llevaba a cabo, y la razón de ello no era otra que la ausencia de
Goguet, que no llegaba con los suyos, siendo esto causa de que
D'Aoust esperase impaciente la señal que había de darle Lemoine
como prueba de que había llegado al punto que se le indicara, esta-
bleciendo en él su artillería. Pero esta artillería no pudo avanzar rá-
pidamente a causa de la aspereza del terreno, que la obligaba a re-
correr su camino con una lentitud desesperante.

A pesar de todo, nuestras 40 piezas de artillería seguían tro-
nando, y los soldados franceses, al abrigo de los pliegues y acciden-
tes del terreno, tenían muy poco que sufrir del fuego enemigo, aun-
que, como es lógico, en aquella situación su impaciencia llegara al
extremo. Así bastó para que sin pensar más en la llegada de la di-
visión de Salces, apenas vieron resplandecer sobre las crestas 'el
resplandor de los disparos de las primeras piezas de Lemoine, se
lanzasesen a penetrar en el barranco que les separaba de los nuestros.
Batido éste por los fuegos de la artillería y de la infantería española,
de gran profundidad y de bordes escarpados, los asaltantes no tar-
daron mucho en recular. Nuevamente lanzáronse a la carga; su es-
fuerzo resultó vano. Por tercera vez se lanzaron en confuso torbe-
llino; ¡imposible salir de aquel abismo! Así las cosas, bien puede
afirmar el comunicado oficial español, que da testimonio del hecho,
"que nuestra tropa se mantuvo firme en sus puestos hasta después
de haber anochecido, en que, habiendo observado Courten que ha-
bía cesado el fuego enemigo, mandó retirar los batallones que solos
sostuvieron el puesto, pues la caballería, desde el principio del caño-
neo, por una falsa voz, les abandonó". Aquí se hace referencia nue-
vamente al hecho, que ya conocemos, de la falsa orden dada a la ca-
ballería.

La noche iba, en efecto, a llegar y Goguet no aparecía. Sin duda
alguna, D'Aoust había logrado parte de lo que se proponía. Esto dió
lugar en él a un nuevo estado de vacilación e incertidumbre. Como
primera decisión, se dispuso que las tropas que habían intentado el

asalto retrocedieran a sus anteriores posiciones y que unos cuantos hombres quedaran en el barranco para practicar en los taludes del mismo rampas que permitieran transportar los cañones.

Para mayor claridad del hecho que estamos relatando advertiremos que en una nota al pie de la página, Fervel da cuenta de que Cassanyes afirma que él recibió una orden de retirada en esta ocasión y que ésta tuvo un comienzo de ejecución, no tomando parte en ella más que la retaguardia de las tropas de D'Aoust, pero cuando ya la división de Salces había llegado y era dueña del campo. Y es curioso que el diario francés que conocemos afirme que el cañoneo duró hasta la noche y que durante este tiempo el gran campo de la Unión fué atacado, tratando el General Ricardos de distraer la atención francesa de este lado. "Pero el General D'Aoust no se dejó engañar y conservamos nuestras posiciones." Confesamos que no hemos podido confirmar o comprobar la exactitud de esta noticia, que desde luego no parece ser exacta.

Segundo ataque francés.—Incorporación de la división de Salces

SEGUNDO ATAQUE FRANCES.—INCORPORACION DE LA DIVISION DE SALCES.—De esta incorporación dependía, en gran parte, la decisión de la empresa acometida por las tropas de la Revolución. A las diez y media de la noche Cassanyes había partido de Vernet y, tomando la ruta de Narbona, con una débil escolta de ocho hombres, encaminóse en busca de la división de Salces, no adoptando mayores precauciones en su marcha, previendo que las patrullas españolas se habían retirado a la proximidad del enemigo. Al mediodía estaba ya en Salces. A su llegada, los clamores de victoria habían levantado el ánimo de la división. Inmediatamente púsose en marcha.

Apenas llevaba ésta un cuarto de hora cuando, de repente, se detiene. Cassanyes, que había avanzado para anunciarla a D'Aoust y a sus tropas, se vuelve y, enfrentándose con Goguet, le grita: ¿Qué haces, desdichado? Goguet le enseña una contraorden firmada por Fabre y D'Aoust. El representante, indignado, no puede creer en lo que ve, y queriendo tener la razón de este inconcebible cambio, vuela al Vernet. En la posición francesa no hay nadie; lánzase, en vista de ello, en la dirección de las tropas en marcha, llega a la presencia de D'Aoust y le fuerza a explicarse. El joven general francés le declara cómo se menosprecia la orden referida e inmediatamente expide, por su parte, una nueva con la prevención formal de avanzar. Cassanyes se precipita tras el ordenanza que transmite el despacho, completamente decidido, pase lo que pase, a usar de sus plenos poderes sin consultar más con nadie. Pero no tiene que esforzarse mucho para ver realizado su propósito. Pronto llega a reunirse con la división de Goguet, que inmediatamente reanuda su marcha.

"Deseosa de establecer contacto con el enemigo, la división avanza a paso redoblado, llena de emoción, oyendo el estampido intermitente del cañón de Peyrestortes." (Fervel.) Y ella, que acababa

de dejar atrás a Rivesaltes, en el que ya había podido apercibir los resplandores de la fusilada, pues la noche estaba llegando, se presenta cuando el combate, que, dos veces suspendido, se había reanudado otras dos veces, cesa bruscamente. Nadie duda; es un tercer ataque rechazado. ¿Qué hacer? ¡Avanzar!, exclama el representante, inspirado por su patriotismo. ¡Soy yo, hombre del país, quien conoce los lugares, yo el que os conducirá! Y al momento se coloca a la cabeza de la columna, penetra en el pequeño valle de Peyrestortes, dobla y deja atrás el pueblo, llega al campo al pie de un revés escarpado, en una hondonada que la artillería enemiga no puede descubrir y, apenas ha reunido 500 hombres, cuando él hace marcar los tres disparos de advertencia, señal convenida con D'Aoust. Eran las siete y cuarto de la tarde, en el mes de septiembre."

Nuestra información oficial declara que las tropas enemigas que guarnecían el castillo de Salces, después de puesto el sol, se pusieron en marcha en tres columnas con dirección a nuestro campo y que anochecieron cerca de él. Nuestro Alto Mando estaba prevenido. Courten había mandado poner sus avanzadas y dispuesto que por partidas de tropas ligeras y guerrillas diversas se reconocieran todas las inmediaciones de la posición. Así se había hecho cuando, a muy poco rato, se oyó el fuego de estas tropas sueltas, al que correspondía la artillería enemiga, mientras seguía el avance de sus columnas de ataque. Y fué en este preciso instante, según nuestra información oficial, aquel en el que Courten hubo de disponer la colocación de toda la tropa en sus puestos para contener al enemigo mientras la artillería rompía el fuego. Se había ya iniciado la acción cuando llegó la orden del Capitán General del ejército en respuesta de los partes sucesivos que Courten le había ido enviando, previniéndole retirarse las tropas con la artillería y las tiendas y que, en el paso de San Feliú dejase un puesto con 2.000 infantes, 400 caballos y 20 piezas.

Llegó esta orden a Courten en medio de lo más vivo de la acción, atacado por todas partes de los enemigos. Reconoce la información francesa, que sorprendidos los españoles por la reanudación del ataque francés, acusado por la extraña explosión de los disparos de la artillería francesa, como señal del arribo de las tropas de Salces, prontamente hicieron acto de presencia y batieron con sus fuegos el terreno por donde el enemigo ha hecho su aparición. Pero Cassanyes, que había abandonado sus piezas, se desliza a lo largo del revés de la posición y logra ganar, en la punta oriental de las alturas, uno de los escalones de la pendiente de la cresta, por el que la división marcha tras las huellas del representante a agruparse sucesivamente y en el más completo silencio. Los nuestros no duermen, persisten en su actitud, batiendo con sus fuegos los puntos que juzgan siempre amenazados. Su insistencia queda plenamente justificada cuando la imprudente precipitación de una compañía de granaderos franceses que llega a penetrar en una hondonada, en lugar de seguir el movimiento oblicuo de las demás fuerzas, sube derechamente hacia los atrincheramientos, aborda de frente una de las baterías, que estaba advertida, y se deja aniquilar.

Crítica situación de las tropas españolas

CRITICA SITUACION DE LAS TROPAS ESPAÑOLAS. — Mas como esta débil ventaja comenzara a reanimar a los defensores, de repente, hacia su derecha, un largo y formidable grito se alza. Los españoles vuelven a sus puestos; "eran los franceses, que se lanzaban como leones, dice Cassanyes, por la punta oriental de la meseta"; el campo había sido invadido. Estupefactos, los nuestros tratan de resistir, adoptando alguna formación adecuada, pero todo es en vano; el ataque es irresistible y únicamente podemos oponer nuestra bravura individual. Comienza entonces una terrible mezcla, una lucha cuerpo a cuerpo, en la que los contendientes pueden herirse a golpe cierto, merced a la espléndida claridad de la luna, que iluminaba la escena.

Courten, que había recibido la orden de retirada y se había visto atacado por todas partes de los enemigos, "viendo, asimismo, que los franceses aumentaban por instantes el fuego de fusilería y artillería, mandó reforzar uno de los puestos principales atacado, que estaba al mando del Teniente General don José Simón de Crespo, con el quinto batallón de guardias españolas y después con el tercero, llevando él mismo al batallón del regimiento de España para que con este auxilio pudiera dicho general mejor defenderse; recorriendo luego toda la línea, dando las más activas providencias en el apuro en que se hallaba". Y es lamentable tener que confesar que, sin embargo de la orden que había dado quien hacía las funciones de mayor general de la caballería, "ésta se mantuvo sobre el camino real de San Feliú para cubrir la retirada de las tropas, y a las once de la noche no pudieron juntarse apenas 60 caballos, pues los demás, **guiados de la falsa voz**, como se había dicho, **se habían por sí retirado**".

Nuestra situación comenzaba a ser desesperada. Así, la marcha de los acontecimientos, cuando el Coronel del regimiento de Extremadura, don Gregorio de la Cuesta, avisó que los enemigos estaban ya dentro de su campamento. Algunos batallones de infantería, abandonados a su propia suerte, hicieron prodigios de valor, mezclándose a la bayoneta con los enemigos, apoderándose el Capitán de cazadores de Chiclana don Tiburcio Garcelán de una de las banderas correspondientes a una fuerza francesa que había entrado en una de nuestras baterías y defendiendo bizarramente a palmos el terreno, costando así esta acción a los enemigos mucha sangre y dando nuestros soldados prueba de su tenacidad y temerario arrojo.

"En tan crítica situación—expone nuestro diario oficial—, considerando Courten la ninguna proporción de refuerzo, pues el Capitán General, con el grueso del ejército, se hallaba en el campo de Ponteillac, distante seis leguas buenas; el abandono de la caballería y el desorden que esto causó en alguna parte de la infantería; que de un instante a otro podía ser atacado de las tropas de Salces, que ya estaban a la vista; que tenía ya poquísimas municiones, pues con el vivísimo fuego de todas las baterías de la línea en todas las acecio-

nes tan repetidas de este día las había apurado casi todas, con resentimiento de las mismas piezas, y que la oscuridad de la noche y el continuo fuego de la artillería habían ya confundido unas tropas con otras, sin distinguirse cuáles eran las enemigas, temiendo que le cortasen la retirada a San Feliú y perder aquella porción de tropas que con tanta gloria se habían defendido, estando con las armas en la mano desde las dos de la mañana hasta las once de la noche, resolvió recoger la infantería que le quedaba, siendo éste su primer objetivo, y avisó a Crespo que ejecutase la retirada de aquellas tropas que estaban defendiéndose bizarramente, viniendo al llano de Peyrestortes a unirse con él, y cuando esto no le fuese posible, se dirigiese al punto de reunión de San Feliú, retirando, si podía, la artillería."

"A cosa de las doce de la noche vió Courten que los enemigos dirigían sus fuegos de artillería y fusilería a la altura de nuestro campo y que, reforzados ya con las columnas de Salces, venían por el llano a cortarle la retirada, y emprendió su marcha con los batallones de Córdoba, España y parte de provinciales, llegando a las tres de la mañana a San Feliú, haciéndole presente su comandante, don Francisco Solano, que tenía detenidos más de 1.200 caballos y no lo estaban los de Pavía por haber dicho tenían orden de ir al campo de Truillas, manifestando, asimismo, que iban llegando diferentes partidas sueltas de infantería."

Pero en el campo francés, uno de esos incidentes tan frecuentes en toda clase de campañas, viene a desarrollarse. "De repente, a la otra extremidad del campo, en el que hasta aquel momento el silencio reinaba y por el cual los españoles parecían haber huído, estalla una viva fusilada (Fervel). ¿Es una resistencia inesperada, un retroceso ofensivo? Este retorno en medio de la confusión puede hacerlo todo perder. Pero allí está el infatigable Cassanyes para entregarse por completo, conjurando el peligro. Corre al lugar del suceso y, dominado por un secreto presentimiento, se arroja sin vacilar entre los dos fuegos para reconocer de dónde viene este brusco ataque. Reconoce el uniforme francés y hace cesar un fatal engaño. Era la pequeña trópa de Soulheirac, que a la señal tanto tiempo esperada de Goguet había escalado el revés meridional de la posición y, no encontrando delante de sí obstáculo alguno, había penetrado en el campo casi al mismo tiempo que lo hacía la división de Salces. Las columnas de D'Aoust, habiendo entonces recobrado su primer empuje, traspasaron el barranco, y a las nueve penetraban por todas partes en el recinto de los atrincheramientos. A las diez no había en él un solo español en pie." Ahora bien, como hemos visto, nuestro diario oficial señala la hora de las doce como aquella en que nuestros soldados abandonaron el campo de Peyrestortes.

Las tropas españolas se retiran sin ser hostilizadas

LAS TROPAS ESPAÑOLAS SE RETIRAN SIN SER HOSTILIZADAS.—En efecto, la retirada de la guarnición de Peyrestortes a San Feliú d'Aval, a las inmediaciones del puente que permitía el traspaso del río Tet, pudo verificarse sin ninguna dificultad. La embriaguez de la victoria, desbordando la alegría de los vencedores, les dispersó por completo, y bien pronto aquella tropa ofreció el lamentable aspecto de una confusa muchedumbre entregada de lleno al pillaje, el cual pudo satisfacerse a placer, pues, como puede comprenderse, en el campo atrincherado de que tratamos, y en previsión del sitio de Perpignán, nuestro Mando superior había transportado toda clase de aprovisionamientos, víveres, líquidos, incluso depósitos de metales monedables en lingotes. Tan preciado conjunto de elementos valiosos para la vida del ejército fué presa de los soldados de la Revolución.

No hubo, por lo tanto, persecución alguna por parte de los franceses. Nuestra infantería, según reconoce la propia información francesa, se retiró en buen orden hacia el punto designado por la orden del General Ricardos formada en dos columnas. Y atravesando el puente de referencia entraron a reforzar nuestro campo de Ponteillac.

Y afirman esos informes franceses que el General D'Aoust, constantemente inquieto por la suerte del campo de la Unión, que se decía estar atacado por los españoles, envió a Perpignán un refuerzo considerable, sin ocuparse para nada de los fugitivos de Peyrestortes.

Pérdidas en ambos bandos

PERDIDAS EN AMBOS BANDOS.—Según nuestro diario oficial, en esta segunda acción tuvimos: siete oficiales, dos sargentos y 62 soldados muertos; 19 oficiales, 16 sargentos y 313 soldados heridos, y prisioneros 16 oficiales y nueve sargentos, algunos de ellos acaso extraviados, así como también 442 soldados; en total, 42 oficiales y 844 entre sargentos y soldados; perdimos toda la artillería, a excepción de un cañón que se trajo el batallón del Príncipe, pues, como sabemos, los muleteros, con la confusión de la noche y el fuego del enemigo, huyeron con sus mulas a San Feliú y no fué posible salvar las piezas. Se apoderaron, en efecto, los enemigos de todo el campamento y equipajes de los oficiales y de las tropas, de las cajas de los regimientos y de sus capillas, ascendiendo a muy cerca de dos millones de reales el importe de este botín.

En cuanto a las pérdidas francesas, **no les salió de balde esta temeridad**, pues tuvieron 36 prisioneros, entre ellos siete oficiales, con el coronel del regimiento de Alsacia; 300 ó 400 muertos y 1.500 heridos, como así hubo de declararlo el citado coronel y los desertores que al día siguiente se nos pasaron, afirmando todos ellos que por un español herido han tenido cinco los franceses."

Estos datos vienen a quedar confirmados por las declaraciones de la información francesa, pues el diario francés, tras de declarar que la acción de referencia fué "de las más vivas y que los enemigos, favorecidos por la ventaja de su posición, se habían defendido obstinadamente, declara que los suyos perdieron algunos valientes, entre otros el Ayudante General Goui d'Arcis, que fué muerto al pie de los atrincheramientos, mas no sin advertir que nuestras pérdidas fueron más considerables, quedando, por lo menos, 300 caídos en el campo de batalla, 600 heridos y cerca de 200 prisioneros, muchos de ellos coronelos, tenientes coronelos y oficiales, 17 banderas, todos los bagajes, almacenes y efectos de campamento para 12.000 hombres, toda la artillería y riquezas considerables fueron el fruto de esta memorable victoria".

Fervel confiesa que esta **bella victoria** hubo de costarles 300 hombres muertos o gravemente heridos, de los cuales 120 fueron víctimas, bien del falso movimiento o de la deplorable equivocación de que hemos dado cuenta. Y después de señalar también, entre los caídos, al citado Ayudante General Goui-d'Arcis, añade los nombres del Jefe de Brigada Voisel y de los Comandantes Trogues y Durant. El General Pérignon y el héroe de esta jornada, es decir, el intrépido Cassanyes, estaban también heridos. El historiador francés advierte igualmente a este propósito que, durante toda la acción, Cassanyes había sido acompañado por un artillero, a quien había dado el encargo de defenderle a todo trance, en el caso de que corriera algún peligro, y si, no obstante sus esfuerzos, llegaba a ver al representante en manos de los españoles, era obligación suya saltarle la tapa de los sesos (*lui brûler la cervelle*).

Juicio crítico sobre la batalla de Peyrestortes

JUICIO CRÍTICO SOBRE LA BATALLA DE PEYRESTORTES.— Esta es la designación dada por los franceses a la acción que acabamos de relatar. Nuestro diario oficial, abarcando bajo un mismo título la operación del Vernet y la posterior al campo atrincherado español de referencia, da cuenta de ellas bajo el título de "ataque y toma de Vernet por los españoles, su pérdida en seguida y derrota del campo español de Peyrestortes". Realmente, no hay razón alguna para no admitir que estas acciones de guerra constituyeron una verdadera batalla, tanto por la relativa importancia de las tropas en combate como por el carácter y alcance de los movimientos y esfuerzos realizados por ambos contendientes. En el hecho que se relata hay combates encarnizados, maniobra de las tropas, méritos suficientes para poder calificarle de batalla, máxime si tenemos en cuenta la importantísima influencia que hubo de ejercer en el desarrollo de la campaña. Designaremos, por lo tanto, también nosotros, con el nombre de batalla el asalto al campo español de Peyrestortes.

Y entrando de lleno en el juicio crítico que nos ocupa, nada más interesante que transcribir aquí lo que a este propósito expone nues-

tro diario oficial en el comunicado del día 17, a continuación del relato de la batalla de Peyrestortes: "Esta acción—expone textualmente—hubiera llenado de gloria a nuestra tropa si la caballería hubiera ayudado a la infantería; sin embargo, a pesar de lo desgraciado del día, acreditaron nuestros soldados el mejor espíritu y constancia, pues lo más duro del ataque y de las acciones fué en la oscuridad de la noche, mezclados los unos con los otros y, al último, encendidos de furor y entusiasmo, se vieron precisados al terrible lance de abrirse calle con la bayoneta para reunirse en San Feliú, con lo cual hicieron una terrible carnicería en los franceses.

"La caballería se retiró a la primera acción de la mañana por una orden que dijeron les había traído un oficial a caballo, y por más averiguaciones que se han hecho para aclarar este asunto, no ha podido saberse quién fué este oficial, pero se justificó haber sido ciertas su venida y embajada de una supuesta orden, pues el General Courten no la dió y estaba muy distante de ello por las ventajas que estaba consiguiendo nuestra tropa cuando la caballería se retiró.

"El Capitán General vió en un solo día frustradas por una mala inteligencia sus ideas de apoderarse de la importante plaza de Perignán, que hubiera, sin duda alguna, conseguido, a pesar de las muchas y graves dificultades que tuvo que superar y de los casos que se opusieron a su plan, tan bien combinado. Primero, la desgraciada sorpresa del campo español de la Percha, delante de Mont-Louis, que estaba al mando del Mariscal de Campo don Diego de la Peña, acaecida el día 28 del próximo pasado mes de agosto. Segundo, haber tenido que sacar para su pronto socorro cinco batallones, 50 caballos y competente número de artillería del destacamento de tropas que a las órdenes, primero, del Marqués de las Amarillas y, luego, de don Juan Courten se hallaban campadas a la otra orilla del Tet para estas operaciones, disminuyendo así, por precisión, sus fuerzas, cuya tropa puso al mando del Mariscal de Campo don Rafael Vasco. Tercero, la sorpresa y derrota de estas tropas de Vasco en la villa de Olette el 3 del corriente, por lo cual tuvo que enviar al Teniente General Conde de la Unión con dos batallones más, alguna caballería y más artillería, habiéndose perdido toda la que llevó el destacamento de Vasco para atajar y contener los progresos de los enemigos por esta parte, dejando aun más debilitado el cuerpo de tropas que debía obrar por el lado izquierdo de Perignán. Cuarto, la escasez de tropas para cubrir una línea prolongada y la lentitud de los auxilios que le venían de España, teniendo que atender con los batallones que habían de venir al Rosellón a la invasión que amenazaron los franceses por el valle de Arán en Cataluña, contiguo a la parte de Aragón, la cual hubo al fin de verificarce el 18 de este mes, como más adelante se dice, y la tardanza de las tropas que, como auxiliares, había ofrecido a nuestro Rey la Reina fidelísima de Portugal, las cuales, según aviso, habían de haberse embarcado a últimos del pasado en Lisboa con dirección al puerto de Rosas. Quinto, la demora que experimentaron sus repetidas órdenes de ataque con la mayor serenidad a causa de **las representaciones** del Teniente General Marqués de las Amarillas, ma-

logrando la ocasión favorable que había a causa de las pocas fuerzas del enemigo, pues el Capitán General, noticioso por sus buenas espías, de que era grande el número de los descontentos dentro de Perpignán que esperaban una ocasión favorable para declararse y que al menor ataque en que se les hiciera fuego de bomba o granada dentro de la ciudad se manifestarían, como así lo expusieron en diversas representaciones y papeles, había mandado se hiciese con toda la celeridad posible este ataque antes que los enemigos pudiesen juntar más tropas e impidiesen a los realistas de Perpignán declararse por su partida, pero todo se malogró porque los comisarios de la Convención de este ejército aumentaron repentinamente su número, sacando las mejores tropas de la plaza de Collioure y, además, les llegaron el 16, día antes de este ataque, dos batallones por mar, el regimiento veterano de Alsacia, cuyo coronel quedó prisionero nuestro, según se ha dicho, con otros cuerpos que venían desde Lognon, juntando en el campo de Salces repentinamente un cuerpo de 14.000 hombres, además de las tropas que anteriormente tenían. De forma que si este ataque se ejecuta el día 10, como pudiera haber sucedido, hubiera llegado este cuerpo considerable de tropas enemigas seis días después de la toma de la plaza.”

Todas estas declaraciones, que más bien que del diario oficial pudiéramos decir que son propiamente del General Ricardos, constituyen un testimonio de la mayor importancia. La verdad, una verdad que llamariamos, por su sinceridad y circunstancia de su publicación, realmente imprudente, pues tenía que ser conocida, más tarde o más temprano, por el enemigo, constituyendo para él un dato de extraordinaria importancia para el desarrollo de sus planes, resplandece en los conceptos cuya expresión literal hemos transcrita, y juntamente con la verdad aparecen hermanadas otras no menos brillantes cualidades: el buen juicio, la apreciación acertada, la acusación justa y concreta. No es de ir comentando uno por uno los cinco alegatos de nuestro general, en justificación de lo que había ocurrido en las acciones del Vernet y Peyrestortes. Sin duda alguna no fué la imprevisión, el desacuerdo o la incapacidad la causa del fracaso español. El Alto Mando no pudo prever jamás los incidentes contrarios que inutilizaron el esfuerzo de nuestras tropas y los planes de nuestros generales.

En la defensa del campo de Peyrestortes, como en la de Vernet, Courten, como jefe superior de las tropas comprometidas en la lucha, actúa con la energía y con la oportunidad que las circunstancias del momento le permiten, y ciertamente que encuentra en los suyos, elementos capaces para dar cumplida ejecución a sus órdenes. En todas las acciones, en todos los encuentros, la infantería española queda a la altura de su fama y es verdaderamente digno de admiración aquel espíritu que la permite reunirse en el punto señalado para la retirada, tras un choque al arma blanca con el enemigo en plena noche, aunque ésta fuese iluminada por la claridad de la luna. En cuanto a la artillería, no parece que dejase de llevar a cabo su misión con la eficacia requerida. Con sus fuegos, repetidas veces pudo contrarrestar el avance enemigo.

Per
del esf
revolu
lidades
En las
el cieg
por la
mente,
estas in
bate y
organiz
visto, in
da la vi
tropiezo

No t
cualidad
saber q
y la leg
ron los
sobre el
Y que el
pañado i
guido el
Convenci

El ac
das en el
plegadas
ción fran
francés
D'Aoust
soldado y
de la más
rrespond
fué tal, q
bre, que a
tan ajeno
que y cor
repetir al
también y
sa a su b
las bander
ciencia de
al honor, :
quien vino

No es
notableme
lada la es
luego al a

(1) Litera
donç aurai-je,

Pero tanto cuanto pudo haber de mala suerte en la realización del esfuerzo español, hubo de buena ventura en la actuación de los revolucionarios. No hemos de pedir en éstos aquellas brillantes cualidades que son las características de un verdadero ejército moderno. En las filas del francés no se muestra en esta ocasión otra cosa que el ciego y desordenado empuje de las masas, convulsas y agitadas por la epilepsia de la exaltación revolucionaria. Si circunstancialmente, en ocasiones propicias, esta exaltación es suficiente a que estas masas armadas puedan en cierto modo ordenarse para el combate y maniobrar durante el mismo, conseguida la victoria, la desorganización, hija de la indisciplina, es absoluta, y ella, como hemos visto, imposibilita toda persecución del vencido después de conseguida la victoria. Así, los nuestros pueden siempre retirarse sin grave tropiezo, y muchas veces sin riesgo alguno.

No hemos de escatimar a los soldados de la Revolución brillantes cualidades de arrojo y de bravura. Por el diario francés podemos saber que el batallón de granaderos, mandado por el bravo Bannel, y la legión a pie de los Pirineos, a las órdenes de Perignon, forzaron los primeros los atrincheramientos nuestros y se precipitaron sobre el interior de nuestro campo en medio de una lluvia de balas. Y que el hermano del General D'Aoust, ayudante de campo suyo, acompañado por algunos valientes que se habían particularmente distinguido en esta empresa, fueron delegados para ir a presentar a la Convención Nacional los gloriosos trofeos que nos habían cogido.

El acierto del Alto Mando francés, tanto en las disposiciones tomadas en el plan general de ataque, como en la actividad y energía desplegadas en la ejecución de la acción, son innegables. La información francesa puede vanagloriarse de ello, y así vemos cómo el diario francés de referencia declara: "Que en esta empresa el General D'Aoust dió pruebas de sus talentos militares exponiéndose como un soldado y mostrando su valor con la mayor sangre fría y en medio de la más grande actividad." Para Fervel el honor de la jornada corresponde a Cassanyes, y, según parece, la fama del representante fué tal, que hubo de excitar la envidia de uno de sus colegas, de Fabre, que aun habiendo asistido a las acciones de guerra de que se trata, tan ajeno se consideró al triunfo obtenido, que refiriéndose al ataque y conquista por los franceses de Peyrestortes, nunca cesaba de repetir al propio Cassanyes esta franca declaración: ¿Cuándo podré también yo honrarme con mi victoria? (1). Cassanyes, en recompensa a su brillante proceder, fué unánimemente designado para llevar las banderas a la Convención, pero bien por efecto, por estrecha conciencia del deber o por no confiar lo suficiente en Dagobert, renunció al honor, siendo, como hemos indicado antes, el hermano de D'Aoust quien vino a reemplazarle en tan horrosa comisión.

No escatimaremos a Cassanyes el mérito de haber contribuido notablemente a la victoria francesa, siendo, desde luego, muy señalada la eficacia de su actitud lo mismo en el ataque al Vernet que luego al acudir al encuentro de la división de Sales; pero es de jus-

(1) Literalmente, la exclamación del representante Fabre era la siguiente: Quand donc aurai-je, moi aussi, ma victoire?

ticia reconocer que el éxito de la operación, sobre todo en Peyrestortes, es debido a las disposiciones adoptadas por D'Aoust. Aunque por un momento pueda parecer imprudente la marcha del Cuerpo de tropas salido del campo de la Unión por un camino situado entre los dos campos de Peyrestortes y de Ponteillac, con el riesgo consiguiente de una salida de cualquiera de estos dos campos, las realidades de la situación imponían esta marcha desde el momento que representaba el camino más directo para establecerse en el frente de ataque, que, como indicamos, daba cara al flanco occidental del campo de Peyrestortes. Para atender a la protección de esta marcha, debió obedecer la formación de la columna o cuerpo de observación, con misión de garantizar el paso de las tres columnas en que, como sabemos, fué distribuido el cuerpo de tropas salido del campo de la Unión; columna de observación que, una vez desplegadas las fuerzas atacantes, vino a quedar constituida como cuerpo de reserva.

Pudiera también parecer improcedente el asalto a la posición por el referido flanco occidental cuando a lo largo de él estaban asentadas la mayor parte de nuestras baterías y se habían establecido las mejores obras de atrincheramiento. Pero recordemos que muy bien pudiera justificar esta decisión, no sólo las facilidades que para el asalto de la posición española pudieran ofrecer las sinuosidades del terreno, sino también el hecho de que el ataque por este lado se impusiera como medio de cortar la retirada de los defensores, que lógicamente habría de realizarse por el camino de Baxas y al abrigo de la cresta de los Aspres, tratando de cruzar el Tet por el puente de San Feliú d'Aval, como así se realizó.

Sabemos cómo la fortaleza de los nuestros hizo inútil, en un principio, el intento francés. Lemoine, según el plan inicial, debía correrse hacia el norte, envolviendo la posición española, en busca, además, de establecer el contacto con la división que había de llegar de Salces. Nada fué posible hasta que, habiendo llegado esta división en plena noche y dispuesto nuestro Alto Mando el abandono del campo, los franceses, no sin dificultad, pudieron hacerse dueños del mismo, mientras los nuestros se retiraban, marchando a concentrarse en el citado lugar de San Feliú.

Dice Jomini en su Historia crítica militar de las campañas de la Revolución, refiriéndose a la batalla de Peyrestortes, que **las disposiciones de la misma honran a los franceses**, aunque ignora si la gloria corresponde a los representantes de la Convención o al General D'Aoust, no vacilando en declarar: "Que la conducta de unos y otro no justifica a continuación la buena opinión que pudiera haberse conseguido de su mérito, después de este brillante ensayo." Es interesante este juicio tan categórico de uno de los más ilustres y reconocidos tratadistas militares.

Nuestro general almirante, a propósito de este triunfo francés de Peyrestortes, hace observar que la satisfacción de la misma obliga a Fervel a concedernos lo que nunca quiso reconocer: la superioridad numérica de las tropas francesas en el Rosellón, declarando en su libro, en el colmo de su entusiasmo que: "Al siguiente día de la batalla de Peyrestortes, 20.000 combatientes, que en el ardor de aquella

victoria bastaban algunas horas para que se reuniesen al pie de los muros de Perpignán, podían sepultar la invasión en el campo de Ponteillac, donde nuestros adversarios, abatidos y consternados, contaban apenas con 16.000 hombres, restos en su mayor parte de los fugitivos de la orilla izquierda del Tet."

En los párrafos anteriores queda expuesto, por lo tanto, nuestro comentario a la batalla de Peyrestortes. Y no daremos fin a su relato sin transcribir lo que acerca de ella expone el diario francés de que hemos hecho mención. La acción de referencia: "Es un acontecimiento de los más memorables en la historia de esta guerra. Ella salvó a Perpignán y a los departamentos del Mediodía, destruyó en un instante las brillantes esperanzas del enemigo, orgulloso de sus éxitos, y peligroso, en esta época, a causa de nuestra debilidad. Ella reanimó el valor de nuestras tropas, excitó el entusiasmo de los habitantes de los departamentos vecinos, que no tuvieron para nada en cuenta sus sacrificios y acudieron, en masa, a engrosar el ejército. Ella hubiera podido ser el preludio de los más brillantes éxitos si el espíritu desorganizador no hubiera también influido en nuestro ejército y si los representantes del pueblo, más atentos del Poder que de las necesidades de nuestros soldados, y a asegurar con ello sus triunfos, no hubiesen también aspirado a la gloria de mandar y apadrinar proyectos que el temor a disgustar y la complacencia hacia frecuentemente aprobar y ejecutar."

Así lo expone textualmente el testimonio francés. Por nuestra parte sólo recordaremos aquel adagio español de que "a confesión de parte...." Todo comentario más resultaría ocioso.

Abandono de Villafranca y de todas posiciones españolas al norte del valle Tet y retirada de nuestras tropas al campo de Ponteillac

ABANDONO DE VILLAFRANCA Y DE TODAS LAS POSICIONES ESPAÑOLAS AL NORTE DEL VALLE DEL TET Y RETIRADA DE NUESTRAS TROPAS AL CAMPO DE PONTEILLAC.—Ante la derrota sufrida, nuestro general en jefe no se dejó abatir por la desgracia, y se dispuso a remediar, en cuanto le fuera posible, el daño. "Sin embargo de habersele desbaratado todo su plan—expone nuestro comunicado oficial del día 17 de septiembre—, procuró el capitán general enmendar, en lo posible, este infeliz suceso, y, desde luego, conoció, con su penetración, las consecuencias que podría tener, considerando el carácter francés, arrogante en las felicidades, y descubrió sus ideas, como habremos de ver. Para esto, luego que este mismo día 17 tuvo aviso a mediodía del General Courten de lo sucedido en el ataque de Vernet, envió orden al Teniente General Conde de la Unión, que se hallaba en Olette, en donde había reunido las tropas dispersas en el combate anterior, para que, dejando asegurados los enfermos y efectos y demás puntos a su cargo en Villafranca, Hille y demás pueblos, volase al socorro de Courten, si llegaba a tiempo, o a lo menos a proteger su retirada; y a

Courten le envió orden, como se ha dicho, de replegarse a San Feliú, dejando allí un grueso destacamento de artillería." Una adición a este informe de los días 17, 18, 19 y 20, confirmando lo que acabamos de exponer, añade que la orden dada al Conde de la Unión era además la de "contener la arrogancia francesa frecuente en sus felicidades y templar los espíritus compungidos". Dió el Conde de la Unión exacto cumplimiento a esta orden en todas sus partes, pero no pudo llegar a San Feliú, lugar indicado para la reunión de nuestras tropas en retirada, hasta el 19 por la mañana, en que, protegiendo y recogiendo los dispersos heridos y enfermos y quemado el puente, hizo su retirada, sin que los enemigos se atreviesen a cruzar el río Tet, merced a lo cual pudo llegar con el resto de las tropas que habían tomado parte en las anteriores acciones, el 20 por la noche, al lugar de Truillas, en donde estaba establecido el Cuartel General. Y advierte nuestra información oficial que a la realización feliz de todas estas providencias concurrió en gran parte el celo y actividad del intendente general del Ejército en el apronto de cañones, utensilios y víveres.

La "Gaceta de Madrid" del 1.^o de octubre de 1793 exponía con referencia a las acciones del Vernet y de Peyrestortes que "a raíz de esta última no se había podido, desde luego, saber la pérdida de gente ni tampoco se podía conjeturar, aguardando el general en jefe a que por fin se acabase de reunir la que iba llegando y poder tomar las noticias exactas correspondientes para dar cuenta de ello." Otras circunstancias no menos importantes apremiaban a tomar una solución de carácter energético. Era una de ellas el crecido número de enfermos que a consecuencia de las fiebres palúdicas producidas en el país habían reducido durante el mes de octubre casi a la mitad el número de nuestros contingentes.

Disposiciones adoptadas por el General Ricardos

"Aunque no fuese grande el decaimiento de la tropa vencida en las anteriores acciones", consideraba el General Ricardos que "era preciso reunir sus tropas para sostenerse hasta que le llegasen los refuerzos", y en consecuencia, "determinó que el Teniente General Conde de la Unión pasase el día 18 a sostener el puente y puesto Conde de San Feliú hasta la retirada de la tropa que apoyaba a la guarnición de Villafranca; que en ésta quedasen sólo 150 hombres para capitular o abandonarla 12 horas después de retirada la tropa a su inmediación; y que los cuerpos batidos se reuniesen en aquel mismo día en el campo de Truillas, y se coordinasen para cubrir todos los puestos, pues no sería extraño que los enemigos le atacasen al siguiente día 19, a pesar de la mucha pérdida que le había costado la victoria contra el cuerpo de tropas mandado por el General Courten."

En el parte de nuestro general en jefe, dado al Gobierno con fecha 18 del mes que se cita, añadía: "Que nada se omitiría para que este contratiempo no tuviese más consecuencias que el aban-

dono de Villafranca; que se había retirado un cañón enemigo y que entre los prisioneros que se le habían hecho se hallaba el coronel del regimiento de Alsacia, quien declaró haber llegado desde Longwi, el 16, con otros cuerpos, al campo de Salces, juntándose en aquel punto hasta el número de 14.000 hombres, a más de las tropas mencionadas." Pero según declaración de nuestro comunicado oficial, "éste, al parecer terrible desastre de los nuestros, se consideraba hasta aquel día compensado por la victoria conseguida por Ricardos sobre Dagobert en la batalla de Truillas", que describiremos más adelante.

El comunicado de referencia trataba de justificar la causa de la derrota, insistiendo en su propósito de reanimar el espíritu público compensando las derrotas del Vernet y Peyrestortes con la citada victoria de Truillas. Y así, tras de dar cuenta de que según los informes del ayudante del capitán general, llamado don Alejandro O'Reilly, y que había presenciado por sí todos los ataques, siendo el transmisor de todas estas noticias, el número de nuestros muertos no pasaba de 100, entre ellos el Mariscal de Campo don Rafael Adorno, argüía: "Pérdida pequeña en sustancia para lo que se debía esperar de un corto ejército que se ve con la retirada cortada, tomados los puestos dominantes por un número cuádruple de enemigos más que el suyo y que por más conocimiento que el comandante tuviese del terreno, como así debía tenerlo al haber atacado, nunca pudo ser tan práctico como el de los habitantes del mismo país."

De los informes anteriores se deduce bien claramente desde el primer momento que la plaza de Villafranca fué abandonada por los nuestros y en modo alguno sorprendida y conquistada por los franceses, según éstos tratan de dar por sentado. Según Fervel, "es preciso enumerar también entre los trofeos de esta para ellos bella jornada, la recuperación de Villafranca, que fué conquistada al día siguiente por uno de esos golpes de audacia tan frecuentes en la guerra después de una victoria decisiva". Y el diario oficial español, en su relación correspondiente al día 19, expone que "el modo como las tropas de la República recuperaron la plaza y el castillo de Villafranca, es digno de mención y merece hacerlo con algún detalle, recordando previamente la facilidad cómo nuestras tropas se habían apoderado el 4 del mes de agosto de la plaza y castillo de Villafranca".

Pérdida de Villefranche por los españoles

La información francesa proporcionada por unos y otros relatos no coincide exactamente. Según Fervel, fué Gilly, comandante del 2.º batallón de granaderos del Gard, que no contaba más que con 400 hombres, y que había sido encargado de observar las gargantas del Tet, frente a Olette, y que acampaba en las montañas por encima de este lugar, el que hubo de enterarse de que había llegado a Villafranca la noticia de la derrota de Peyrestortes, juntamente con una orden de Ricardos que prescribía la evacuación de todo el Conflans, e incluso de Villefranche, cuyo castillo o fortaleza

debía ser encomendado a una débil guarnición que quedaba abandonada a la suerte de las armas. En esto Fervel coincide con nuestra información oficial, siendo muy lógico que, según él añade, la situación que estas órdenes revelaban espacieban la consternación en la guarnición española. Prevenido Gilly por los habitantes de la población, sin pérdida de tiempo, se dispuso a avanzar sobre la posición española el 19 de septiembre.

Pero según el diario oficial, fué el comandante del **campo del Hombre**, en las alturas de Olette, y que se llamaba Alejandro Pons, el advertido por estos habitantes de lo que ocurría. Como quiera que la exposición posterior de los relatos de que se trata coincide casi en absoluto, y en el diario francés se habla también de que el citado Pons, al tener noticias de lo ocurrido, mandó en seguida reunir su batallón, hemos de admitir, en consecuencia, que el Gilly de Fervel y el Alejandro Pons son una misma persona.

Llegado éste ante las murallas del castillo, dejó delante de Sardiniá, en la garganta, el grueso de su tropa, en disposición apropiada a aparentar el mayor número de fuerzas posible, y llevando consigo tan sólo 60 granaderos, se presentó ante los puestos avanzados españoles diciendo ser un oficial parlamentario, requiriendo la presencia del comandante de la plaza. Realizada ésta, Gilly le dijo: "Mira sobre esas alturas la vanguardia de Dagobert que se aproxima con un cuerpo de tropas de 10.000 hombres. Vengo en su nombre a ofrecerte la rendición; entrega la plaza y serás libre. En caso contrario, no esperes cuartel; morirás al filo de la espada." "El comandante español, manifiesta el diario francés, después de hacerse explicar el sentido de esta intimación, respondió que consentía en rendir el castillo y la villa con los almacenes, siempre que no fuese hecho prisionero, que tan sólo en estas condiciones capitularía en seguida. El bravo Pons o Gilly no deseaba otra cosa desde luego. Los artículos fueron bien pronto redactados, y una hora más tarde tomaba posesión del castillo y de la villa, mientras la guarnición española se retiraba desfilando por entre dos filas de soldados franceses de 30 hombres cada una." Nuestra tropa marchó por el plá Guillén a tomar el valle del Tech. Dejaba Villefranche aprovisionada para tres meses.

De cuanto acabamos de exponer y que está recogido, como hemos dicho, de la propia información francesa, no creemos que haya lector alguno que pueda suponer la existencia de sorpresa o golpe de mano de ninguna clase. El castillo se rindió dignamente, tal como se le había ordenado. Y nada más.

Evacuación de Prades

EVACUACION DE PRADES.—En el valle del Tet, en medio de las montañas del Conflans, quedaba abandonada la pequeña guarnición española de Prades. Bastó que un ayudante de los ayudantes generales, llamado David, avanzase con algunos cientos de hombres y se colocara en las alturas vecinas para que los españoles evacuaran inmediatamente el pueblo, dejando en poder del enemigo

dos cañones, efectos de campamento para 4.000 hombres y bastantes prisioneros.

Y de este modo, como consecuencia del fracaso español en las acciones del Vernet y Peyrestortes y circunstancias que a él habían concurrido, dió fin a la fase ofensiva de la invasión española en la campaña del Rosellón.

Invasión intentada por los franceses en el corregimiento de Talarón, desde el valle de Arán, en los días 18 al 25 de septiembre

INVASION INTENTADA POR LOS FRANCESES EN EL CORREGIMIENTO DE TALARÓN, DESDE EL VALLE DE ARAN, EN LOS DIAS 18 AL 25 DE SEPTIEMBRE.—Recordarán nuestros lectores que en la cuarta de las razones que exponía nuestro diario oficial para justificar, tanto los fracasos anteriormente expuestos como la determinación del General Ricardos de reconcentrar todas sus fuerzas avanzadas a retaguardia, limitando la extensión del frente, era la de haber tenido que atender con los batallones que habían de venir al Rosellón, a la invasión que se cita, y esto nos fuerza a tratar de la misma, aunque por su carácter secundario dejemos encomendado el relato de los hechos a transcribir las relaciones ofrecidas por nuestro diario oficial en los apéndices núm. 17 y 18 que figuran al final de este tomo.

La información francesa de que hemos podido disponer no nos ofrece referencia alguna del hecho que, como podrá verse, quedó limitado a una breve incursión en nuestro territorio nacional, sin otras consecuencias que los atropellos, fechorías y demás actos delictivos que llevan consigo operaciones de esta clase, en las que se hace muy difícil mantener la disciplina de la tropa, aun en aquellos casos en que ésta se hallase constituida por verdaderos soldados. El desafuero francés no sirvió para otra cosa que para poner una vez más de manifiesto el valor, lealtad y patriotismo de aquellos bravos y honrados ciudadanos de las fronteras comarcas catalanas. Todas estas incursiones, como las correrías de Dagobert y más adelante la invasión del norte de Cataluña por los soldados de la Revolución, hicieron ver, por desgracia, claramente a los nuestros lo que podía esperarse de la eficacia de los tópicos de la Revolución y del humanitarismo y sentido de la fraternidad de las masas populares por ella influenciadas, y de los hombres erigidos en apóstoles y dirigentes de sus doctrinas y destinos.

PARTE SEGUNDA

II

Fase defensiva de la invasión española

PRIMER PERIODO

Actitud de resistencia del ejército español. - Marcha retrógrada del mismo. - Defensa del campo atrincherado del Boulou

CAPITULO XVI

La situación en el campo enemigo a raíz de la batalla de Peyrestortes - Anhelo general de una fuerte reacción ofensiva. - Designación para el mando superior del ejército francés de los Pirineos Orientales del General Dagobert. - Llegada de este general a Perpignán. - Efecto de la misma entre los dirigentes de las operaciones. - Carácter de la acogida que se le hace. - Debates que se promueven entre el viejo general francés y dichos dirigentes. Resolución finalmente adoptada. - El ataque al campo español de Ponteillac es por fin decidido

Viva reacción en el ánimo de los revolucionarios franceses como consecuencia de sus victorias en el Vernet y Peyrestortes



OMO era de esperar, la soberbia de nuestros enemigos, que por primera vez veían cómo nuestros soldados habían abandonado el campo de batalla, dejándolo a su libre disposición, no podía darse por satisfecha con el triunfo conseguido, sino que había de pretender obtener del mismo el mayor provecho posible. Nuestro campo de Ponteillac, como posición importante y la más avanzada de nuestro frente general de ocupación del territorio invadido, tenía, desde luego, que fijar su atención como empresa fácilmente realizable, pues mientras en dicho campo apenas podíamos contar con 16.000 hombres, abatidos, consternados, restos en su mayoría de las tropas fugitivas de la orilla izquierda del Tet, ellos, en cambio, podían agrupar unos 20.000 combatientes, dominados por la exaltación y el empuje que su victoria ante los muros de Perpignán tenía que desarrollarse forzosamente en su ánimo. De este modo, la invasión española quedaría, no ya contenida, sino verdaderamente deshecha, y, según el calificativo de Fervel, **sepultada**.

Desde el primer momento, esta idea surgió en la mente de los representantes y de los generales franceses, y, sin vacilación, fijaron la noche del 19 para el ataque al campo de Ponteillac; acordando, en principio, que una masa de 12.000 combatientes elegidos cayese sobre nuestra izquierda en tanto que el resto de sus tropas se limitaría a contener nuestro centro y también nuestra derecha. Pero, si el acuerdo de la realización del ataque era unánime, no sucedía lo mismo con la repartición de los mandos superiores del ejército, pues, en tanto que Goguet y Cassanyes pretendían ser ellos los conquistadores de Peyrestortes, pudiendo alegar en favor suyo para conseguirlo el derecho de ser quienes se hicieran cargo del mando de la columna de asalto, D'Aoust y Fabre, alegando un opuesto derecho, deducido, no obstante, de una misma causa o razón, reclamaban para sí idéntico encargo, estimándolo como medio de **alcanzar ellos, también, su victoria**. Venciendo algunas dificultades, se convino, por fin, que estos últimos se encargarían de dirigir las operaciones, y

no quedaba ya más que dar en la mañana del 19, las órdenes oportunas para el comienzo de la acción a la caída de la tarde, rompiendo la marcha en dirección a Ponteillac, cuando la llegada de una noticia inesperada vino a cambiar de un modo brusco el estado de la situación. Vínose en conocimiento de un hecho que, en otras circunstancias, acaso hubiera producido en el campo francés una impresión en extremo favorable: El General Dagobert, adelantándose a la marcha de su división, había llegado a Estagel (a pocas leguas de Perpignán), después de la tarde del día anterior. El General Dagobert que, como sabemos, a raíz de la destitución de Barbantane, en mérito de sus triunfos en la Cerdeña, había sido nombrado general en jefe, conforme a la proposición hecha por el representante Cassanyes, al ponerse en contacto con sus subordinados se creyó en el caso de solicitar el tiempo necesario para ponerse en la debida relación con sus tropas, darse cuenta de su estado, así como de las fuerzas y posiciones ocupadas por nuestro ejército. Nada más lógico y razonable que esta petición por parte de un general en jefe, pero, según juicio expuesto por el diario francés a que tantas veces aludimos, "hubiera sido mucho más sencillo y ventajoso dejar al General D'Aoust, que estaba ya instruido sobre tales extremos, al mando superior de las tropas y el cometido de llevar a efecto esta empresa". Durante los días 18 al 21, Dagobert estuvo dedicado a recoger toda clase de datos y dictar las instrucciones oportunas, así como a la concepción y preparación del plan de ataque que las circunstancias requerían.

REBIMIENTO HECHO AL GENERAL DAGOBERT

RECIBIMIENTO HECHO AL GENERAL DAGOBERT.—Al encuentro del nuevo general en jefe acuden presurosos la muchedumbre de oficiales, los cuales, sin darse a conocer, llegan a aturdir con sus exageradas declaraciones sobre las victorias anteriores los oídos del general. Todo lo por éste conseguido, los éxitos en los combates de la Perche y de Olette, la liberación de Mont-Louis, la conquista de la Cerdaña española, todas estas victorias del **glorioso** general no merecen casi recordación. Toda la atención, todo el interés están fijos en la batalla de Peyrestortes, victoria que, por cierto, no hay razón para achacarla al valor o pericia de los generales, sino que ha sido como arrancada de su voluntad por el **entusiasmo de los sans-culottes de Perpignán, por los gritos de las mujeres de su arrabal y por una inspiración popular**. Por otra parte, todo está dispuesto, todo preprado, para el día siguiente. Trátase de un plan de ataque sobre el que no cabe resolución en contrario, si bien reconocen todos que no deja de ser una dichosa coincidencia la de que sea el más antiguo de los generales divisionarios el encargado de dirigir la operación.

Conociendo el carácter de Dagobert, es fácil darse cuenta de la impresión que causaría en su ánimo todos estos desordenados propósitos, impertinentes observaciones y extraños discursos. Según de-

claración de Fervel, "sintióse ofendido". Ya indicamos al tratar de la biografía de este general que, entre otros defectos que pudieran achacársele, era uno de ellos el dejarse dominar por un marcado sentimiento de envidia, que, al par que contrarrestaba la grata impresión de sus buenas cualidades, era causa de mantenerle en un constante estado de disgusto y menosprecio, manifestado unas veces con gestos despectivos y otras con expresiones irónicas o desfavorables, lo mismo acerca del mérito y cualidades de los hombres que sobre la valía de sus obras.

Ahora bien, reconoczamos que nunca como en la presente ocasión podía estar justificada semejante actitud de menosprecio y de disgusto del veterano general. Dejando a un lado la impresión que en su ánimo pudieran causar los excesos y los crímenes de la Revolución, hacia la cual, según opinión general, no sentía, a pesar de su adhesión, ningún afecto, la conducta de los representantes de la Convención y de los revolucionarios en general, no podía ser más vejatoria, inoportuna y perjudicial para todo aquel que se viera revestido de una autoridad militar de alguna importancia. Al sentirse el veterano general apremiado, intervenido y fiscalizado por toda aquella gente, entregada a los excesos de un entusiasmo que sobrepasa los límites de lo razonable, no pudo por menos de ceder a un natural movimiento de despecho, preguntándose si, en justicia, en este ejército tan agitado, en este triunfo que se alza hasta las nubes con manifiesta exageración, debía él ver otra cosa que no fuera más que una soldadesca presa de la anarquía y un éxito debido al azar, y entendiéndolo así, dispúsose a afectar por cuanto ve y oye la indiferencia más profunda, a pesar de lo cual no logró disipar el entusiasmo del populacho ni evitar el homenaje de las turbas callejeras, que hacia las tres de la tarde se presentaron ante el edificio donde se aloja, aclamándole y tratando de llevársele en triunfo. Ante el hecho, el rudo gentilhombre no se toma ni siquiera la molestia de disimular la repugnancia que le inspira esta tardía y tumultuosa ovación.

Enérgica actitud de Dagobert ante los representantes

En cambio, marcha inmediatamente a entrevistarse con los representantes. Ante todos ellos, éstos le declaran cómo, en efecto, todo está preparado para el ataque de aquella misma noche que se avecina, que los batallones están ya en marcha, que la artillería se esfuerza para seguirlos, y, por consiguiente, se le fuerza, más aún, se le conmina, para que se lance a colocarse a la cabeza del ejército y dirija su asalto al campo atrincherado de Ponteilla. "Dagobert responde que no conoce las tropas que va a mandar y que espera lo más selecto de su división, que se halla tan sólo a una jornada de marcha; que de dos divisionarios que deben informarle en un principio, el no sabe de ellos otra cosa más sino la de ser uno de ellos médico y haber sido el otro, hacía menos de un año, un simple ayudante de campo del General Birón; que le es necesario ante todo estudiar el

terreno sobre el que va a empeñarse, aunque desde luego puede afirmar: **que las líneas enemigas equivalen a siete campos retirados, escalonados desde Ponteilla hasta el pie de los Pirineos**, y por lo tanto, que no es precipitándose sobre tales atrincheramientos, sólidamente construidos y sobrecargados de artillería, como podrá hacerse retroceder a la invasión, sino más bien maniobrando contra su retaguardia" (Fervel). Finalmente, rehusa la marcha que se le propone, y dignamente envía contraorden a las dos divisiones que han iniciado la partida.

Y, en efecto, nada más sensato que el parecer de Dagobert ni más lógico que su determinación anulando las órdenes y disposiciones de los representantes, porque, en efecto, cada noticia que pudiera recibir, cada informe que del campo español le llegase, todos ellos acusaban la realización por parte de nuestro ejército de un movimiento general de concentración. A su conocimiento llegaba el levantamiento de una parte del campo de Argelés, la evacuación de Ille, del col Ternère, de Prades, de Villefranche, de todo el Conflans. "Jamás, en efecto—declara el historiador militar de referencia—, Ricardos se mostró tan activo, tan resuelto, tan hábil. Nada le contenía: artillería, campos, plazas fuertes, todo lo sacrificaba para reparar la falta que la severa lección de Peyrestortes acababa de revelarle."

Al día siguiente, día 20, con motivo de la llegada de la división de Cerdanya, nuevamente los representantes se creen en el caso de instigar a Dagobert a que inicie su ataque al campamento español. Nuevamente rehusa el viejo general, manifestándoles dignamente que "él es el jefe, y que por lo tanto a él le corresponde mandar". Semejante declaración levanta la protesta y la indignación de todos aquellos jerifaltes revolucionarios. Se le amenaza, se trata incluso de destituirle y despojarle del mando: Dagobert se ofrece a servir como simple soldado, pero, **como general, jamás consentirá en entregar sus tropas a los sables de la caballería española**. A pesar de todo, les expone su plan: maniobrar por las montañas sobre la retaguardia del enemigo, retroceder sobre Ceret, haciendo saltar el puente, y cortará así la retirada a los defensores del campo de Ponteillac. Ante tal proyecto, los representantes son ahora los que adoptan una altanera y cerril actitud de oposición. Todos los planes que contrarién los suyos son por ellos estimados como detestables, extravagantes, peligrosos, e incluso uno de tales capitostes llega a protestar contra **el vandalismo que supone el querer sacrificar a las exigencias de la guerra el hermoso puente de Ceret**. Toda la mañana del día 21 transcurrió en una inacción estimada por el criterio francés como sumamente fatal para la realización de sus propósitos. Todo requerimiento, toda instancia nueva, venía a estrellarse contra el silencio obstinado del inflexible general. Por fin, llegó la tarde, y entonces Dagobert envió a los representantes un nuevo plan, que no obstante ser leído con prevención, ellos aprobaron con manifiesta repugnancia, quedando ya irrevocablemente decidido el que, sin dilación alguna, al día siguiente, 22, al amanecer, el campo español de Ponteilla sería asaltado.

Y no terminaremos este capítulo sin hacer nuevamente una aclaración a las dos declaraciones hechas por el general Dagobert de que antes hicimos mención, por considerar que sintetizan cuanto pudiera comentarse sobre la valía de nuestro ejército. Si nuestras líneas fortificadas, si nuestros frentes de combate equivalían, según él, a siete campos atrincherados, escalonados desde Ponteilla hasta el pie de los Pirineos, y si, como general en jefe del ejército francés en los Pirineos orientales, afirmaba **estaba dispuesto a no consentir la entrega de sus tropas a los sables de la caballería española**, grande debía ser la fortaleza de esas líneas y temibles las cargas de nuestros jinetes. No es una afirmación nuestra, sino una explícita declaración del testimonio contrario, la que da buena fe de las brillantes cualidades que así caracterizaban tanto a los soldados españoles como a sus dispositivos de combate.

Teniendo en cuenta estos juicios categóricos de Dagobert, al igual que otros muchos semejantes formulados por tratadistas extranjeros y de los cuales pudiera afirmarse que revisten el carácter de testimonios irrecusables, juzgamos quedar justificado plenamente cuanto hubimos de exponer en el primer tomo de esta obra al tratar de las características del ejército español a finales del siglo XVIII, y más concretamente, en el momento de entrar en acción con motivo de la guerra de que estamos tratando. Creemos sinceramente no habernos equivocado al declarar cómo nuestro ejército, aunque informado en su organización y en sus métodos de guerra por las doctrinas francesas y prusianas, ofrecía por sí mismo cualidades y caracteres que no le hacían desmerecer por lo menos en calidad, técnica y moral, ya que no en potencia material, de los demás ejércitos extranjeros, y asimismo nos creemos autorizados a poder afirmar de un modo categórico que en la ocasión de que se trata ningún soldado dió pruebas de superior valía a las ofrecidas por el nuestro, ni, en último término, el Mando Superior de tales ejércitos mostróse más acertado, más competente o más activo que el de los Generales Ricardos, Caro, Duque de Osuna o Curten. Aunque en determinadas ocasiones, como en las de Vernet y Peyrestortes, el propósito español no pudo verse cumplido y las tropas del Rey Católico tuvieran que abandonar el campo de batalla al enemigo; si, posteriormente, lo mismo en Cataluña que en el frente occidental pirináico, estas tropas se vieron precisadas a retroceder e internarse en el territorio nacional, viéndose en el triste y lamentable trance de tener que contener heroicamente el avance del invasor, que amenazaba con penetrar hasta el corazón mismo del país, jamás dejaron de comportarse en su mayoría como verdaderas fuerzas combatientes, como agrupaciones orgánicas de soldados dignos de este nombre, como elementos activos y perfectamente capacitados de un ejército en condiciones de poder medir sus fuerzas con las de cualquier otro enemigo, ofreciendo desde el punto de la moral militar una cohesión muy diferente

de la manifestada por aquella masa armada de ciudadanos, cegados por la pasión política y enloquecidos por el triunfo, que en tan gran número, eso sí, presentaba la Revolución, exaltada por su arrolladora victoria en los demás frentes de su frontera.

Mas si, a pesar de cuanto acaba de exponerse, el ánimo del lector, receloso y precavido, no adquiriera la misma seguridad o certeza que nosotros poseemos acerca del mérito y valía de nuestro ejército y que, como hemos visto, poseía también, sin duda alguna, el General Dagobert, la batalla que vamos a describir y comentar en el capítulo siguiente vendrá a ofrecer el testimonio irrevocable de un hecho digno de ser reconocido en toda su realidad y positivo mérito: la batalla de Truillas, o Trullás, según designación española de los documentos de la época.





CAPITULO XVII

Batalla de Truillas

Características del campo atrincherado español de Ponteillac. Disposiciones tomadas por Dagobert para el ataque al mismo. Plan general de este ataque francés. - Orden de combate del ejército republicano. - Sistema defensivo español. - Desarrollo de la batalla. - Victoria española. - Dagobert se repliega, acogiéndose al abrigo de las alturas vecinas a Sainte-Colombe, y el ejército francés se retira a Perpignán. - Juicio crítico sobre esta batalla. - Su significación e importancia



L Alto Mando francés había decidido el ataque al campo de Ponteilla, y desde el primer momento, y con toda actividad, Dagobert comenzó a dictar las disposiciones oportunas al caso: pero "nuestro capitán general, que tenía fundados recelos para suponer que los enemigos le atacarían, viendo con su penetración mental cuáles pudieran ser las consecuencias del fatal suceso de la batalla de Peyrestortes, y considerando por otros conceptos los excesos a que pudiese entregarse el carácter francés, arrogante en las felicidades", no se descuidó, desde el día 17, en tomar las medidas que estimaba oportunas al remedio del mal. Desde el primer momento, apenas recibido el segundo parte de Curten, en la noche del 17 al 18, dándole cuenta de la derrota de sus tropas, con pérdida de la artillería y del campamento de Peyrestortes, habiéndose retirado a San Feliú, donde iba recogiendo las reliquias de su destacamento, el General Ricardos determinó reunir en el campo de Ponteilla todas sus tropas dispersas, sosteniéndose en él hasta la llegada de los nuevos refuerzos, que con mucha anticipación tenía pedidos repetidas veces, o desembarcasen en las costas del Rosellón las tropas auxiliares portuguesas, ya en camino, procedentes de Lisboa. Al efecto, envió orden a Curten de que con los Cuerpos batidos se incorporara, sin la menor detención, a las tropas acampadas en la posición de Truillas, y que habida cuenta de cómo el Conde de la Unión se hallaba tan distante de este punto, éste dejase tan sólo en el puesto que ocupaba 159 hombres para capitular doce horas después de la retirada de las tropas que se hallaban a su inmediación"; haciéndolo tal cual se había prevenido con la mayor serenidad, sin perder un instante de tiempo, recogiendo los enfermos, heridos y dispersos del Cuerpo batido en Peyrestortes y evacuando asimismo los lugares de Illa, Millas y San Feliú, quemando el puente tendido sobre el río Tet junto a este último lugar y que lo había sido con el fin de asegurar las comunicaciones entre las tropas ocupantes de una y otra posición: la de Cudelet y la de Truillas.

Declara nuestra información oficial cómo el Conde de la Unión desempeñó completamente las órdenes dadas por el general en jefe, y aunque no pudo llegar a San Feliú hasta el 19 por la mañana, recogió toda la tropa, quemó el puente, sin que los enemigos se atreviesen a pasar el río Tet, y con el resto de sus tropas hizo la retirada, llegando la noche del 20 al campo anteriormente citado.

Y así, mientras el General Dagobert y los comisarios franceses estuvieron entregados, desde el 17 al 21, en vanas discusiones, paralizadoras de la acción militar, "sin embargo de que eran tantas y tan diversas las operaciones que el ejército español tenía que realizar, poquísimo el tiempo e infinitas las dificultades que se presentaban por todas partes, en el apronto de carros, acémilas, utensilios y víveres, el General Ricardos, dando muestras de la mayor actividad y penetración, no sosiegó un instante hasta que vió reunida toda su tropa en el campo de Ponteilla, en donde determinó hacerse fuerte para contrarrestar a los enemigos, no dudando que éstos le atacarían muy pronto". ("Diario oficial" español.)

Todo el día 21, con los recelos de este ataque, nuestro general estuvo dando las órdenes y disposiciones necesarias para cubrir con las tropas que nuevamente se habían incorporado y habían traído los Generales Curten y La Unión los puestos avanzados del campo atrincherado que acaba de citarse, las defensas suyas y las del campo de Más-Deu y posiciones inmediatas a ambos flancos del frente de combate en aquel sector establecido. Todo estaba preparado por nuestro Alto Mando para la batalla que había de darse al día siguiente, 22 de septiembre.

El campo atrincherado de Ponteilla.—Sus características militares

EL CAMPO ATRINCHERADO DE PONTEILLA.—SUS CARACTERÍSTICAS MILITARES.—Si tenemos en cuenta cuanto hubimos de exponer y describir en páginas anteriores, este campo, situado al norte del arroyo Cantarrana y de la península del Rear, extendida y desarrollada en una amplia meseta, habremos de convenir en que él constitúa una fuerte posición militar.

Desde los primeros días de julio, los españoles no habían dejado de trabajar para establecer en él un fuerte y resistente sistema defensivo. Construyeronse toda clase de fortificaciones para la seguridad de las tropas que hubieran de guarnecerle y de la artillería que era preciso asentar para garantizar su resistencia. Todos los recursos de la fortificación de aquella época habían sido utilizados.

Como puede comprenderse, estos atrincheramientos estaban trazados siguiendo el recinto semicircular de la línea de colinas que desde el lugar de Nils, en dirección hacia el Norte, marchan a envolver el pueblo de Ponteilla, para replegarse finalmente hacia el Sur, en dirección al citado valle de Cantarrana y la península de Rear, a la altura de Truillas. El arroyo de referencia venía a bordear la gola de la posición fortificada, afectando una forma semicircular.

Todo el sector Norte constituía el amplio frente de la posición, y por consiguiente, a lo largo de él, se habían establecido las principales obras de defensa. Una nutrida batería de 12 piezas de 24 dominaba por completo el amplio campo de tiro, en el cual toda empresa realizada por el enemigo corría el riesgo de un costoso fracaso. Recordaremos cómo la cañada que a modo de brecha, siguiendo la dirección de un radio correspondiente al semicírculo de que hemos

hablado, venía a formar una entalladura en la línea de alturas que daban asiento a la posición constituida por estas razones una vía de acceso para el asalto enemigo, pero previniéndolo así nuestros ingenieros, habían acumulado todos los recursos de la fortificación de campaña. Los emigrados franceses, llevados por un lado de su admiración y por otro de su legítimo orgullo nacional, hubieron de designar con el nombre del ilustre ingeniero Vauban la formidable batería española de que hemos hecho mención.

El frente oriental o flanco derecho de la posición, que enlazaba el frente principal con la retaguardia, apoyando su terminación en la aldea de Nils, en la orilla izquierda del Cantarrana, y que dominaba con sus vistas y con sus fuegos el campo que miraba a Pollestres y a la carretera o vía principal internacional aparecía igualmente fortificado; quedando unidas las fortificaciones en este último punto levantadas con las del frente principal por medio de un camino, cubierto o defendido por una tala de árboles.

En cuanto al frente occidental o flanco izquierdo de la posición, era, desde luego, por sus condiciones topográficas, el de más fácil acceso y, por lo tanto, el más débil. Doblando en ángulo recto a partir de la batería asentada al oeste de Ponteilla y yendo a apoyarse en Truillas, localidad construida en la orilla derecha del arroyo Cantarrana, toda su defensa principal quedaba encomendada al tiro de una grande batería que se elevaba a retaguardia del citado lugar, en el que hacía dos meses Ricardos tenía fijado su Cuartel General. A media legua de Truillas, Thuir, convertido en plaza de armas, constituía un puesto avanzado en la defensa del flanco izquierdo del campo atrincherado de Ponteilla. Creemos inútil advertir cómo la retaguardia de este campo atrincherado quedaba defendida por la posición española de la península del Rear, o campo atrincherado de Más-Deu.

Al sur de Thuir, los lugares de Lupia, Santa Colomé y Terrats daban frente al flanco izquierdo de la posición española. Tras ellos, la cresta de los Asprés, en su dirección Norte-Sur, dominaba la línea de retirada de los defensores del campo atrincherado que nos ocupa a la base de Céret.

Disposiciones tomadas por Dagobert para el ataque.—Orden de combate francés

DISPOSICIONES TOMADAS POR DAGOBERT PARA EL ATAQUE.—ORDEN DE COMBATE FRANCES.—Dagobert no era un general improvisado, como Goguet o D'Aoust y tantos otros, elevados al mando superior del ejército sin más méritos que su fervor revolucionario o su influencia política. Qualquiera que fuera su capacidad o talento militar, era un hombre encanecido en los campos de batalla, y aparte de su valor indiscutible y otras brillantes cualidades militares, un hombre experto en los trances de la guerra.

Conociendo sin duda alguna al detalle las condiciones topográficas del campo atrincherado de Ponteilla y de su organización defensiva, su plan para el ataque tenía que responder fielmente a las

exigencias del arte militar, y así, todo asalto por el frente principal quedaba descartado, al igual que por el flanco oriental o derecho de la posición. En cambio, todo intento por el occidental, aunque hubiese que vencer la resistencia ofrecida por las fortificaciones españolas y quedar expuesto al fuego de sus baterías, era el que presentaba mayores probabilidades de éxito, no sólo porque este flanco izquierdo del campo de Ponteilla fuera el más débil, sino porque además al operar por este flanco, dado lo quebrado del terreno, se inutilizaba, o por lo menos dificultaba grandemente, el empleo de nuestra caballería, mucho más numerosa que la francesa; se amenazaba la retirada de nuestras tropas al Ceret, y en caso de fracaso, los soldados de la Revolución podían encontrar un refugio apropiado en las estribaciones de la montaña de referencia.

En vista de todo esto, el plan general de ataque adoptado por Dagobert fué el siguiente: fraccionadas sus tropas en tres columnas, la central y la de la izquierda debían permanecer en actitud de defensa, y tan sólo la columna de la derecha se encargaría del asalto al campo español por el referido flanco izquierdo.

Esta columna de la derecha estaba constituida por la división de Goguet y formada por lo más selecto de las tropas de Salces, por algunos destacamentos de combatientes obtenidos por las levas, concentrados los unos en el campo de la Unión y llegados los otros procedentes del alto Garona. A estas fuerzas se unirían toda la caballería disponible y toda la artillería a pie, con un total de 5.000 hombres y 400 caballos.

El centro lo constituirían las mejores tropas de Cerdaña y algunos batallones de refuerzo; en total, 6.000 combatientes.

La columna de la izquierda, al mando de D'Aoust, estaba compuesta por un contingente de 3.000 a 4.000 hombres, apoyados por la artillería a caballo y por 3.000 piqueros, gente sin instrucción ni disciplina ninguna y provista de armamento tan deficiente como la pica para una guerra seria.

El plan de ataque, en consecuencia, había de ser el siguiente: esta última columna debía de ocupar las alturas del Réar, que no estaban defendidas, y mantener así en expectación a nuestra derecha, así como a la reserva, hasta aquel momento favorable para poder lanzarse por el bosque y las tejerías de Casseneuve, hacia Mas Deu. De este modo, D'Aoust debía de cortar la importante vía de retirada al Boulou y establecer la comunicación con el centro.

Este debía de permanecer inactivo hasta que Goguet hubiera conquistado la retaguardia de la posición de Truillas. A partir de este momento, el propio Dagobert se pondría a la cabeza de sus buenas tropas de Cerdaña y atacaría de frente los atrincheramientos establecidos ante el lugar de Ponteilla.

Todo este plan de ataque estaba perfectamente definido en una orden que existe en los archivos del Depósito de la Guerra francés, y que aparece firmada y escrita de mano de Dagobert, pero que, según todos los informes que sobre el particular se tienen, no debió ser comunicada por escrito a sus generales. Este documento decía así:

"Dispositivo del ataque del 22 de septiembre de 1793. El orden

de batalla será oblicuo, es decir, que tan sólo la derecha avanzará y atacará. La columna de la derecha se compondrá de dos cuerpos, a las órdenes del General Goguet, cuerpos procedentes de las antiguas levas del campo de la Unión y cuerpos procedentes del ejército central.

"Estos cuerpos se encaminarán hacia el Cuartel General del enemigo en Truillas, evitando la aproximación a las baterías enemigas y pasando por Loupia y Terrats. La artillería pasará por Orlés, Toulonges, aproximándose a un cuarto de legua de Thuir, en donde tomará el camino de Truillas a Terrats. La izquierda, a la cabeza de la cual figurará el ciudadano Pérignon con su legión, estará compuesta por cuerpos de diferentes campos y de aquellos procedentes de la requisición, que seguirán (en columna cerrada y mostrando sus picas) la ruta de Boulou hasta aquel punto en el que puedan ganar la altura del Réar. El General Lemoine, que marchará a la cabeza de esta columna con el General Mathias, obrará con arreglo a las circunstancias, siendo preciso que trate de aproximarse bruscamente al enemigo cargando sobre él. De no poder ser así, se contentará con contenerle, haciendo acto de presencia sobre la altura vecina.

"Una columna de la derecha, procedente de Ille, se mantendrá sobre la altura delante de Thuir, contendrá a la tropa que el enemigo pudiera aquí dejar. Consecuentemente y siguiendo las disposiciones anteriores, la columna de la derecha partirá a las dos horas, no habiéndolo la de la izquierda hasta las seis. La artillería volante formará parte de la columna de la izquierda."

El documento venía firmado por el propio Dagobert.

Desarrollo de la acción

DESARROLLO DE LA ACCION.—En cumplimiento de la orden recibida, Goguet partió de Peyrestortes el 21 por la tarde, a la entrada de la noche. Durante el día había llegado al pie de las alturas de Saint-Colombe, punto en el que la caballería, a las órdenes de Ramel, y que formaba la vanguardia, acababa de hordear; pero en lugar de continuar este movimiento, detúvose, pretextando que acababa de ser abandonado por sus guías, que no conocía el terreno y que no tenía orden escrita para proceder de otro modo. Limitóse a disponer el avance de su artillería y que, una vez ésta asentada en sus emplazamientos, comenzara a disparar sobre Thuir. La intuición de Goguet no llegaba, por lo visto, a más.

Su intento resultaba tanto más improcedente por cuanto que esta pequeña aldea había sido fortificada cuidadosamente por nosotros, y sus antiguas murallas, en gran parte reparadas, estaban defendidas por una fuerte y numerosa artillería. A pesar de ello, el general revolucionario se obstinó en continuar su ataque, perdiendo toda la mañana en un infructuoso cañoneo, que habría de concentrar sobre Thuir la atención de los nuestros, contrariando así el plan de Dagobert, que pretendía envolver el campo de Peyrestortes por este lado.

No fué más afortunada la actuación de D'Aoust en el extremo opuesto. Su marcha por la vía principal de la frontera a Perpignán realizóse con una lentitud desesperante, en tanto que allá, en el centro del dispositivo francés, el General Dagobert, delante de Mas Vesian, esperaba inactivo la noticia de la llegada de D'Aoust al punto de referencia.

Actitud del Alto Mando español

Ante la iniciación de este movimiento ofensivo por parte de los revolucionarios franceses, ya sabemos que el General Ricardos estaba decidido a actuar con la mayor energía. Sin duda alguna, las reducidas dimensiones del campo en aquellos tiempos permitió a nuestro general observar desde una altura, con el auxilio del correspondiente catalejo, todas estas disposiciones y movimientos del enemigo. A la primera noticia que tuvo acudió a la izquierda de la posición, desde donde estuvo, en efecto, observando los movimientos del enemigo y las numerosas columnas que parecían dirigirse al ataque de Thuir unas, al del Cuartel General de Truillas otras y las restantes a otros puntos de este flanco occidental. Pensando, por lo tanto, que por esta parte se intentaba un ataque serio, nuestro General mandó a Courten, que se hallaba en Mas-Deu, acudiera inmediatamente con los cuerpos que constituyan la reserva, y aunque su previsión le había hecho reforzar la guarnición de Thuir, al saber que los revolucionarios intentaban atacarla con un batallón más, dió orden al Teniente General Conde de la Unión para que, con cuatro batallones y el regimiento de dragones de Pavía, marchase, pasando por Thuir, en dirección hacia el sitio donde Courten se hallaba, con misión de sostenerle. En este momento, Ricardos recibió un parte del jefe de la vanguardia y posiciones establecidas en las alturas de la península de Réar, dándole cuenta de cómo por aquella parte se presentaba una columna que nuestra información manifiesta ser de 5.000 hombres, pero que no siendo otra que la de D'Aoust, hay que elevarla, según los propios informes franceses, a unos 7.000 hombres cuando menos. Inmediatamente se trasladó a aquella parte, queriendo ver por sí mismo la presencia y movimientos del enemigo, y habiendo examinado sus disposiciones y considerando que aquél era el paraje más fuerte para nuestra defensa y que, desde luego, lo que el enemigo intentaba realizar por aquel flanco no era otra cosa que un falso ataque y una llamada para que no acudiese en fuerza a la izquierda y retaguardia del ejército, lejos de caer en el lazo, sacó algunos batallones y la brigada de carabineros reales y marchó con ellos al referido flanco, en el que ya se había roto el fuego de cañón.

El General Goguet, dándose cuenta, por su parte, de que delante de sí se había acumulado una considerable masa de fuerzas españolas, desistió de llevar a cabo ningún ataque de frente. No podía hacer otra cosa razonable, a lo más, que la de permanecer en actitud amenazante sobre las comunicaciones entre Thuir y Truillas, retirándose al abrigo de las alturas vecinas a Sainte Colombe, en donde se estableció desde el comienzo de la acción, quedando a media legua de

distancia de Thuir y ocultando su caballería bajo el follaje de un olivar.

No fué más afortunado en su empresa el General D'Aoust, y su incapacidad no desmrece de la de su compañero. Efectivamente, después de una marcha con dos horas de retraso pudo llegar a las alturas del Réar, al pie de las ruinas del molino de este nombre. La consistencia de su tropa era tan frágil, que bastó la gallarda presencia de los nuestros, firmes en sus posiciones, para que toda aquella gente, de tan diversa condición desde el punto de vista militar, retrocediera en una masa confusa, presa de la indisciplina y del desorden. Las tropas de línea fueron arrolladas por los piqueros y demás elementos de parecida condición social, que, como sabemos, habían sido agregados a esta columna de la izquierda. El joven general revolucionario carecía de autoridad suficiente para dominar dicho desorden e imponer la subordinación. Los cerebros revolucionarios no estaban muy capacitados para poder apreciar por sí mismos las ventajas de la disciplina militar.

El General Dagobert ante el peligro

Ante tal situación, Dagobert no puede abrigar ilusión alguna; ambas alas de su frente de combate están, ya que no perdidas, por lo menos en condiciones de incapacidad para poder actuar eficazmente. Cualesquiera que puedan ser las responsabilidades de los dos generales a sus órdenes por su defectuosa actuación, es lo cierto que ellos han dejado caer sobre su persona todo el peso de la jornada. El es el único en condiciones de poder atacar y salvar la situación, y para ello no tiene más remedio que atacar de frente la posición española, sin otra circunstancia favorable que la debida al hecho de haber ido los españoles acumulando en uno y otro flanco de su frente la mayoría de las fuerzas, a causa de lo cual el sector central tenía que estar por esta razón debilitado.

Decidido a obrar así, y arrastrado por su impaciencia, Dagobert no vacila. Se dispone a atacar con toda violencia y para ello ordena la formación de su tropa en tres columnas: la primera ha de apoderarse mediante un enérgico ataque a la bayoneta de la gran batería española designada con el nombre de Vauban por los emigrados franceses. A la cabeza de ella marchará el regimiento de Champagne, el más afamado por su intrepidez en el combate. La segunda ha de penetrar en la posición española, corriendo por el barranco de Ponteilla, que de Norte a Sur entalla esta posición por su parte central. Para lograr su objetivo ha de abrirse camino a través del parapeto de árboles cortados de que hicimos referencia, el cual cubre parte del frente de la posición amenazada. La tercera, a retaguardia, desempeñará la función propia de la reserva.

Tocaba a nuestro digno prócer, el ilustre Teniente General Duque de Osuna, contener con su tropa este ataque frontal del ejército revolucionario. Tan activo y acertado como Ricardos, Osuna, en el cumplimiento de su cometido de comandante de la batería citada y jefe de este sector principal, había tomado sin tardanza las oportu-

nas providencias para contener a los enemigos, tanto con el traslado de algunas tropas como con la ocupación de puestos convenientes, y había ya mandado romper un eficaz fuego de metralla a la artillería cuando llegó a la posición el General en Jefe.

Iniciado el combate por el General Dagobert, nuestro mando superior no se apresura a actuar por su cuenta. Nuestra artillería calla y este silencio se prolonga, permitiendo a la primera columna francesa asaltante llegar cerca de la batería española, a una distancia dentro del alcance medio de sus piezas. Está a punto de llegar al pie de la posición cuando, de pronto, una furiosa ráfaga de metralla barre las primeras filas francesas, que súbitamente, en un abrir y cerrar de ojos, cubren con sus cadáveres el glasis del largo foso abierto al pie de la terrible batería. Era éste el fuego de metralla de la artillería mandado romper por el Duque de Osuna desde el primer momento.

Viendo el general en jefe del ejército francés que, de este modo, la columna de la izquierda soportaba sobre sí el fragor de la tormenta desatada, ordenó que la segunda columna llevara a cabo su cometido. Sin vacilación, los franceses se precipitan en el barranco, logran destruir y salvar el obstáculo que les presentara la tala de árboles que mencionamos, se corren hacia la izquierda y se apoderan de un pequeño reducto que servía a los nuestros de punto de apoyo y puesto de vigilancia. En este reducto había un destacamento de guardias españolas al mando de un sargento, quien, viéndose cortado, según nuestra información oficial, tomó un partido verdaderamente militar, cual fué el de abandonarlo, yendo a ocupar una altura inmediata, desde la cual hizo fuego a los enemigos. El asalto francés se muestra tan arrollador, que por un momento parece ha de conseguir su objetivo. Dagobert marcha al frente de esta columna, animando a todos con su ejemplo.

Pero a su debido tiempo la artillería asentada en la batería de la izquierda lanzó sobre los atacantes una descarga de metralla; el batallón de guardias españolas que guarnecía la aleta mantúvose sin hacer fuego hasta el momento oportuno. El General Ricardos, con la mayor serenidad y acierto, ordena al Conde de la Unión, a quien había avisado en vista del ataque a la batería española de la izquierda, no se dirija a la villa de Thuir hasta que finalice esta acción y, en cambio, se incorpore a la batería atacada para ayudar a las demás tropas. El Conde de la Unión cumplió perfectamente su cometido, realizando un movimiento oportuno, y presentándose ante el flanco derecho de la columna francesa, amenazó caer sobre ella con los batallones a su mando.

Ante esta amenaza, el enemigo le hace frente, pero nuestro joven general los esperó con serenidad, y hasta tenerlos muy inmediatos no abrió contra ellos un fuego vivo por medias compañías, y poniéndose al frente del regimiento de dragones de Pavía, tras una breve arenga, los lanzó a la carga, ejecutada con el mayor arrojo y empuje.

Al mismo tiempo que esto pasaba, el General Ricardos sacó a los carabineros reales y dragones y, poniéndose al frente de ellos, cargó igualmente sobre las filas revolucionarias, que, desorganizadas y per-

dida la moral, no pudieron resistir el empuje de nuestros jinetes. Por otra parte, Courten seguía contenido a la columna francesa que, durante el ataque que estamos describiendo, se dirigía al Cuartel General de Truillas y que, según nuestro comunicado oficial, estaba ya muy cerca de llegar a este puesto.

La carga de la caballería al mando directo de Ricardos fué tan oportuna y rápida, que los franceses se declararon en franca derrota, y de cuantos formaban la columna escaparon muy pocos, haciendose muchos prisioneros y quedando el campo tan sembrado de muertos, heridos y fusiles, que nuestros soldados no podían adelantar más tarde en su marcha con propósito de llevar a cabo la persecución del enemigo.

Pero si por esta parte los franceses habían sido rechazados, por otro punto una columna suya de infantería, habiendo desplegado en batalla, amenazaba caer sobre los nuestros. El General Ricardos marchó personalmente a reunir los regimientos de caballería de Santiago, Montesa, Calatrava y España para lanzarlos contra esta columna, y como quiera que hubiese ocupado una buena posición y que el terreno extendido ante ella fuese malo para realizar el asalto, al objeto de obviar tales inconvenientes, determinó atacar a los franceses cargando simultáneamente sobre los dos flancos de su frente de batalla, haciéndolo sobre el derecho el Mariscal de Campo Barón de Kesel, al frente de dos regimientos de los citados, y contra el izquierdo, el Brigadier don Diego Godoy, debiendo hacerlo así cuando el terreno lo permitiese y ejecutándolo desde luego con la mayor bizarria.

Retirada francesa

El General Dagobert, acosado por todas partes, comprendió que había llegado el momento de la retirada, pero no haciéndolo retrocediendo, sino, por el contrario, atravesando la línea española y marchando al abrigo de los contrafuertes de los Aspres. Emprendida la marcha, mientras Courten atacaba a la columna que tenía enfrente, don Diego Godoy, que antes de emprender el ataque había pedido al Conde de la Unión le enviase algún socorro de tropa, por lo que éste hubo, en efecto, de hacerlo con la mitad de la brigada de carabineros reales y algunos batallones, atacó con vigor a esta columna y, habiéndola rodeado y bloqueado, intimóla a que rindiera las armas.

Ante este ataque, vacilaron los franceses por algún tiempo y, viéndose enteramente perdidos y cortados, pidieron veinte minutos para consultar con su General Dagobert. Se les concedieron sólo quince, con tal que permaneciese la columna sin moverse. Se trataba del 61 regimiento, llamado de Vermandois, que formaba la izquierda de la columna en retirada y que había sido envuelto. El resultado de la consulta no pudo ser más sumario. Fervel lo describe con trazos vigorosos: "Dagobert acude—escribe—, y al aspecto de este nuevo desastre, de estas cobardes proposiciones de capitulación, enloquecido de dolor, el fogoso general, para responder a estos indignos franceses que tratan de hacerle cómplice de su deshonra, los cubre con la me-

tralla; ¡su propia metralla sobre sus **propios** soldados! A tan sangrienta lección, los más bravos se abren camino; el Capitán Bresson, que manda un batallón del Gard, salva la bandera; pero todo el resto, unos 600 hombres, rinde las armas tirándolas al suelo, ante la intimación de Godoy." Según nuestro comunicado oficial, "la cola de la columna pretendió escaparse y fué pasada a cuchillo, en número de 700; los demás, con las banderas, armas y oficiales, fueron hechos prisioneros".

El veterano general francés reúne en torno suyo algunos cientos de valientes que permanecen fieles, forma con ellos el cuadro y prosigue su retirada hacia las alturas de Sainte Colombe, en donde la muchedumbre de los fugitivos se había ya reunido con las tropas de Goguet. El viejo guerrero marcha en busca de ese Goguet, a quien acusa de ser la causa de su desgracia.

Serían las doce del día cuando Dagobert pudo llegar al refugio de las alturas de Sainte Colombe, en las que fué recibido por el representante Cassanyes. A la vista de su compañero de la Perche y de Olette, el infortunado general se precipita en sus brazos, deshaciéndose en amargas recriminaciones contra esos cobardes médicos e improvisados generales, cuya vergonzosa inacción ha sido causa de perderlo todo. Pero la retirada del ejército francés no dejó de ofrecer sus dificultades. El Conde de la Unión, luego que hubo de apagarse el fuego de la batería de la izquierda, se dirigió hacia la villa de Thuir, como se había prevenido, pero como por entonces no había que temer el ataque enemigo por este lado, corrió hacia la izquierda, a fin de abrigarse mutuamente con el cuerpo al mando de don Juan Courten, lo que fué motivo para que no pudieran encontrarle seis batallones de refuerzo enviados por el Capitán General, al mando del Duque de Montellano, quien, viéndose batido eficazmente por una batería enemiga que le flanqueaba, se puso prudentemente a cubierto de unas lomas.

Manifiesta nuestra información oficial que en la retirada llevada a cabo por los enemigos hacia las alturas de Sainte-Colombe, Terrats, etcétera, hubo varios ataques, calificados de **endebles**, siéndolo, en efecto, a causa de lo fragoso y quebrado del terreno, lo que no fué obstáculo para que fueran realizados por nuestras fuerzas de caballería con arrojo y con valor. Una columna enemiga, fiada en el apoyo que pudiera prestarle un gran barranco, tras él se guarnecía, esperó la carga de nuestros jinetes y, aguardando a que éstos llegasen a muy corta distancia, rompió contra ellos un fuego tan vivo, que el Coronel don Pedro Velasco, teniente coronel del regimiento de caballería de España, y el de igual empleo don Pedro de Vos, capitán del de Calatrava, recibieron 11 balazos.

Finalmente, los enemigos, llegados a las faldas de las montañas, tomaron posición sobre las mismas en condiciones tales, que nuestro Alto Mando juzgó no ser posible atacarlos con éxito, dadas las tropas de que se disponía, no siendo, por otra parte, prudente abandonar las baterías y atrincheramientos establecidos a vanguardia de la derecha de nuestra línea. "Pero nuestro General en Jefe no se satisface con aceptar solución tan poco definida y segura, y viendo que, en efecto,

no se aseguraba la victoria mientras no se desalojasen los enemigos de aquellas alturas y que eran ya las cuatro de la tarde, mandó al Conde de la Unión que, reuniendo los batallones que hemos citado y la caballería que tenía a sus órdenes el Teniente General Duque de Montellano, así como la artillería que acababa de enviar, se incorporara al cuerpo de tropas a las órdenes de don Antonio Courten y sobre el propio terreno acordasen ambos un ataque que bastase a determinar a los enemigos el abandono del puesto que ocupaban y llevar a cabo su retirada, pues de otro modo, por razón de la fortaleza de la posición que ocupaban y según hemos dicho, no era posible ni atacarlos con vigor ni amenazar su retaguardia."

Era aquélla una jornada gloriosa, en la que, desde el General en Jefe hasta el último soldado, cuantos elementos formaban el ejército español habían de comportarse de una manera ejemplar. Reunidos Courten y el Conde de la Unión, cumplieron la orden recibida con tino y con prudencia, y después de haber conferenciado entre sí marcharon en tres columnas hacia los enemigos por tres distintos parajes. Ante el avance de estas columnas, Dagobert no intentó resistir más, y haciendo cesar inmediatamente el fuego de la artillería, arrastróla a través de los montes, rompiendo y quemando los carros y municiones, abandonando su puesto de montaña en montaña hasta que, habiendo oscurecido, quedó por nuestro todo el campo de batalla.

Quiere dar por supuesto Fervel que la retirada de los fugitivos revolucionarios pudo verificarse libremente a causa de no osar los nuestros poner en trance supremo de defensa a un adversario tan temible como el veterano general francés y las tropas que le fueron fieles. Nosotros estimamos que fueron las tinieblas de la noche, pues eran ya las once de la misma, la causa de que el Conde de la Unión, con arreglo a las órdenes que le había dado el General Ricardos, se limitara a establecer su tropa en el mismo sitio que ocuparan los enemigos, encendiéndo hogueras a causa del frío y desabrigo de su tropa, que, como toda la de aquella jornada, estuvo operando todo el tiempo sin comer.

En cuanto al ejército francés, la columna de la izquierda y una parte de la del centro se habían refugiado ya en el campo de la Unión. La división Goguet no pudo llegar al mismo sin llevar a cabo un largo rodeo por las estribaciones de los Aspres, en una marcha agotadora, que duró más de doce horas.

La retirada del ejército español hubo de ejecutarse en forma que pudiéramos calificar de pintoresca. Dejemos una vez más al diario oficial nuestro el relato del hecho: "Asegurado entonces el general —dice textualmente— de haber conseguido un día tan victorioso por todos lados y que los enemigos se habían retirado hacia Perpiñán, mandó que las tropas volviesen a sus campamentos, lo que ejecutaron dirigidas por hachas de viento que se les enviaron a las once de la noche".... Estas tropas retirándose a media noche del campo de batalla al resplandor de las llamas de unas hachas encendidas, ante la contemplación de un enemigo que forzosamente tuvo que darse cuenta del movimiento, no deja de ser en los tiempos actuales algo incomprensible y hasta absurdo. ¡Oh tempora; oh mores!

Contingentes que tomaron parte en la batalla de Truillas y bajas experimentadas por uno y otro ejército combatientes

CONTINGENTES QUE TOMARON PARTE EN LA BATALLA DE TRUILLAS Y BAJAS EXPERIMENTADAS POR UNO Y OTRO EJÉRCITO COMBATIENTES.—Hemos dado cuenta anteriormente de que la fuerza que constituyera el ejército republicano no bajaría de los 20.000 combatientes, no pasando mucho más allá de los 16.000 el total de los nuestros. Una vez más protesta el General Arteche del intento francés, tratando de dar por sentado que el número de nuestras tropas en el campo de batalla superó por lo general al del ejército francés: "Una vez por todas—expone en la obra que conocemos—vamos a hacer un cálculo que probará cómo rebaja Fervel la cifra de los franceses en los campos de batalla de aquella guerra. Dice en su tantas veces citado libro que la columna central se componía de unos 6.000 hombres. "Al atacar la línea española, dividióse, según hemos manifestado, esta columna, que mandaba personalmente el General Dagobert, en tres partes, una, que debía ser numerosa, puesto que fué destinada a tomar la gran batería de nuestra posición más avanzada y que llevaba a su cabeza un regimiento entero, que, como sabe el lector, aniquiló la metralla española; otra que quedó en reserva y no sería pequeña si había de llenar tan importante objeto, y finalmente, la que con Dagobert se abismó en aquel barranco, de donde vino a salir tan mal parada. Si el total era de 6.000 hombres, la última de las tres columnas podría llevar a lo sumo la mitad de aquella fuerza, esto es, 3.000 hombres. Ahora bien; ¿cabe creer que tan poca gente pudiera cruzar el vasto campo que recorrió, cercada de una gran parte, sin duda alguna de la mayor, del ejército español, que de todos lados acudía a combatirla? Más aún, Dagobert llevó reunidos suficientes elementos para castigar, como le fué dable en situación tan desesperada cual la suya, la cobardía de todo un regimiento, ametrallándolo, lo cual representa en medio de aquel campo cubierto de cadáveres no sólo un acto de energía y un rasgo sublime de honor militar, sino fuerza moral y material con que poder imponer su voluntad. Y si se restan, sin contar los que ya hubieran perecido, los 600 ó 700 hombres de Vermandois que rindieron las armas, ¿qué quedaba para los demás cuerpos de la columna? Sin embargo, aun quiere decirse, y eso sin mencionar las tropas de Goguet, que las acabadas de derrotar cuando salieron a Sainte-Colombe rechazaron a sus perseguidores, que, según Fervel, le acometían con seis batallones que, aun cuando de lejos, iban todavía en su seguimiento."

Acabamos de decir que la fuerza de los franceses era superior a los 20.000 hombres y nuestra afirmación no es aventurada. Marcillac fija en 24.000 los hombres presentados en batalla por los franceses a las siete de la mañana del día 22 de septiembre ante la posición de los españoles.

Declara nuestra información oficial que la pérdida de los enemigos fué de 5.000 a 6.000 bajas, de las cuales 1.500 correspondían a

los prisioneros, siendo superior a esta cifra el número de los muertos, pues todo aquel campo quedó cubierto de cadáveres franceses. En la retirada perdieron 10 cañones, seis carros llenos de fusiles y varias cargas de éstos, sables y cartucheras pertenecientes a los muertos. "La nuestra fué muy corta—expone textualmente el comunicado oficial español—porque sólo nos causó alguna la batería que protegía la columna que atacó la de nuestra izquierda y el cañón y fusilería sobre nuestra caballería en los varios ataques que ésta les hizo todo el día en aquellos puntos en que el terreno era menos inaccesible."

No son exageradas estas cifras, pues el mismo Fervel declara que la jornada costó a los franceses cerca de 3.000 hombres muertos, mutilados o prisioneros, y el diario francés, que presenta el mismo número de bajas, refiriéndose a las nuestras, declara que nosotros "debimos perder también mucha gente, sobre todo a causa del fuego de la artillería que protegió el avance de la columna central y por la fusilada que recibieron las diferentes fracciones de caballería que persiguieron a los fugitivos en su retirada".

Juicio crítico sobre la batalla de

JUICIO CRÍTICO SOBRE LA BATALLA DE TRUILLAS.—Reconocen los historiadores y las informaciones de fuente francesa que la jornada que vamos a comentar constituyó para las tropas de la Revolución un completo desastre, calificándola **d'une malheureuse journée** y afirmando que emprendida la acción por Dagobert cuatro días antes, seguramente ellos hubieran podido alcanzar un completo triunfo.

Fervel califica de buenas, en general, las disposiciones tomadas por Dagobert para el ataque, aunque no pueda calificarlas de irreprochables en sus detalles: "La columna de ataque no era suficientemente fuerte, se hallaba sin enlace con la del centro; la izquierda estaba igualmente demasiado aislada. Pero la gran falta cometida en esta ocasión por Dagobert fué la de olvidar que sus dos lugartenientes, **ese joven** ayudante de campo y **ese médico** general, como él los llamaba, no podían por menos, al cabo de tres días de sentirse abrumados por sus desdenes, no habiendo podido ver sin un cruel despecho cómo el mando superior escapaba de sus manos al día siguiente de una victoria que ellos reivindicaban y a la víspera de una batalla de resultados decisivos, de cuyo éxito habían respondido cuando estaban ya coronados por el triunfo." El historiador militar francés puede advertir con sobrada razón: "Y Dagobert confiaba la suerte de esta batalla, el honor de su nombre, a aquel de esos dos hombres de quien estaba menos seguro o cuando menos era el más maltratado por él, sin contar que, además, era el más incapaz." Pero la responsabilidad de la derrota francesa no recae en esta ocasión en el viejo general francés, sino en la conducta incalificable y punible de sus dos jóvenes camaradas. En efecto, como hemos visto, Goguet, en su ataque a la izquierda española, ante la imposibilidad de vencer la resistencia por nosotros ofrecida a su avance, renunciando a llenar su cometido final, debió permanecer en una posición conveniente, amenazando las

comunicaciones entre Thuir y nuestro Cuartel General de Truillas. Gree Fervel, a nuestro juicio con demasiado optimismo, que una demostración cualquiera al efecto hubiera podido, por lo menos en parte, haberle permitido alcanzar el objetivo que se le había asignado. Mas el desdichado general no vió en esta concentración del enemigo sobre Thuir otra cosa que un pretexto para retirarse del campo de batalla. Y al efecto, como sabemos, se retiró con su artillería al abrigo de las eminencias vecinas a Sainte-Colombe.

Por parte de D'Aoust, siempre la misma torpeza. Dejando aparte la responsabilidad que pudiera corresponderle en el lamentable e irreparable retraso de dos horas en su marcha de aproximación a las alturas del Réar, una vez llegado a ellas y establecerse junto a las ruinas del molino, lejos de mantenerse firme en su puesto, muéstrase incapaz de poder contener el desorden y la huída de aquella tropa abigarrada y heterogénea sin instrucción ni espíritu militar ninguno. Su imprevisión, desacuerdo o falta de ascendiente sobre las fuerzas que debieran actuar a sus órdenes no pueden ser más manifiestos. Todos estos inconvenientes ciertos, positivos, de fatales influencias, no son suficientes a justificar la pasividad de ambos generales, y hay que atribuir a la satisfacción de unos miserables sentimientos de rencor o ciega soberbia la razón de su torpe conducta. A causa de ellos, la Revolución, por la que se manifestaban tan ardientes partidarios, había de recibir un golpe, de cuyas consecuencias no podía formarse un juicio anticipado. Este error de carácter psicológico cometido por Dagobert, al no tener en cuenta sus relaciones con ambos colegas, de condiciones tan diferentes a la suya, constituye la gran falta por él cometida en esta ocasión.

Nadie podrá negar al viejo e intrépido general francés cualidades de decisión y de valor. Había concebido un ataque en orden oblicuo contra el frente español; las vicisitudes del combate vinieron a imponerle un ataque frontal a toda costa. No era fácil vencer la resistencia española, y ya sabemos cómo el General Ricardós, el Conde de la Unión y los demás generales españoles desbarataron por completo el asalto francés, introduciendo un gran desorden en la columna francesa. "Parecía imposible—expone nuestro ilustre General Arteché—que pudiera cuerpo alguno de los que la componían salir de aquel torbellino que por todas partes la rodeaban; sólo un hombre del temple de Dagobert sería capaz de tomar en tal conflicto una resolución de esas extraordinarias, que, por lo mismo y por la sorpresa que producen, se hacen a veces salvadoras, pues al encontrarse sin horizonte alguno despejado y libre, el veterano general halló en su rara energía y el prestigio de que gozaba en las tropas, el único camino que lo sacara de tal situación. Otro hubiera buscado ese camino en el de la retirada por los mismos lugares que acababa de recorrer con su temerario ataque; Dagobert comprendió que de proceder así se le habrían ido cerrando tales caminos a su paso por ellos, y comprendió el que, atravesando el campo enemigo, le condujera al flanco que cabalmente él se había propuesto atacar primero, y en donde, si se hubieran seguido sus instrucciones, hallaría la columna Goguet, que habría de servirle de refugio. Pero como este general andaba,

mejor que avanzando en la dirección—que se le había señalado, abrigándose en las posiciones que, según ya hemos dicho, formaban las vertientes o faldas de los Aspres, ¡cuánto tiempo y qué de accidentes y peripecias tendría que sufrir Dagobert en tan largo trayecto!” Las sufrió, en efecto, según hemos podido ver por el relato anterior.

Estos conceptos de nuestro ilustre general historiador son de una exactitud que no admiten refutación alguna. Por eso no hemos vacilado en transcribirlos íntegramente, como creemos oportuno el hacerlo también con una nota que publica en su libro de referencia, comentando aquella noticia dando cuenta de cómo en su retirada por las montañas Dagobert hizo volar sus carros de municiones y despeñar otros objetos de su impedimenta, salvando tan sólo su artillería y municiones. Refiriéndose a la palabra **impedimenta**, “nunca se ha podido emplear mejor ese vocablo, latino y todo—arguye nuestro general—; por qué Fervel dice que Dagobert hizo **précipiter dans les ravins tout ce qui l'embarrasse, moins son artillerie, toutefois, qu'il sauve**. Pero ¿qué puede llevar una columna de ataque y en las condiciones de la de Dagobert aquel día que la embarace en su marcha, además de sus piezas de artillería y sus armones? ¿Qué podía llevar, por otra parte, aquella fuerza que no lo fuera dejando en su temeraria y desastrosa retirada?”

En cuanto a la conducta de las tropas francesas, creemos innecesario hacer comentario alguno. Hállase bien patente en la propia relación de los hechos. Fuera de los elementos verdaderamente profesionales, como las llamadas tropas de línea, el aluvión de las masas revolucionarias no ofrece consistencia alguna. La presencia de aquel cuerpo de piqueros, con la que, por lo visto, pensaban los generales franceses obtener un éxito seguro, llevando el espanto a los nuestros, vino a resultar un incidente realmente cómico. La deserción de los que habían tomado parte en la batalla fué muy numerosa en las filas francesas en la noche siguiente a la jornada. Como es lógico, el patriotismo francés se indigna contra la conducta de aquellos compatriotas que, como los constituyentes del regimiento de Vermandois, al verse rodeados por una nube de jinetes españoles, en trance de ser aniquilados, hubieron de entregar sus armas, gritando ¡Viva España! y alzando sus sombreros sobre la punta de las bayonetas. También hicieron esto mismo la mayoría de los soldados del Gers. Los calificativos de cobardía, traición, indignidad, etc., no son escatimados en los relatos franceses que dan cuenta de estos hechos.

Resumiendo todo lo dicho y creyendo de justicia recoger el comentario de la información francesa, convendremos en que, como resultado de la batalla de Truillas, Dagobert pagó cara su fatal obstinación y sus imprudentes desdenes, pues, sin duda alguna, odiosos rencores sobreexcitados por una tirantez intempestiva prevalecieron en la acción militar de que tratamos contra los intereses sagrados de la causa pública. Los dos divisionarios franceses encontraron en las vicisitudes de la lucha un medio apropiado para vengarse odiosamente de los desprecios que Dagobert hubiera podido inferirles. Goguet, el más comprometido y, por lo tanto, el principal objeto de las más graves acusaciones por parte de su jefe, pudo probar que no había

recibido de su general en jefe orden alguna escrita. Y, efectivamente, parece ser que Dagobert, no adoptando jamás de antemano un plan de combate bien definido, ordinariamente, dejaba al fragor mismo del campo de batalla la inspiración de sus determinaciones. Hemos de advertir que esta justificación fué presentada por escrito al ministro de la Guerra por el propio Goguet en una carta, escrita el 23 de septiembre, en cuyo documento el Comisario Mathias, encargado de la inspección de los arsenales de artillería, declaraba no haber leído el plan comunicado a los generales, pero, de toda suerte, la opinión de Cassanyes, sacada de sus memorias y expuesta por Fervel en su obra de referencia, no puede ser más categórica: "Entrando en Perpiñán D'Aoust y Goguet—testifica el honrado comisario—, así como el comandante de la caballería, argumentaron que ellos habían permanecido en la inacción porque Dagobert no les había dado ninguna orden, desafiándole a probar lo contrario. De este modo fui convencido de cómo el capricho de los hombres había prevalecido sobre los intereses de la patria. La obstinación de Dagobert al rechazar el ataque del 20 fué una gran falta, pero, por su parte, Goguet y D'Aoust sacrificaron la cosa pública a su venganza y a su amor propio, abandonando a Dagobert, a pretexto de que no habían recibido ninguna orden."

Cassanyes consideraba también culpable la tardanza de Dagobert en llevar a cabo, cuanto antes, su ataque a la posición española de Ponteilla, pero si, como está comprobado por todos los informes, pocos días después de esta batalla, 14 ó 15.000 hombres vinieron a reforzar los contingentes de tropas que operaban en el Rosellón, aun resultaba prematura la fecha en que se efectuó esta acción de guerra, y al haber sido realizada más tarde, con abrumadora mayoría de fuerzas sobre los nuestros, es posible que la victoria hubiera coronado el esfuerzo de los soldados de la Revolución, y, sin duda alguna, la situación de nuestras tropas hubiera sido muy crítica, si operando Dagobert sobre nuestros flancos y sobre todo contra nuestra retaguardia, cortando nuestras líneas de retirada a través de la montaña, nos hubiera puesto en situación de resultar realmente copados en territorio extranjero.

Jomini, que en su obra clásica "Campañas de la Revolución", nos da cuenta de cómo la retirada de Dagobert lo fué a las alturas de Canohes, donde ya se habían retirado D'Aoust y Goguet, no deja de emitir su juicio sobre la conducta del viejo general: "Algunos censores rígidos han vituperado las disposiciones del general francés, que parecen, efectivamente, demasiado extendidas por ambas alas. La naturaleza del país, impidiendo el empleo, al parecer, de masas más fuertes sobre un mismo punto, sería la única excusa que podría darse en su favor, siendo ésta la causa de la falta de coordinación que hubo de darse en la acción de las columnas." Jomini, a continuación, califica, a pesar de todo, de brillante la conducta que Dagobert había observado en este **desgraciado asunto**.

La conducta del Mando español y d
tropas

Pero, si en esta ocasión son tan desfavorables los juicios que podemos emitir acerca de la actuación del ejército francés, ocurre todo lo contrario por lo que hace referencia al español. En nuestro campo, el mando y las tropas, la disciplina y el orden, el arrojo y la serenidad no dejan de brillar en todo su esplendor. Ricardos es, por todos los conceptos, el general en jefe que sabe dictar, cuando la ocasión lo requiere, las disposiciones oportunas, y viéndose obligado a obrar según las decisiones del Alto Mando contrario, hay tanto acierto, tanta rapidez y tanta energía en cuanto concibe, ordena y a veces él mismo inspecciona o ejecuta, que más parece ser suya la iniciativa que no del malhumorado e impetuoso Dagobert. Descubre desde el primer momento el modo de estar dispuesto el orden de combate del contrario, e intuye, asimismo, cuáles puedan ser sus propósitos. Comprende de que es su flanco izquierdo el objetivo principal del ataque, y en vista de ello, se apresura a reforzar este ala, llamando a ella a Courten con sus tropas. Y cuando es informado de que allá, por su derecha, en las alturas del Réar, los revolucionarios hacen acto de presencia, ni por un momento se deja engañar por este falso ataque, y, limitándose a contenerle tan sólo, no le concede mayor importancia y atiende nada más que a deshacer el violento ataque frontal a que ha quedado reducido todo el **plan de batalla en orden oblicuo** que, razonablemente, calculara Dagobert.

Lejos de encontrar obstáculo a la realización de sus planes y a la ejecución de sus órdenes por parte de sus subordinados, éstos responden fielmente a sus deseos. Los Generales como Courten, el Conde de la Unión, el Duque de Montellano y, sobre todo, el de Osuna, muéstranse dotados de todas aquellas brillantes cualidades de talento, serenidad, valor y actividad que requiere todo mando superior en el ejército. No se muestran como unos ciegos y dóciles cumplidores de unas órdenes recibidas, sino como subordinados que, en el ejercicio auténtico de su función directora, cooperan de modo inteligente y activo a la realización del plan general concebido por el general en jefe. Con razón puede decir el General Arteche que, "en esta ocasión, el Duque de Osuna se había vuelto a mostrar en aquellos lugares como en la gran función de Mas-Deu, tan **previsor y hábil, como heroico**". Al verse seriamente atacado por las columnas de Dagobert, no se deja dominar por la idea del peligro y, demostrando un conocimiento ya a fondo de lo que la acción del fuego representa, manda enmudecer al cañón, y cuando la primera columna francesa avanza y llega a medio tiro, el silencio continúa. "Proseguía su marcha—describe Fervel—, y tocaba ya la meta, cuando de repente, azotadas por una metralla espantosa, caen las primeras filas, y después, golpe tras golpe, el resto todo de aquellos valientes, que en un abrir y cerrar de ojos van a cubrir con sus cadáveres el glasis del ancho foso abierto al pie de la terrible batería."

Courten es el General de siempre, cauto, sosegado, fiel cumplidor

de la misión que se le asigna. El es el primer llamado a contener el avance de la columna de Goguet, a quien, en principio, se ha señalado la misión principal, como sabemos. El Conde de la Unión, cual corresponde a un brillante general de caballería, emula la actividad y el valor de su general en jefe, que no vacila, como consumado jinete, en cargar también al frente de los regimientos españoles de tan brillante arma. Nada más oportuno que el movimiento llevado a cabo por el joven General Conde de la Unión, lanzando sobre Dagobert todo el regimiento de Pavía en combinación con la carga de los carabineros y otros dragones llevados por el mismo Ricardos. Y es de justicia no olvidar el papel desempeñado por los generales, también de caballería, Barón de Kesel y don Diego Godoy, quienes, al ser ordenados por Ricardos para que caigan por uno y otro flanco enemigo con sus jinetes, en tanto que Courten les atacaría de frente con su infantería; hiciéronlo con toda exactitud y eficacia. Con toda razón podía, por lo tanto, noticiar nuestro comunicado oficial dando cuenta de esta batalla: "Los Tenientes Generales Duque de Osuna, don Juan Courten y el Conde de la Unión desempeñaron completamente sus cargos, el primero siendo comandante de la batería alacada por los enemigos, en las activas disposiciones que dió para contenerlos; y los otros, en los partidos que tomaron en las distintas circunstancias de un día entero de acción en que batieron y persiguieron al enemigo. La artillería se sirvió en todas nuestras baterías con la viveza y acierto que tiene este cuerpo acreditados, y los Comandantes de caballería Kesel y Godoy se condujeron con bizarria e inteligencia; toda la tropa se portó con la mayor intrepidez y constancia, y la caballería y dragones hizo este día prodigios de valor, resentida de lo acaecido en los ataques de Peyrestortes."

En el desarrollo de la batalla, la acción táctica no deja nada que desear, y si desde el punto de la disciplina, del valor y de la fortaleza estos soldados españoles de 1793 no desmerecen en nada de los que formaban en las filas de los ejércitos de Carlos V o de Felipe II, en su distribución y formación en el orden del combate, en el empleo y uso de sus armas, en la ejecución y combinación de sus maniobras dan pruebas de poseer una aptitud en completa conformidad con las exigencias que el progreso militar va imponiendo. El empleo que se hace de los fuegos, la utilización en masa de la caballería, cargando al arma blanca, todo esto y muchos detalles más reflejan, no lo negamos, la puesta en práctica de aquellos principios que constituyan la doctrina militar prusiana. Pero de todos modos, reconoczcamos también que en la batalla de Truillas hay mayor soltura, mayor rapidez y flexibilidad en el movimiento de las tropas que en aquellas anteriores y ceremoniosas acciones de guerra tan características de las campañas del siglo XVIII; y aquella consideración que hace el Conde de Clonard en su obra clásica, poniendo de manifiesto que, como consecuencia de las reformas introducidas por el rey Felipe V, reorganizando verdaderamente nuestras deshechas fuerzas militares, no puede ponerse en duda de que los grandes principios militares, encerrados en el seno de nuestra nación y abatidos bajo los últimos vástagos de la dinastía austriaca, adquirieron entonces un desarrollo extraordinario, principio de una fuerte regeneración en la acción de

guerra que estamos considerando, halla una confirmación absoluta, quedando igualmente comprobada la exactitud de aquella otra afirmación nuestra, asegurando que, no obstante estar reorganizado e informado en sus métodos de guerra de las escuelas francesa y prusiana, nuestro ejército no los había aceptado ciega y torpemente, sino que parecían adaptados, revistiendo características propias, cualidades españolas.

Un dato interesante

Y una observación más hemos de hacer. En la ocasión presente, el aliento revolucionario viene a quedar contenido ante el fuego de las líneas españolas. Es esto como el anuncio de lo que, años después, había de suceder con el ataque de las columnas francesas en las últimas batallas del Imperio. Es del conocimiento general de toda persona versada en las enseñanzas de la historia del arte de la guerra, que aquella táctica napoleónica, que pudiéramos llamar del **entusiasmo y del arrojo**, halló su réplica más positiva y categórica en la serenidad de los sólidos frentes de combate que ya en los campos de batalla de la Península Ibérica, durante la Guerra de la Independencia, dieron buena prueba de cómo aquellas oleadas de soldados, lanzados al ataque a la bayoneta en el empuje de una exaltación producida por el olor de la pólvora, los vibrantes sones de las músicas tocando la Marsellesa y por el clamor de aquellas voces gritando apasionadamente ¡Vive l'Empereur!, no eran en modo alguno irresistibles. Por primera vez los ejércitos vencidos en Bailén fuéreronlo igualmente ante las líneas de Torres Vedras y en los campos de los Arapiles, de la Albuera y de Talavera de la Reina, viéndose a unas densas columnas de asalto ser barridas por el fuego de unos batallones desplegados en línea y constituidos por soldados que han podido contemplar con serenidad y resistir con fortaleza y calma el avance impetuoso de aquella gente enloquecida por el orgullo patrio y por la fiebre de gloria y de fortuna. La lección fué más tarde ampliada en los campos helados de la Rusia inviolable. Con razón podía lamentarse el inmortal Corso en sus "Memorias de Santa Elena" de haberse aventurado en estas empresas. Los españoles dieron al mundo la prueba de lo que puede un pueblo herido en lo más hondo de su dignidad nacional, y por añadidura, enseñaron a los demás ejércitos las normas de conducta y los métodos de guerra más apropiados para derrotar a los brillantes y poderosos ejércitos del Consulado y del Imperio.

La batalla de Truillas es una acción de guerra por todos conceptos digna de ser conocida y tenida en cuenta. Aumentemos los contingentes, demos al General Ricardos la libertad de movimiento y los recursos con que podía contar el Emperador de los franceses, y, tanto esta batalla como la campaña del Rosellón en general, no desmerecerán de todas aquellas que enaltece la Historia Militar. Y es ésta la razón por la cual no daremos fin a este capítulo sin hacer a nuestros lectores la misma advertencia que el General Gómez de Arteche hace a los suyos: "Nos hemos extendido, quizá, demasiado en

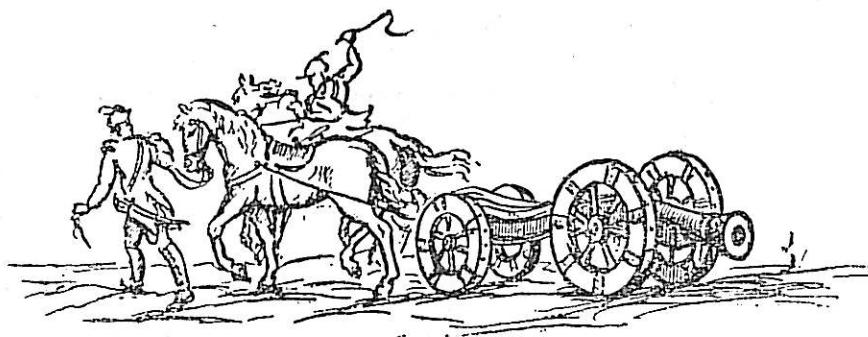
la relación de la batalla de Truillas por haber sido la más importante de aquella campaña, no bien conocida, además, en nuestro país, cuyos historiadores, en su mayor parte, no la han dado la importancia que en nuestro concepto merece, dejando la memoria del General Ricardos, si no oscurecida, porque eso no podía ser, sin aquella aureola de gloria que debe rodear y hacer perdurable la de los capitanes ilustres, entre los cuales hasta los mismos extranjeros empiezan a contar a nuestro eximio compatriota de la campaña del Rosellón."

Nota.—En el apéndice núm. 14 se transcribe literalmente el parte oficial de la batalla de Truillas, dado por el General Ricardos al Ministro de la Guerra y que figuraba en la "Gaceta de Madrid" del viernes 4 de octubre de 1793.

Nota.—Tratando de este mismo asunto, el Teniente Coronel de Estado Mayor don Abelardo Nieto, en el epílogo de su trabajo titulado "RICARDOS", del que hicimos mención anteriormente, comenta:

"Sin entrar en comparaciones, siempre difíciles, es indudable que la posición y circunstancia de Ricardos para el mando del ejército en 1793 eran mucho más desfavorables que las de Federico II o Napoleón Bonaparte, por ejemplo. Estos eran soberanos absolutos y disponían a discreción de cuantos medios proporcionaba el país de que eran jefes, mientras que el general español dependía de un Gobierno tacano e indiferente, manejado por un favorito inepto en cuestiones de guerra.

¡Lástima grande que Ricardos no naciera veinte años después! De haber sido así, los mariscales de Napoleón hubieran tenido frente a un gran general, que demostró serlo en la campaña del Rosellón."



CAPITULO XVIII

Consecuencias de la batalla de Truillas. - El General Ricardos decide la retirada de su ejército al Boulou

Operaciones dispuestas por Dagobert para amenazar el flanco izquierdo de nuestro frente. - El General Ricardos reúne un Consejo de Generales y expone en él su plan de retirada al Boulou. En vista de ello, Dagobert concibe el proyecto de cortar la retirada de nuestro ejército. - Dagobert es destituido y destinado nuevamente a mandar la división de la Cerdanya. - Es nombrado provisionalmente general en jefe, hasta la llegada de Turreau, el General D'Aoust. - En cumplimiento de lo dispuesto por el General Ricardos, los españoles evacuan a Thuir y se dictan las primeras providencias para la retirada de nuestras tropas. - Los franceses recuperan Elna y San Ferreol y ocupan la posición de Banyuls-les-Aspres. - Retirada del ejército español al Boulou. - Evacuación de Argelés por los españoles. - Consideraciones sobre la referida retirada de nuestro ejército al Boulou

Dagobert pretende remediar el daño de la derrota sufrida en el campo de Ponteilla



OS franceses, no sin asombro, habían visto a los nuestros, en lugar de llevar a cabo una enérgica persecución, retirarse ordenadamente a sus campamentos establecidos en el campo atrincherado de Ponteilla. Hecho tan sencillo bastó para que los revolucionarios, en su ciego entusiasmo, juzgaran que eran ellos los que habían conseguido el triunfo.

Pundonoroso y activo, Dagobert quiso, cuanto antes, velar por su honor y el de sus tropas, y, a la mañana siguiente de su derrota, ordenó a Goguet fuera a establecerse en las alturas de Corbère, al frente de 12.000 hombres y 15 piezas de artillería. Una vez establecido en este puesto, había de lanzar un golpe de mano sobre el flanco izquierdo de nuestra posición, amenazando al puente de Ceret, de capital importancia militar, según sabemos.

Pero si la fatiga y las tinieblas de la noche habían obligado al ejército español a retirarse a sus campamentos, las tropas francesas, abrumadas de fatiga y desmoralizadas por la derrota, no se encontraban en favorable disposición para realizar empresa alguna. Ahora bien, las órdenes dadas por el viejo e inflexible general francés eran terminantes, y, de este modo, Goguet se veía en el trance perentorio, o de obedecer con toda exactitud y sin retardo alguno las órdenes recibidas, o, en caso contrario, tener que aceptar la responsabilidad de un nuevo fracaso a causa de una tardanza de graves consecuencias. Goguet aceptó el primer partido, y, en la noche del 24 al 25, púsose en marcha, llegando a establecerse en las alturas que le habían sido indicadas.

El ataque francés sobre la izquierda española es rechazado

EL ATAQUE FRANCES SOBRE LA IZQUIERDA ESPAÑOLA ES RECHAZADO.—En efecto, el propósito francés quedó, una vez más, fallido. Del movimiento llevado a cabo en la citada noche del 24 al 25 tuvo bien pronto noticias nuestro Cuartel General, siendo informado por un desertor de cómo los enemigos intentaban atacar la Villa de Thuir; habiéndose confirmado esta sospecha por el parte que dió la Gran Guardia de Carabineros, en el que se hacía constar que

en la noche anterior se habían oido ruido de carros y artillería hacia el lugar de Canohes, en dirección a Thuir.

Inmediatamente, nuestro general en jefe dictó las órdenes oportunas para contener este avance del enemigo. Al efecto, dispuso que el Coronel del regimiento de caballería de España don Fermín de Eguía, con 300 caballos y el Brigadier don Juan Manuel de Vives, con un batallón de guardias walonas, dos de sus compañías de granaderos, un batallón del regimiento de Soria y 200 hombres de tropas ligeras, se dirigiesen a Thuir, tomando, en caso de necesidad, otro de los batallones que se hallaban de guarnición en esta villa. Nuestro destacamento halló a los enemigos en las inmediaciones de Corbère, y, según nuestro diario oficial, hubiera podido sorprenderlos a no haberse adelantado alguna parte de nuestras tropas y hecho fuego inoportunamente, contra las órdenes que tenía, cuyo accidente impidió se empeñase la acción, pues, retirándose los enemigos hacia la montaña y guareciéndose en los bosques inmediatos, únicamente se les pudo coger tres cañones y un carro de municiones. Según la información francesa, nuestro destacamento estaba compuesto por 2.400 españoles, de los cuales 600 pertenecían al arma de caballería. La operación había quedado limitada, por consiguiente, a una demostración que costó al enemigo la pérdida de 2 cañones, 25 muertos y 9 prisioneros, y por parte nuestra, de 7 muertos y 5 heridos, figurando entre los primeros el Capitán del regimiento de Granada don Juan Páez. En la acción se habían distinguido el Teniente de caballería de Calatrava don Gregorio Diego y el Ayudante del regimiento de Montesa don Juan Rubio, quienes con alguna tropa de los respectivos regimientos avanzaron y se apoderaron de los expresados cañones.

**General Ricardos convoca un Consejo
general y expone las razones por las
cuales decide la retirada del ejército es-
pañol al campo de Boulou**

EL GENERAL RICARDOS CONVOCA UN CONSEJO DE GENERALES Y EXPONE LAS RAZONES POR LAS CUALES DECIDE LA RETIRADA DEL EJÉRCITO ESPAÑOL AL CAMPO DE BOULOU.— El día 26 de septiembre celebróse este consejo, de cuya convocatoria y asuntos tratados en él nuestro diario oficial da una referencia que consideramos debe ser conocida en todo su contenido. Bajo el título de **“Consejo de Generales y razones que expuso el general en jefe para retirarse al Boulou”**, dicho diario oficial expone lo siguiente:

“Conociendo el capitán general la responsabilidad de conservar una línea tan extendida, que los enemigos habían reforzado su ejército con 15.000 hombres que les habían llegado después de la batalla de Trullas, que se hallaban con pocas tropas para guarnecer y defender tantos puntos; que tenía más de 6.000 enfermos, de los cuales más de la mitad habían caído malos en este mes de septiembre, por estar las tropas en los campamentos de Nel, Portellas, Masdeu, Trullas y el Castillo de Réart, en un terreno malsano a causa de la gran

laguna de Niel; que las hondonadas que había, con las próximas aguas de octubre, se convertirían en intransitables pantanos por donde apenas podría moverse la artillería, conducir los víveres en carros, sin mantener la comunicación con España en la distancia que se hallaban de 7 leguas, y, finalmente, que no teniendo esperanza alguna de un pronto socorro de más tropas, determinó abandonar la posición en que se hallaba, y tomar otra de un terreno más firme donde establecerse y reunirse con ventajas para estar en disposición de mantener mejor su comunicación y abrigar a la importante plaza de Bellagarde.

"Para esto quiso oír antes el dictamen de los generales, y los llamó a consejo: Despues de haber conferenciado en él más de tres horas, fueron de parecer: Que en las críticas circunstancias y apuro en que el ejército se hallaba, y el gran número de enemigos que por todas partes les tenían como rodeados, era preciso abandonar enteramente Rosellón, retirándose a la Junquera, donde podía establecerse el Cuartel General, para atender desde allí a los destacamentos fuertes que debía en el Coll de Portel y gargantas de los Pirineos, por la parte de Bellagarde, para proteger y abrigar esta plaza: Que la proximidad de las aguas impedían toda operación y además era el ejército tan poco que, con dificultad, podría resistir el ataque del enemigo y retirarse a España, exponiéndose a quedar cortado y perder todo el tren de artillería y equipajes, poniendo en inmediato peligro la plaza de Bellagarde; aunque algunos vocales discordaron en el paraje dónde debían establecerse, todos convinieron en que lo indispensable era retirarse hasta la otra orilla del río Tech, teniéndose por barrera.

"El Capitán General don Antonio Ricardos, después de haberlos oído, les manifestó que sus ideas eran enteramente opuestas a sus dictámenes. Que establecerse como algunos querían a la otra orilla del río Tech era perder enteramente el fruto de toda aquella campaña, porque, abandonando a los enemigos el lugar de Boló y admirables establecimientos que en las inmediatas alturas había, era hacerles dueños de aquella llanura y dejar expuestos a Ceret, Morella y demás puntos, en que nuestro ejército podría mantenerse a mucha costa, y aun cuando lo consiguiéramos y quisiésemos después del refuerzo de nuevas tropas volver a ocupar el Boló, u otro paraje en aquel llano del Rosellón, sería una empresa muy ardua y obra de toda una campaña que se consumiría en esta conquista, y, tal vez, no lograríamos el fin, imposibilitándonos nosotros mismos de hacer nuevos progresos. Que su pensamiento era reducir su línea, abandonando los lugares de Thuir, Portellas, Trullas, Masdeu, Elna, Argelés, San Genis y Villalonga, estableciendo el Cuartel General en el Boló, en cuyas alturas había establecimientos imposibles e inaccesibles, si se fortificaban y sabían defenderse; que apoyaría la izquierda de su ejército en el lugar de Montesqui, Mas de la Trompeta y alturas de San Cristóbal, que por su hermosa situación local es inexpugnable y defiende por la espalda el Boló y Ceret; que fortificaría las alturas del Col de Portelly, las inmediatas al Boló y Ceret; que le serviría del centro de su línea, apoyando la derecha hasta los Castillos de los Baños y Prats de Molló, quedando así resguardados éstos y la importante pla-

za de Bellagarde. Que si en esta situación podía mantenerse hasta la llegada de nuevas tropas, que esperaba, le sería muy fácil desalojar a los franceses y aun batirlos, volviendo a apoderarse de Villalonga, Argelés, San Genis y todas aquellas llanuras, para amenazar y estrechar la plaza de Coliubre, Port Vendres, Castillo de San Telmo y establecimientos inmediatos, cuya conquista podía intentar tal vez antes de establecer sus cuarteles de invierno; y retirándose como decía a la otra orilla del Tech, era menester renunciar desde luego a toda conquista, aunque se viese reforzado de nuevas tropas, por las grandes dificultades de volver a ocupar el llano, como había manifestado.

"Que mayores perjuicios traería el total abandono del Rosellón y establecer el Cuartel General en la Junquera, primer pueblo de España, como opinaban otros; lo uno, porque con esta retirada y absoluto abandono de cuanto habíamos conquistado en el Vallespir y llano de Rosellón infundíamos ánimos extraordinarios en los enemigos, y cuyos caracteres eran soberbios e insufribles en la prosperidad, y un abatimiento de espíritu en nuestras tropas que hasta ahora había conservado siempre superior, y se creería en una situación miserable; y lo otro, porque dábamos lugar a los franceses a que, estableciéndose en las alturas inmediatas al Col de Portell y otras, pudiesen con facilidad desalojarnos y amenazar la plaza de Bellagarde, cuya pérdida sería infalible, bien fuese por bloqueo o por formal sitio, y perdido este importante punto, era consiguiente la entrada de los franceses en territorio de España, no sólo por la parte de la Junquera, Masanet y la Agullana, sino por San Lorenzo de la Muga, exponiéndonos a perder estas importantísimas fábricas de municiones de que se está surtiendo el ejército, lo que les sería muy fácil dejando abandonados los Castillos de los Baños y Prats de Molló que defienden aquella avenida, y tener que refugiarse nuestro ejército en la plaza de San Fernando de Figueras, dejando abandonados y reducidos a la última miseria todos aquellos lugares del Ampurdán que ocupasen los franceses, y nuestras tropas, no sólo por el saqueo y violencias que los enemigos podían cometer en los que ocupasen, sino por los daños y perjuicios indispensables que le causan a un país, aun tratándose de un ejército amigo, en la destrucción de árboles, viñas, sembrados y frutos para poder subsistir y establecer sus campamentos; que toda su primera atención en esta guerra había sido llevarla dentro de Francia para libertar cuanto pudiera de este azote a los pueblos de Cataluña, y que estos males y la destrucción de todo su ejército sería infalible si abandonase el fuerte del Boló, que todos a toda costa debían mantener, llevando al último extremo su defensa."

No creemos que pueda existir nadie que ante la lectura de los anteriores párrafos niegue razón y exactitud a cuanto expusiera en el consejo de que se trata y ante sus generales, el General Ricardos. Creemos, sinceramente, que todas las razones aducidas por él respondían a una opinión general entre los nuestros, de que cuanto se había hecho hasta aquella fecha no representaba otra cosa mas que el desarrollo de un plan de campaña equivocadamente concebido. Así, el Teniente Heredia, que refiriéndose a la batalla de Truillas comunicaba a su tío el Cardenal Lorenzana en carta fechada en el campamento

de Nils el 27 de septiembre, cómo la mayor ventaja de esta batalla estribaba en el hecho de que "las tropas destrozadas o prisioneros del enemigo son las mejores que había en Perpignán como pertenecientes a los veteranos regimientos de Champagne, Vermandois, etc.", declaraba, asimismo, que, "a pesar de tan feliz combate, éste no reparaba nuestra última pérdida, que nos ha puesto en situación de no poder seguir el sitio de Perpignán por lo menos en esta campaña", aduciendo como causas de ello: "la falta de muchos ramos esenciales y la triste circunstancia de que una tercera parte de la tropa faltase de filas a causa de las enfermedades, no hallándose tampoco en sus puestos, por esta razón, casi dos partes de los oficiales". "Así, nuestra situación es crítica—declaraba el oficial leonés—, y la demasiada extensión de terreno que ocupamos nos hace pensar en elegir una posición más inmediata y segura para reponer el ejército y preparar otra campaña en que hagamos **menos disparates**, que ha sido preciso **hacer muchos** para que ésta no saliese mejor." Al escribir esto último el Teniente Heredia se excedía en grado extremo en la desfavorable interpretación de los hechos. No de otro modo se expresaba en su carta a su tío don Tomás, no vacilando en declararle que "era preciso paciencia para sufrir las resultas de los errores que hemos cometido en los principios de la campaña, en la ejecución de un sistema de que apunté a vuestra ilustrísima en mis anteriores, lo equivocado que parecía". La misiva estaba firmada ya en el campamento del Boulou, a 5 de octubre.

Después de cuanto acabamos de exponer, nada más interesante que el conocimiento de cuanto expone Fervel al poner de manifiesto las verdaderas causas que determinaron la retirada de los españoles al referido campo. "Pregúntase—expone textualmente—cuál fué la verdadera causa de esta extraña determinación. ¡Porque, en efecto, era al día siguiente de un brillante éxito cuando Ricardos, el héroe de Truillas, abandonaba de repente como un vencido el campo de batalla en el que acababa de cosechar su más hermoso laurel, aquel que debía ilustrar su nombre!"

Para el ilustre escritor militar, la respuesta a tal pregunta no era muy difícil. Nuestro general quedó vivamente impresionado por el encarnizamiento de su adversario en la jornada del 22, por su audacia a raíz de su derrota. Pero lo que, sin duda alguna, determinó su decisión fué el hecho de que la victoria española no modificara las consecuencias de la francesa de Peyrestortes. "Efectivamente, electrizados por tan inesperado éxito, los departamentos meridionales franceses, sin tener más en cuenta sus sacrificios, venían a incorporarse en masa al ejército de los Pirineos; la vía de Narbona cubrióse, como por encanto, con reclutas de la leva general, y en menos de 5 días, 12.000 de éstos, recién incorporados, llenaron los huecos de los diezmados batallones.

Pero la imaginación brillante de Fervel, que hasta aquí se había desarrollado dentro de sus naturales límites, a raíz de los conceptos anteriores, comienza a desbordarse: "El efecto de la jornada del 22—expone—apenas se había hecho sentir fuera del ejército. Había sido desvanecido por la fiera actitud del general batido; por la

recuperación de Villafranca, de la que se contaban novelescos detalles; por la huída de los españoles del campo de Prades; a la aparición de las picas de algunos centenares de aldeanos republicanos; en fin, por esos mil vagos rumores que vienen tras una sonrisa inesperada de la Fortuna, a adormecer los temores y despertar las esperanzas. Así, era unas veces el despliegue de un ejército de 15.000 hombres detrás de los Corbières; otras, la pronta llegada del General Gustine, que acudía desde el norte en socorro de los Pirineos con un ejército de 20.000 combatientes, rumor éste que podía reconocerse como si la voz pública, intercediendo por el infortunado vencedor de Mayence, que en aquel mismo momento se debatía contra sus verdugos, hubiese querido señalar el lugar preciso en donde su sangre debía derramarse."

"Y positivamente, ¿qué había de realidad en todo esto?, ¿cuáles eran, no obstante, estos refuerzos tan pomposamente anunciados, delante de los cuales reculaban los soldados victoriosos de España?" El mismo historiador francés nos lo dirá: "Pobres aldeanos, mezclados a los artesanos de nuestras villas del Mediodía, que venían como rebaños a amontonarse detrás del Gly para recibir los piquetes y trabajar en los caminos, esperando el poder reunir suficientes fusiles para enviarlos al campo de batalla, en el que habían de aprender las operaciones de la carga; demasiado dichosos cuando podían, apropiándose algunos jirones de uniforme, garantizar su vida amenazada de ser sometida al último suplicio, cuando caían en manos del enemigo sin las marcas distintivas de su profesión de soldado."

Pero si ésta era la realidad de la potencia militar de las tropas de la Revolución, "¿por qué las tropas españolas retrocedían?, ¿por qué el victorioso General Ricardos adoptaba determinación tan imprevisible a raíz de un éxito tan brillante?". Fervel no encuentra difícil tampoco en esta ocasión la respuesta a tales preguntas: "Era que difícil tampoco en esta ocasión la respuesta a tales preguntas: "Era que detrás de estos informes batallones, Ricardos, espíritu elevado, había entrevisto la gran nación que se armaba en su totalidad para defender su independencia. Era que el luminoso buen sentido, la caballeresca imaginación del pueblo español, se había ya percatado de la justicia de una grande y santa causa, tan noblemente defendida. ¡Esos sans-culottes de Peyrestortes y de la Cerdanya, esos desarrapados insurgentes, aplastados en Truillas, pero no vencidos, eran realmente otra cosa de lo que tan desdenosamente había anunciado la emigración! Era que se comenzaba a reconocer a estos combatientes como los intrépidos soldados de una revolución que iba a cambiar la faz del mundo, y de este modo, el error y la impostura, ya desemascarados en Coblenza, venían a ser traicionados en las fronteras de España."

Recogemos todas estas afirmaciones del historiador francés sin hacernos solidarios de su exactitud o acuerdo con la realidad, pero considerándolas muy dignas de ser tenidas en cuenta, en concordancia con el contenido de aquella otra consideración por él hecha a continuación de lo anteriormente expuesto: "Hacia un año—advierte—que, en época parecida, el Rey de Prusia replegaba hacia el Rhin un ejército que salía todavía formidable de las llanuras de la Champagne. Son sabidos los motivos de esta famosa retirada. Ellos eran análogos a los que hacían regular el ejército español, lanzándolo al

pie de los Pirineos, abatido por la misma desilusión que el anterior."

No es ocasión ahora de enjuiciar estas afirmaciones. En todo caso, la determinación tomada por el General Ricardos resulta justificada por cuanto acabamos de exponer, y en vista de ello, estimamos que son por todos los conceptos dignas de aceptación las razones que nuestro diario oficial aduce para poner de manifiesto cuán acertada era la resolución de nuestra retirada al Boulou: "Los felices sucesos que se siguieron al fin de esta campaña—expone textualmente—acreditaron la solidez de este plan; y el empeño con que los enemigos intentaron por varias partes desalojar con todas sus fuerzas a nuestra tropa de dicho campo y el tesón con que supo Ricardos contenerlos, a pesar de los grandes apuros y consternación a que se vió reducido, combatiendo no sólo contra la común opinión del ejército, sino con los elementos que le fueron contrarios, como se verá más adelante, forman el **mejor cuadro** de su talento y pericia militar en esta campaña, pues aquí fué donde más se admiró."

Recojamos de este párrafo, literalmente transcrita, el detalle de cómo el General Ricardos tuvo que combatir, ante todo y sobre todo, contra la común opinión del ejército a sus órdenes. Con toda razón, por lo tanto, hemos podido afirmar anteriormente que el epistolario del Teniente don José Heredia constituía una apreciable fuente de información histórica.

Evacuación de la villa de Thuir por los españoles

EVACUACION DE LA VILLA DE THUIR POR LOS ESPAÑOLES. Establecida esta localidad, según sabemos, al flanco izquierdo del campo atrincherado de Ponteilla, al ser éste abandonado por nuestras tropas, su situación resultaba insostenible, y así ordenó nuestro General en Jefe se pusiesen en ejecución las disposiciones convenientes para evacuarla, providencia tanto más necesaria por cuanto que los enemigos tenían un gran empeño en apoderarse de ella. Era preciso cuanto antes ir retirando los diferentes acopios de víveres y municiones que había en este paraje, así como trasladar a los otros hospitales los enfermos y heridos que se hallasen en el de aquel pueblo. Debido a la anticipación con que se tomaron estas providencias consiguióse llevar a cabo esta evacuación de heridos y enfermos, recogiéndose la mayor parte de los efectos referidos, aunque sea necesario confesar que, debido a la celeridad con que los enemigos se presentaron y empezaron a batirle y bombardearle, no se pudieron desocupar enteramente los almacenes, siendo Truillas el punto señalado para concentrar o reunir toda esta impedimenta.

En virtud de las órdenes que había ya recibido el Mariscal de Campo don Rafael Vasco, comandante de la villa de Thuir, retiróse la guarnición por la puerta menos expuesta, encaminándose igualmente a la citada posición de Truillas para reunirse con la totalidad del ejército, pero no pudo evitar el ejecutarlo bajo el fuego de los enemigos, lamentando el que, a causa de éste, los nuestros tuviesen algunos heridos.

Durante el día 29 continuaron poniéndose en ejecución las disposiciones para ir retirando con disimulo los efectos del ejército, llevándose a cabo pequeñas acciones con las avanzadas en tres distintas partes, que nuestro diario oficial no señala, y de todas las cuales salimos victoriosos, según nuestra información oficial.

Los informes franceses, al asegurar que para proteger esta retirada, nuestro mando había dejado un destacamento de retaguardia, compuesto por unos 600 hombres, declaran igualmente que, habiéndose apercibido de ello el General Goguet, se apresuró a atacarlo, mas no sin recibir un rudo escarmiento. No obstante, a la mañana siguiente fué más afortunado, pues habiendo repetido la carga con mucha más violencia, los nuestros concluyeron por decidirse a adelantar en algunas horas una evacuación que, más tarde o más temprano, había de realizarse. Say derecho a suponer que, ante 600 hombres, una división mandada por un jefe hábil hubiera podido alcanzar un éxito completo, mucho más teniendo en cuenta que dichos 600 hombres marchaban en retirada. Pero el General Goguet no supo o no pudo conseguir tal victoria, limitándose tan sólo a hacernos unos ocho prisioneros, retirándose inmediatamente al campo de la Unión, en el cual el ejército francés, inmóvil desde el 23, debía permanecer cuatro días todavía con el arma al brazo, como si se hallase dispuesto a conceder a los españoles el tiempo necesario para instalarse a su gusto en las nuevas posiciones elegidas.

Retirada del ejército español desde el campo de Ponteilla al de Boulou

RETIRADA DEL EJERCITO ESPAÑOL DESDE EL CAMPO DE PONTEILLA AL DE BOULOU.—Fué el día 30 de septiembre el señalado para esta importante y arriesgada operación. Previamente, a raíz de la demostración de Goguet ante el puente de Ceret, Ricardos había destacado apresuradamente un pequeño cuerpo de 6.000 hombres para marchar en socorro de esta localidad, pero habiéndose dado cuenta nuestro general de que dicho puente no estaba gravemente amenazado, decidióse a replegar su ejército entero al Boulou. La retirada realmente hubo de comenzar por el repliegue de la artillería pesada o gruesa en la mañana del día 26, y ejecutóse en la fecha señalada en forma tal, que el propio Fervel no vacila en declarar que "hubo de serlo en un orden perfecto, de la izquierda a la derecha".

La afirmación del historiador francés hallase del todo justificada al conocer el contenido de nuestra información oficial, declarando que "en dicho día 30 se dió la orden para que, al anochecer, se levantasen con el mayor silencio las tiendas y con los demás efectos del equipaje de los regimientos se cargasen en los carros que cada batallón tenía siempre en su propio campamento para estos fines; que se encendiesen los mismos fuegos de todas las noches, quitasen las campanillas a las mulas y acémilas para no dar el menor indicio de nuestro movimiento a los enemigos; que el equipaje del ejército, sostenido de una fuerte escolta, se reuniese en un paraje determinado para emprender luego su marcha; que se enganchase la artillería que estaba

en las baterías y estuviesen las columnas prontas a marchar a la hora que se les prevendría. Se formó una gruesa columna de caballería e infantería, a las órdenes del Teniente General don Juan Courten, con cañones violentos, que abrigase la retirada de las tropas, colocándose parte en las alturas para proteger la marcha de los cuerpos conforme iban pasando".

"Sólo las oportunas disposiciones del General en Jefe—afirma nuestro diario oficial—, la actividad y celo con que los generales subalternos obedecieron sus órdenes, la eficacia e inteligencia del Intendente don José Miguel Azanza, que concurrió con el apronto de carros, tiros de mulas y acémilas venidas de España con increíble celeridad, y la **pronta ejecución de la tropa** pudieron superar las muchas y graves dificultades que se presentaban para hacer su retirada un ejército con 100 piezas de artillería, en un país enemigo, por una llanura de tres leguas, teniendo los enemigos rodeados a nuestros campamentos por el centro y costado, con mucha inmediación en la larga extensión que ocupábamos, de dos leguas; la buena combinación de todos los incidentes que pudieran ocurrir y la puntual concurrencia de todos los jefes y subalternos hicieron que se consiguiera en todas sus partes esta gloriosa retirada sin que los enemigos **la entendieran** y sin haberles dejado en nuestro campo ni una sola estaca." Siendo esto así, bien puede Fervel afirmar, por su parte, que nuestra retirada se **ejecutó en un orden perfecto**, y no con menos razón podía comunicar el Teniente Heredia a su tío don Tomás, desde el campo del Boulou, el 5 de octubre, "que la retirada desde Ponteillá al campo que se cita realizóse felizmente".

**El General Dagobert proyecta cortar
retirada del ejército español**

EL GENERAL DAGOBERT PROYECTA CORTAR LA RETIRADA DEL EJERCITO ESPAÑOL.—La pasividad del ejército francés ante la marcha retrógrada de los nuestros no tiene justificación posible y viene, en último término, a confirmar cuán castigados quedaron los soldados de la Revolución en la batalla de Truillas y cuán bien mantenido quedó el prestigio de nuestro ejército ante la opinión de todos ellos. Pero ahora bien, no es menos justo reconocer que, este ejército francés, que así mostraba tan deplorable apatía o negligencia, tenía, no obstante, a su frente un hombre de una habilidad manifiesta, de una gran actividad y de una audacia poco común, quien al ver a la artillería de Ponteilla desfilar por la gran vía, bajo la única protección de un débil puesto establecido en las alturas del Réar, no podía por menos de comprender perfectamente que se le ofrecía una bella ocasión de lavar la afrenta inmerecida, causa de su desesperación. El plan concebido por Dagobert no podía ser más expedito y decisivo: apoderarse de dicho puesto de retaguardia, dejar así abierto el camino de Banyuls-les-Aspres, llevar el ejército en masa sobre este último punto y desde allí cortar en un principio el camino del Boulou y, en seguida, la rampa de Bellagarde, desluciendo 3.000 ó 4.000 hombres a los Albères. El comentario francés podía muy bien declarar

que "era éste un golpe de mano cuyo menor resultado sería el de obligar al enemigo a abandonarnos su artillería y cuyo éxito completo suponía para la invasión incalculables desastres". Esta concepción vino, en efecto, a inflamar el genio de Dagobert desde el momento en que se vió, después del retorno de Goguet, al frente de 22.000 hombres, y como no perdía el tiempo en deliberar, apresuróse a dar las órdenes oportunas para la ejecución de tan **bello deseo**.

Dagobert es contrariado en su propósito por los representantes.—En vista de ello, hace dimisión de su cargo.—Es sustituido por el General D'Aoust

DAGOBERT ES CONTRARIADO EN SU PROPOSITO POR LOS REPRESENTANTES.—EN VISTA DE ELLO, HACE DIMISION DE SU CARGO.—ES SUSTITUIDO POR EL GENERAL D'AOUST.—En la mañana del día 29 todo estaba preparado para la ejecución de tan activo plan, y ya había comenzado el movimiento cuando, repentinamente, vino a detenerle la sombría desconfianza de los representantes de la Convención. Conocido el carácter violento y apasionado de Dagobert, fácil es comprender cuál sería su actitud. Encadenado en el momento en que se disponía a lanzarse sobre su presa, el impaciente general, exasperado, hizo renuncia inmediata de su mando en jefe, y a la mañana siguiente, a la cabeza de sus fieles soldados de Mont-Louis, abandonó esas dolorosas llanuras del Rosellón, en las que parecía perseguirle una cruel fatalidad. Marchaba a recuperar en las montañas de la Cerdanya su independencia y su buena suerte.

En análogas circunstancias, hace observar Fervel cómo De Flers se había mostrado más grande; no había abandonado su puesto, sino para coger el camino del patíbulo. Mas es de justicia apresurarse a añadir que Dagobert no había todavía apurado la copa de sus pruebas y que más tarde no tuvo nada que envidiar a su heroico antecesor.

Desembarazados de aquel que ellos habían designado despectivamente con el apodo **del soldado** (glorioso sobrenombre que el ejército entero había confirmado), los representantes pusieron en su puesto a D'Aoust, su favorito, y sin obstáculo alguno, los españoles pudieron con toda libertad proseguir su retirada.

Llegada de los españoles al campo del Boulou

LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES AL CAMPO DEL BOULOU.—Efectivamente, eran las ocho de la mañana del día 4 de octubre cuando el ejército español se asentaba en el campo del Boulou. Desde el primer momento el General Ricardos tomó las providencias más activas para que la tropa campase con la mayor celeridad, ocupase las alturas frente al Boulou, se estableciesen baterías volantes y que un cuerpo de tropas, con la correspondiente artillería, a las órdenes del Teniente

General don Juan Courten, pasase a la otra orilla del río Tech y se apoderase de las alturas del Mas de la Trompeta y del lugar de Montesquieu, situado en esta orilla al par de la eminencia llamada **alturas de San Cristóbal**, que son la llave y la garganta para defender por la espalda los establecimientos que se acababan de ocupar en el Boulou. Esta actividad desplegada por nuestro General en Jefe respondía a la necesidad de precaverse de todo ataque o golpe de mano por parte del enemigo, pues, en efecto, Ricardos no dudaba de que, tan pronto como los enemigos advirtiesen la retirada de nuestro ejército, habrían de venir a buscarlo con fuerzas muy superiores, intento que, al efecto, hubo de verificarse sin tardanza al día siguiente.

Parte dado por el General Ricardos al Duque de Alcudia, comunicándole haber llevado a cabo su retirada

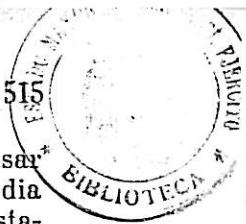
PARTE DADO POR EL GENERAL RICARDOS AL DUQUE DE ALCUDIA, COMUNICANDOLE HABER LLEVADO A CABO SU RETIRADA.—Creemos interesante ofrecer al conocimiento de nuestros lectores el parte de referencia, obrante en nuestro diario oficial. Decía éste lo siguiente: "Desde los combates de Vernet, en los que fué muerto el Mariscal de Campo don Rafael Adorno, y el de Peyrestortes, en el cual órdenes truncadas que recibió la caballería y la confusión de un ataque nocturno produjeron el que se abandonase el campo establecido, al mando del Teniente General don Juan Courten, y con él la mayor parte de la artillería que llevó, de la que sólo salvó un cañón, hasta que reunió este cuerpo y el del mando del Conde de la Unión para recibir a los enemigos, como se verificó gloriosamente el 22 de septiembre, en que se derrotaron las mejores tropas que atacaron mi izquierda, han sido tan activas y continuas las acciones y movimientos, que no ha habido tiempo ni posibilidades para practicarlos, porque no es posible tener las noticias y detalles que deben dar los distintos comandantes y jefes, quienes cada día (por quedar pocos) están empleados en diversos puntos y objetos. Y así, sólo puedo avisar a vuecencia, para que lo traslade a noticia de S. M., que al día siguiente de la batalla de Truillas, esto es, el 23 de septiembre, hice atacar por el Brigadier don Juan Manuel Vives la vanguardia de un cuerpo enemigo de 8.000 hombres que venía por las faldas de las montañas a colo-carse sobre mi flanco izquierdo, batiéndola y tomándola dos cañones. Que en los días sucesivos hubo varias pequeñas acciones, pues después de la batalla entraron 15.000 hombres de refuerzo a los enemigos, quienes, en vista de su excesivo número, podían inquietar esencialmente nuestras comunicaciones, así amenazando al Vallespir alto como al bajo y al mismo punto del Boulou, y al ver que no podía moverse por falta de medios de transporte la artillería gruesa y los equipajes, fuí aligerando esos estorbos y transportándolos al Boulou y Bellgarde. Que luego que me vi expedito, verifiqué en una noche la marcha del ejército con 100 piezas de artillería y los equipajes, sin dejar una estaca a los enemigos, no obstante que me tenían rodeado

por frente y costados con mucha inmediación, y llegó a las ocho de la mañana del día primero a este campo del Boulou, donde tomé las providencias más ejecutivas para recibir a los enemigos, no dudando vendrían a buscarme. Que, en efecto, al día siguiente, 2, se presentaron en varias columnas, ocuparon las alturas de Banyuls y otras, coronándolas de artillería. Que aquella noche, viendo que los enemigos podían pasar el Tech por cualquier punto a causa de la mucha sequía y cortar el cuerpo de seis batallones al mando del Brigadier D. Eugenio Navarro, que guarnecía la villa de Argelés, se le enviaron 20 tiros de mulas, que era cuanto se pudo recoger, para que transportase la artillería y se viniese al momento, lo que ejecutó con actividad y acierto, no dejando más que dos morteros y un cañón pesado, cuyos carros faltaron, inutilizando las municiones que no pudo transportar."

Disposiciones tomadas por el General Aoust durante la retirada del ejército español al Boulou.—Ocupación de Elna por los franceses

DISPOSICIONES TOMADAS POR EL GENERAL D'AOUST DURANTE LA RETIRADA DEL EJERCITO ESPAÑOL AL BOULOU.—OCUPACION DE ELNA POR LOS FRANCESES.—Posesionado del mando el joven General D'Aoust, pensó desde el primer momento inquietar el levantado ánimo de los españoles vencedores, llevando a cabo algunos golpes de mano; y habiendo llegado a su conocimiento que los nuestros tenían establecidos en Elna una gran cantidad de aprovisionamientos, en la mañana del día 30 dispuso que un millar de hombres y 60 jinetes, a las órdenes del General Charlet, marcharan a hacerse dueños de este lugar. La empresa no pudo ser más fácil. Bastó que uno de los cañones lanzase un sexto disparo para que Elna fuese abandonado por los nuestros. Pero habiéndose dado cuenta de que, privado de todo medio de transporte y aislado entre Argelés y el campo del Réar, no podía ni llevarse ni guardar sus presas, marchó a replegarse a los muros de Perpignán en aquella misma tarde, para pedir refuerzos y atalajes a su general en jefe. Algunas horas después, a media noche, D'Aoust envió de nuevo a Elna a Charlet con cuanto pudo procurarle en carruajes y atalajes, protegido por 2.500 hombres a las órdenes del General Goguet. Por otra parte, este mismo día 30 de septiembre, el tercer batallón de Cazadores de Montaña se apoderaba de Saint-Ferreol, causándonos 50 bajas, según los informes franceses.

De este modo, el nuevo general en jefe vino a perder con acciones tan nimias la preciosa jornada del 30 de septiembre, que hemos citado. La del 1.^o de octubre quedó limitada a esperar noticias de lo que Goguet pudiera haber hecho. Prevenido en la tarde del mismo de que no se veía a los españoles por parte alguna, así como que el campo de Réar había sido evacuado, D'Aoust trató de poner inmediatamente en ejecución el proyecto de Dagobert. Al efecto, puso en movimiento en dirección a Banyuls-les-Aspres a todas sus



fuerzas y envió a la columna expedicionaria a Elna orden de pasar al otro lado del Tech y apoderarse de Puig-Castell, a retaguardia del Boulou. El proyecto fracasó por completo. Los españoles estaban ya instalados en el Boulou cuando el día 2, a las ocho de la mañana, D'Aoust llegó a Banyuls-les-Asprés al frente del ejército republicano, y cuando el correo de Perpignán llegó a Elna, después de seis horas empleadas en un recorrido de dos leguas, los nuestros descansaban en la nueva posición.

Los franceses se presentan ante el Boulou y los españoles evacuan a Argelé

LOS FRANCESES SE PRESENTAN ANTE EL BOULOU Y LOS ESPAÑOLES EVACUAN A ARGELES.—El general en jefe del ejército de la Revolución no creía que fuese el Boulou el punto de asentamiento de nuestro ejército en su retirada a la línea del Tech.

“El General D'Aoust — afirma Fervel —, no obstante la actitud serena y decidida de los españoles, persuadido de que tan sólo harían un alto momentáneo, de que su establecimiento en dicha posición del Boulou no era más que un engaño para cubrir sus verdaderas intenciones y proteger la retirada; convencido de que marchaban a retirarse al amparo del cañón de Bellegarde, no se preocupó de otra cosa más que de tomar las medidas oportunas para continuar su persecución.”

En consecuencia de este propósito, llevó la división de la izquierda ante Banyuls, la de la derecha al otro extremo del camino, al Plá del Rey, y su vanguardia, recién llegada de Elna, dispuso se colocase en el intervalo entre ambos flancos, en la altura denominada Más de la Paille (la Paja), sobre esta misma ruta. De esta suerte, ambas líneas se encontraban a la distancia que pudiera corresponder a dos frentes de combate en un campo de batalla corriente en aquella época, y por esta razón tales líneas no tenían una separación superior al alcance del tiro de fusil.

Nuestro Alto Mando pudo darse bien pronto cuenta de esta presencia del enemigo ante el campo atrincherado del Boulou, y así nuestro diario oficial, en su comunicado del día 2 de octubre, expone cómo: “Salió el general al amanecer a reconocer la tropa y puestos que cubren la comunicación con Argelés, así como la línea y batería que, con la mayor diligencia, se habían habilitado, y las avanzadas le avisaron que sobre las alturas de Banyuls-les-Asprés se veían varias columnas de enemigos; para mejor observarlas, se dirigió a una altura a la izquierda de nuestro campo, donde teníamos construida una batería, y se divisaron claramente algunos batallones de franceses con banderas, que se adelantaban a apoderarse de la altura donde se halla establecido el pueblo de Banyuls, el cual domina el camino real de Perpignán, frente a nuestras tropas, que desde la derecha cubrían el camino de Argelés, en el que pusieron cañones volantes sin formación de batería, y a mediodía empezaron a hacer fuego, al que correspondieron las nuestras con el suyo”.

En esta ocasión, como en casi todas, el General Ricardos dió pruebas de su capacidad de mando, pues, como declara textualmente nuestra información oficial: "Dió muchas y oportunas providencias para atender a tantos puntos de defensa en la extensión que cogía nuestra línea; mandó reforzar las avanzadas y que al menor aviso del movimiento de los enemigos saliese nuestra tropa a ocupar los puestos señalados, y al retirarse por el camino real le hicieron fuego los franceses, siguiéndole a las inmediatas, hasta entrar en su campo".

En el intento de cortar la retirada de nuestras tropas al abrigo de Bellegarde, proyecto que acariciaba D'Aoust, la conquista de Argelés se presentaba como un primer objetivo de la ofensiva francesa, y a conseguirlo parece encaminada la acción que el día antes habían querido entablar los franceses, según nuestro comunicado oficial del día 2. Ateniéndonos a estos informes, en tal fecha el Brigadier D. Eugenio Navarro, comandante del puesto de Argelés, avisó al Cuartel General de cómo los enemigos le habían querido atacar, pero que los había rechazado con la artillería, contribuyendo no poco a hacerles desistir de este ataque una copiosa lluvia que sobrevino; que tan sólo tenía 2.000 hombres de los 4.000 con que al principio constaba aquel destacamento, y que si había de sostener aquel puesto, le reforzase.

Los franceses reconquistan Argelés

No fué desatendida la solicitud del Brigadier Navarro. El general dispuso al efecto que el Conde de la Unión marchase aquel mismo día con 5.000 hombres de infantería, los 400 caballos de reserva y los regimientos de caballería de España, Santiago, Numancia y Pavía, para introducir en Argelés algunos batallones de refuerzo, a fin de que Navarro pudiese ejecutar mejor la retirada y se colocara en disposición de contrarrestar el empuje enemigo si le inquietaban en ella. El Conde de la Unión había de quedarse en Saint-Genis, a mitad de camino de Argelés, para proteger y auxiliar esta retirada y al propio tiempo mantener la comunicación entre ambos puestos. Según nuestra información oficial, la orden hubo de ejecutarse con toda exactitud.

En la jornada del día 2 los franceses persistieron en su tentativa de recuperar a Argelés. Con tal propósito, intentaron bajar la artillería a la orilla del río Tech, al abrigo del lugar de Brulla, defendido por las baterías que ya tenían asentadas en la altura de Banyuls en forma tal, que pudieran batir de frente y por los flancos el camino de Argelés, a lo largo del cual habíamos establecido una línea de puestos encargada de mantener las comunicaciones. A pesar del incesante fuego que les hiciera una batería nuestra que se colocó en una altura, al pie de las montañas de Orella, y del llevado a efecto por las que teníamos asentadas al frente del campo batiendo al camino de Argelés, los franceses pudieron continuar sus trabajos y asentar a la orilla del río su batería, la cual rompió fuego tan certero contra las tropas nuestras, que, hallándose al descu-

biero, no tuvieron más remedio que abrigarse en los accidentes del terreno, acogiéndose al resguardo de las faldas de los montes.

La artillería enemiga, tan pronto se dió cuenta de esta retirada de nuestras tropas, dirigió sus tiros al lugar de Saint-Genis, en donde se hallaba el Conde de la Unión con el destacamento de que antes dimos cuenta, además de un hospital, que entre cuatro a cinco de la tarde empezó a evacuarse para poner en salvo a los enfermos, dándose prontas y activas providencias para conducirlos en carros a España.

Como el tiempo apremiara por su brevedad, nosotros no pudimos sin embargo transportar la mayor parte de los efectos y utensilios, que tuvieron que ser abandonados al enemigo.

La situación de Argelés resultaba, por lo tanto, insostenible, y en vista de ello el capitán general, aprovechándose de la oscuridad de la noche, envió al Capitán D. Andrés López, ayudante de campo del mayor general de Caballería, con 200 mulas de tiro, que debía conducir a Argelés, llevando una orden para el Brigadier Navarro, en la que se le prevenía que aprovechando los instantes ejecutase la inmediata retirada de todas las tropas y efectos al Boulou. A la una de la noche llegó el Capitán López, y en cumplimiento de la orden recibida, el brillante brigadier español, comandante del puesto de Argelés, con la serenidad y presencia de espíritu que tenía tan acreditadas, según pública declaración oficial, supo tomar tan activas providencias, que ejecutó su retirada, llevándose todos sus efectos y artillería, no dejando más que dos morteros y un cañón pesado, cuyos carros se rompieron y no pudieron componerse prontamente. A las diez de la mañana del día 2 llegó al campo del Boulou don Juan Antonio Courten, con las tropas que tenía acampadas a la otra parte del río, en Más de la Trompette, distante de Argelés **como unas dos leguas buenas**.

Estas acciones no están acusadas en los informes franceses. El diario francés se limita a manifestar que habiendo llegado el ejército español el primero de octubre al Boulou, los suyos se presentaron el día 2 en las alturas de Banyuls-les-Asprés, las de Más de la Paille y las de Plá del Rey, ante la aldea de Tréserre, en donde el General D'Aoust hubo de establecerse, fijando la situación del Cuartel General en la aldea de Banyuls-les-Asprés, posición muy ventajosa, desde la cual podía descubrir tanto a su ejército como al nuestro. Y es interesante advertir cómo este diario francés, al informar que nuestra retirada de Argelés al Boulou pudo ser realizada por los nuestros sin ser inquietados en lo más mínimo, arguye que el hecho pudo realizarse así, no obstante tener los franceses en aquella ocasión bastante gente para poder haber copado y hecho prisionera a nuestra tropa en retirada, pudiendo de este modo aprovechárnos de la imprevisión enemiga y no dejar en Argelés más que los dos gruesos morteros y la pieza pesada de que hubimos de dar cuenta.

Por la información de Fervel sólo podemos saber que D'Aoust, que llevaba su previsión al extremo de enviar un batallón hacia Fort-les-Bains para recibir, según pensaba, las llaves de una plaza que debía quedar siete meses todavía en poder de los franceses, no se

dió cuenta de que la posición de Argelés quedaba comprendida entre la guarnición de Collioure y sus propias tropas, lo que suponía quedar expuesta a tener que rendirse hallándose entre dos fuegos. "De este modo, gracias a esta imperdonable negligencia, los españoles abandonaron este punto, llevándose tres piezas de artillería, un parque de municiones, sus almacenes y la ambulancia de Saint-Genis, que abandonaron a la generosidad francesa, con sus enfermos y heridos. ¡Tanto como su precipitada evacuación semejaba a una huída, tanto nos hubiese sido fácil recoger de ella otros frutos!" Y por añadidura, tan débiles ventajas fueron debidas, según indica el historiador aludido, "únicamente a la brigada de Collioure, que remedió un poco, gracias a su actividad, la indolencia del general en jefe del ejército francés".

Salió de Collioure, en la noche del 2 al 3, al frente de unos 600 hombres, el general que mandaba esta brigada, Delattre; marchó hacia Argelés y reemplazó a los españoles, que acababan de escaparse, forzándoles al día siguiente a penetrar en los Albères para ganar el campo del Boulou, que no pudieron alcanzar hasta la noche siguiente.

Y según frase suya: **"Así terminó esta singular retirada de un ejército victorioso delante de un ejército batido"**.



CAPITULO XIX

El asedio al campo atrincherado del Boulou

Situación del ejército español en el campo atrincherado del Boulou. - Anarquía y descomposición en el campo francés. - El campo atrincherado español. - Sus propiedades geográficas, topográficas y militares. - La línea francesa de ataque. - Primer intento de asalto a la posición española. - Jornada del día 3. - Ataque a Puig Scingli. - La brigada de Collioure se instala en la orilla derecha del Tech. - Los españoles ocupan el pico de Saint-Christophe (San Cristóbal). - Tentativa francesa sobre el campo de Trompette. La cresta de los Alberes, ocupada por uno y otro ejército



L asedio francés a nuestra posición del Boulou, objeto de nuestro estudio en este capítulo y en el siguiente, ofrece, como vamos a ver, el más brillante ejemplo de la defensa de un campo atrincherado a finales del siglo XVIII. El ejército español, bajo la amenaza de un enemigo que había sido por él vencido en pleno campo de batalla, se verá, no obstante, en el caso de tener que rechazar sus ataques, dando lugar con su fortaleza y constancia a que éste tenga por fin que cejar en su propósito, persuadido de su impotencia para poder quebrantar la disciplina y el valor de nuestras tropas.

Situación del Ejército español en el Boulou

SITUACION DEL EJERCITO ESPAÑOL EN EL BOULOU.— El Ejército español, victorioso en los campos de batalla, iba a verse, según hemos dicho, realmente sitiado en la nueva posición del Boulou. Hasta aquel momento, un conjunto de circunstancias favorables al desarrollo de la ofensiva española habían puesto de manifiesto el empuje y la disciplina de nuestras tropas y la capacidad del Alto Mando español para el ejercicio de sus funciones directivas. Las batallas de Más-Deu y Truillas habían sido muy especialmente una espléndida prueba del hecho.

Pero retirado nuestro ejército al Boulou con la prudente finalidad de mantener concentradas todas nuestras fuerzas en una posición central, desde la cual fuese factible acudir rápidamente a cualquier punto amenazado ante la línea fronteriza de los Pirineos, un cambio radical se había operado en su situación, y no se trataba ya de dar rienda suelta al valor y al entusiasmo de los combatientes, sino de soportar dignamente, por el contrario, un auténtico asedio, que les obligaría a poner a contribución todas sus máspreciadas cualidades de fortaleza, resistencia y sereno ánimo. Iba a ponerse claramente de manifiesto cómo las victorias alcanzadas hasta aquel momento por las tropas españolas eran algo legítimamente logrado y merecido, gracias a la eficacia de sus esfuerzos, el orden y oportunidad de sus movimientos y a su excelente preparación para la lucha. En estas circunstancias, el Ejército español iba a demostrar de un modo palmario cómo, en efecto, era digno de ser tenido por tal en la acepción más absoluta de la palabra y cómo por ningún concepto

desmerecía del mérito y consideración de los otros ejércitos europeos. Uno tras otro, como vamos a ver, nuestras tropas, acampadas en el Boulou, irán rechazando bravamente los repetidos y potentes ataques del ejército de la Revolución Francesa.

La situación en el campo francés

LA SITUACION EN EL CAMPO FRANCES. — Pero si en dichas circunstancias, si en situación, ya que no adversa, por lo menos desfavorable, el Ejército español iba a dar prueba de las citadas cualidades, propias de la más elevada moral militar, en el ejército y en el campo enemigos la situación era muy diferente: "La retirada de los españoles daba al ejército francés el ascendiente de la victoria. Toda la línea del Tet estaba libre. Concentrado a lo largo del Tech, al pie de los montes —expone Fervel, refiriéndose a nosotros—, el enemigo parecía no esperar más que un nuevo asalto, que pusiera a salvo su honor para repasarlo. Tan sólo un esfuerzo feliz, y la bandera tricolor volvía a reponer la cresta de los Pirineos. El ejército francés estaba lleno de ardor y de esperanza, pero carecía de jefe"...

La confesión francesa no puede ser más explícita: "Un desdichado concurso de circunstancias fatales había acabado de destruir el prestigio, ya bastante quebrantado, del Mando. A cuatro días de intervalo, una brillante victoria, atribuida a la inspiración de una muchedumbre ignorante, y una sangrienta derrota, manifiestamente sufrida por la impericia de nuestros generales, a causa de su conducta y, según la opinión de un gran número, por la falta del más experimentado entre todos ellos. ¡Qué contraste! Este fué acogido con la vehemencia de las pasiones propias de los tiempos aquellos, de aquellos lugares, de la situación y, desde luego, a costa de la autoridad de nuestros generales. Un representante del pueblo, Fabre, proclamaba la inutilidad del Mando superior y pedía públicamente su presión; no quería más que generales divisionarios a las órdenes de los delegados de la Convención. Uno de sus colegas iba todavía más lejos: ¿Qué necesidad hay de generales? —exclamaba Guiter—. Las mujeres de nuestros barrios saben tanto como ellos. ¿Para qué tantos cálculos, frías combinaciones, tiendas de campaña, campos atrincherados, reductos? Todo esto es inútil. Las irrupciones, el arma blanca; he aquí la sola guerra que conviene de hoy en adelante a los franceses; la guerra democrática". Ante situación tal, ante semejante estado de incomprendición y falta de sentido de la realidad, no puede extrañarnos que Fervel nos declare como atendidas las razones anteriores: "En menos de quince días el ejército francés cayese en una anarquía tal, que todo mando se hizo en él imposible realmente. Esta fué la causa de ese encadenamiento ininterrumpido de reveses y de desdichas que íbamos a experimentar hasta el fin de la campaña". Como consecuencia de todo esto, nosotros podemos afirmar: que nuestras tropas, sitiadas en el campo atrincherado del Boulou, tenían a su favor en el campo enemigo un poderoso elemento de combate: **El desorden y la desmoralización del ejército enemigo!**

os.
el
ieshas
les-
ali-
el
los
oda
pie
mi-
lvo
tri-
céscha-
r ei
in-
mu-
su-
icta
eri-
la
que-
dad
cla-
su-
s de
más
Las
tan-
trin-
rma
te a
se-
dad
s ra-
; ca-
sible
pido
l fin
odre-
rado
ele-
rcito

EL CAMPO ATRINCHERADO DEL BOULOU. — Por la descripción hecha de este campo en páginas anteriores conocemos cuáles eran sus características, tanto desde el punto de vista geográfico como atendiendo al topográfico y al militar. En un concepto general, podremos afirmar que tales características no podían ser más favorables, aunque, como en todo lo humano y lo correspondiente al orden natural, siempre pudieran encontrarse atenuaciones e inconvenientes.

Las excelentes condiciones del campo del Boulou, desde el punto de vista geográfico, están desde el primer momento comprobadas al hallarse asentado, según sabemos, ante el pueblo del Boulou, emplazado en la margen izquierda del Tech, en la carretera que de Céret va a enlazar con la gran vía de la frontera a Perpiñán. En esta situación, el Boulou constituía una verdadera llave del paso de las principales vías de comunicación de la comarca. Poco más de dos leguas distaba de Bellagarde y unas dos de Perpiñán. Después de su paso por el Boulou, el Tech dejaba en su margen izquierda el Elna, y en la orilla derecha, a Argelés. No menos ventajosas que sus condiciones geográficas eran las topográficas, al hallarse asentado nuestro campo al abrigo de un ramal que, destacado hacia el norte de la línea continua de alturas que arrancando de los Asprés, corre a lo largo de la orilla izquierda del Tech hasta la gran vía internacional, prolongándose del otro lado de ella por una serie de eminencias y mesetas alargadas, que perdiendo de altitud se prolongan hasta la misma costa. Como recordaremos, esta línea de alturas constituía la divisoria entre las cuencas del Tech y del Réar y venía a quedar jalona por los lugares de Saint-Luc, Tressères y Banyuls-les-Asprés.

El ramal de que hacemos mención recibe el nombre de Puig-Scingli y se esfuma por completo al llegar al camino internacional, cubriendo, aunque muy imperfectamente, la pequeña llanura del Boulou, asiento de nuestro campo. El arroyo de Valmagne constituía el foso de la posición de Puig-Scingli, que venía a constituir, como veremos, el punto central del sistema defensivo del Boulou.

Recordaremos igualmente que las condiciones militares de este campo atrincherado eran bastante apreciables. Realmente, para una verdadera defensa del campo español hubiese sido conveniente guarnecer la línea Saint-Luc, Tressères y Banyuls-les-Asprés, pero no poseyendo contingentes suficientes para establecer esta línea defensiva, nuestro ejército tuvo que limitarse a artillar lo más posible la posición central de Puig-Scingli. El Boulou quedaba enlazado hacia el Oeste con Céret, hacia el Este con la gran vía internacional, con el llamado Camp des Trompettes y los pueblos de Villalongue y Montesquieu, convertidos en posiciones militares. La derecha carecía, por consiguiente, de un accidente natural en que poder apoyarse, y nuestra línea defensiva se extendía a lo largo de la llanura, cortando la citada vía principal, y volviendo sobre sí misma, rodeaba la llanura y el pueblo del Boulou, atravesaba el Tech, bordeaba durante algún

tiempo la angosta vía de comunicación de la orilla derecha, y después, a lo largo de las Trompettes Basses, formando un nuevo lazo sobre sí misma, daba frente a la pequeña llanura de Agouillouse, tomaba la pendiente de los Alberes y venía a juntarse con la bella posición de Montesquieu, ante las cimas del Puig Castell y de Saint-Christophe. De cuanto acabamos de exponer podremos, por lo tanto, manifestar que el trazado de los atrincheramientos españoles, resultado de detenidos trabajos de nuestros Ingenieros desde el comienzo de la campaña, venía a describir un gran arco extendido entre Céret y Montesquieu, teniendo en su centro al pueblo del Boulou y delante la posición de Puig-Scingli, como el punto más avanzado y de mayor exposición. Como era lógico, en ella hubo de quedar asentada una fuerte batería, que había de recibir más adelante por su defensa gloriosa el apelativo de **la Sangre**.

Ahora bien, la posición de que tratamos no podía por menos de tener también sus inconvenientes. La pequeña llanura del Boulou estaba situada en un terreno que en el período de las lluvias adquiría caracteres pantanosos, con los consiguientes perjuicios para la salud y estancia de las tropas, y en cuanto al río Tech, por su carácter torrencial, en la época de las crecidas no toleraba la existencia de ningún puente que facilitara el paso de una a otra orilla. Por añadidura, la propia garganta que daba salida a su alto valle no tenía otra defensa que la misma inaccesibilidad de la montaña, desde luego áspera y difícil. Y como quiera que desde la montaña habían podido los franceses establecer baterías en condiciones de batir eficazmente nuestro campo, la retaguardia de éste quedaba expuesta a serios peligros. Bien lo daba a entender así en una de sus cartas el Teniente Heredia: "Tenemos un río a la espalda con puentes de madera que no podrán resistir una avenida", y más adelante indica cómo: "desde las alturas inmediatas que existen a retaguardia del Boulou y en las que tienen puesta los enemigos su artillería, con sus fuegos incomodan y muchas veces cortan a los que pasan". Por las condiciones pantanosas del terreno anteriormente anotadas, las fiebres denominadas tercianas habían causado en ambos ejércitos bajas considerables.

Tales eran las propiedades de la posición en donde los españoles pensaban mantenerse en actitud defensiva, esperando la llegada de refuerzos que permitieran intentar un cambio de situación y de fortuna. Ante el hecho, los franceses creyeron poder alcanzar una pronta y segura victoria, y entonces comenzó contra el campo del Boulou, según lo declara el propio historiador francés Fervel: "Una serie de ataques bizarros, especie de sitio desordenado, en el que el ejército francés, girando impaciente alrededor de estos atrincheramientos, que él esperaba ver abandonados al primer choque, fué, sin un plan meditado, en plena ceguedad, a estrellarse una y otra vez, aniquilando sus esfuerzos contra todos los puntos de resistencia".

El día 2 de octubre, el Ejército francés se presenta ante la posición española

EL DIA 2 DE OCTUBRE, EL EJERCITO FRANCES SE PRESENTA ANTE LA POSICION ESPAÑOLA.—Efectivamente, en el citado día, el ejército francés, fuertemente constituido por 22.000 hombres, veinticuatro horas después de la retirada nuestra, hizo su presentación ante el Boulou. Venía distribuido en dos Divisiones y una vanguardia situada a caballo sobre la vía internacional. La División de la izquierda ocupó las colinas alzadas ante el lugar de Banyuls-les-Asprés, en donde el General D'Aoust estableció su Cuartel General; la de la derecha ocupó el Plá del Rey, pero no tardó mucho en extenderse a lo largo de la línea comprendida entre la capilla de Saint-Luc hasta la ermita de Saint-Férreol, que da frente a Céret. La izquierda quedaba colocada del otro lado del río, en las citadas alturas y al norte de Villelongue. Finalmente, Banyuls-les-Asprés había sido elegido por asentamiento del Cuartel General, porque desde él podría dominarse, no sólo la posición ocupada por los franceses, sino también la disposición general de nuestro campo.

Advertidos los españoles, se disponen a la defensa

ADVERTIDOS LOS ESPAÑOLES, SE DISPONEN A LA DEFENSA. Nuestro ejército se daba perfectamente cuenta de los peligros a que quedaba sometido al llevar a cabo su retirada. Es interesante a este objeto transcribir aquí lo que el comunicado del día 1.^o de octubre exponía sobre el particular: "Caminando el ejército español toda la noche con las precauciones dichas, llegó este día al Boló, a las ocho de la mañana, donde Ricardos tomó, desde luego, las providencias más activas para que la tropa acampase con la mayor celeridad, ocupasen las alturas, frente al Boló, se estableciesen baterías volantes, y que un Cuerpo de tropas con la correspondiente artillería, a las órdenes del Teniente General don Juan Curten, pasase luego el río Tech a apoderarse de las alturas del Mas de la Trompeta, del Lugar del Montesquieu, que está sobre ésta, y de la eminencia llamada alturas de San Cristóbal, que son la llave y la garganta que defendía por la espalda los establecimientos que acabábamos de tomar en el Boló, precipitándose en todas estas órdenes y su ejecución con la mayor viveza, porque no dudaba que luego que los enemigos advirtiesen la retirada, vendrían a buscarlo con fuerzas muy superiores, como, efectivamente, se verificó ya al día siguiente.

"Desde los combates de Vernet, en los cuales fué muerto el Mariscal de Campo don Rafael Adorno, y los de Peires Tortas, en que, órdenes truncadas que recibió la Caballería y la confusión de un ataque nocturno, produjeron el que se abandonase el campo del mando del Teniente General don Juan Curten, y con él la mayor parte de la artillería que llevó, de que sólo salvó un cañón, hasta que reunió

este Cuerpo, y el del mando del Conde de la Unión, para recibir a los enemigos, como se verificó gloriosamente el 22 de septiembre, en que se derrotaron las mejores tropas que atacaron mi izquierda; han sido tan activas y continuas las acciones y movimientos, que no ha habido tiempo ni posibilidad para practicarlas, porque no es posible tener las noticias y detalles que deben dar los distintos comandantes y jefes que cada día (por quedarse pocos) están empleados en diversos puntos y objetos. Y así, sólo puedo avisar a V. E. para que lo traslade a noticia de S. M. que, al día siguiente de la batalla de Troullas, esto es, el 23 de septiembre, hice atacar por el Brigadier don Juan Manuel Vives, la vanguardia de un Cuerpo enemigo de 8.000 hombres, y que venía por las faldas de las montañas a colocarse sobre mi flanco izquierdo, y la batió, tomándole dos cañones; que los días sucesivos hubo varias pequeñas acciones, porque, después de la batalla, entraron 15.000 hombres de refuerzo a los enemigos; que, en vista de cómo, por su excesivo número, podían inquietar esencialmente la comunicación, así amenazando a Vallespir alto como al bajo, y el mismo punto del Boulou, y que no podía moverse por falta de medios para transportar la artillería gruesa, y los equipajes, fui aligerando esos estorbos y transportándolos al Boulou y Bellegarde; que, luego que me vi expedito, verifiqué en una noche la marcha del ejército con 100 piezas de artillería, y los equipajes, sin dejar una estaca a los enemigos, no obstante que me tenían rodeado por frente y costados con mucha inmediación, y llegué a las ocho de la mañana del día 1.^o a este campo del Boulou, donde tomé las providencias más ejecutivas para recibir a los enemigos, que no dudaba vendrían a buscarme. Que, en efecto, al día siguiente 2, se presentaron en varias columnas, ocuparon las alturas de Bañuls y otras, coronándolas de artillería. Que, aquella noche, viendo que los enemigos podían pasar el Tech por cualquiera punto a causa de la mucha sequía, y cortar al Cuerpo de seis batallones al mando del Brigadier don Eugenio Navarro, que guarnecía la villa de Argelés, se le enviaron 20 tiros de mulas, que era cuanto se pudo recoger, para que transportase la artillería y se viniese al momento, lo que ejecutó con actividad y acierto, no dejando más que dos morteros y un cañón pesado, cuyos carros faltaron, inutilizando las municiones que no pudo transportar."

Evacuan los españoles Argelés, y los enemigos se presentan por primera vez ante el Boulou y hacen fuego a nuestras posiciones

EVACUAN LOS ESPAÑOLES ARGELES, Y LOS ENEMIGOS SE PRESENTAN POR PRIMERA VEZ ANTE EL BOULOU Y HACEN FUEGO A NUESTRAS POSICIONES.—El día 1.^o de octubre, el Brigadier don Eugenio Navarro, Comandante de Argelés, avisó que los enemigos le habían querido atacar, pero que, con la artillería de que disponía, pudo rechazarlos sin gran esfuerzo, contribuyendo no poco a ello una copiosa lluvia que sobrevino. Hacía constar el general que sólo tenía 2.000 hombres de los 4.000 con que, en un principio, con-

taba, y que, si había de sostener aquel puesto, le era necesario el envío de los oportunos refuerzos.

Ante un parte así apremiante, el General Ricardos dispuso que el Teniente General Conde de la Unión marchase con 5.000 hombres de Infantería, los 400 caballos de reserva y los Regimientos de Caballería de España, Santiago, Numancia y Pavía, en dirección a Argelés, con misión de introducir en éste algunos batallones de refuerzo que permitieran al Brigadier Navarro ejecutar mejor su retirada al Boulou y rechazar el empuje enemigo si éste trataba de inquietarle durante la realización de aquélla. Con el resto de las tropas, el Conde de la Unión había de quedarse en Saint-Genis, a mitad del camino que pone en comunicación los referidos puntos, dispuesto a proteger y auxiliar la retirada de la guarnición de Argelés y mantener las comunicaciones con esta villa mientras estuviera en nuestro poder. El Conde de la Unión llevó a cabo cuanto se le había ordenado.

El día 2, el General Ricardos salió al amanecer a reconocer la tropa y puestos que cubrían la comunicación con Argelés, así como la línea y baterías que, con la mayor diligencia, se habían habilitado. No tardaron las avanzadas en avisarle que, sobre las alturas de Banyuls-ies-Aspres, se veían varias columnas de enemigos. Para mejor observarlas, se dirigió a una altura situada a la izquierda de nuestro campo, en la que teníamos asentada una batería. Desde ella, nuestro general pudo divisar claramente cómo algunos batallones de franceses con sus banderas desplegadas avanzaban con ánimo de apoderarse de la altura que junto a este pueblo de Banyuls domina el camino real de Perpignán, dando frente a nuestros puestos que, por la derecha, cubrían el camino de Argelés, y en la que los franceses hubieron de colocar cañones volantes independientes sin formar baterías. Llegado el mediodía, empezaron estas piezas a hacer fuego contra los nuestros, lo que obligó a las baterías españolas a corresponder con el suyo. Nuestra información oficial manifestaba que: "El general dió muchas y oportunas providencias para atender a tantos puntos de defensa en la extensión que cogía nuestra línea. Mandó reforzar las avanzadas y que al menor aviso del movimiento de los enemigos saliese nuestra tropa a ocupar los puestos señalados, y al retirarse el General Ricardos por el camino real, le hicieron fuego los franceses, **siguiéndole a las inmediatas** hasta entrar en su campo. Estas tropas francesas, descubiertas desde nuestra posición, eran las del ejército de Delattre, de que hicimos mención.

El intento de los enemigos era bajar su artillería a las orillas del río Tech, al abrigo del lugar de Brulla, defendido por las baterías que ellos tenían ya asentadas en las alturas de Banyuls, para poder batir de frente y de flanco el camino de Argelés, en donde, como dijimos antes, teníamos tropas para mantener la comunicación. A pesar del incesante fuego que les hizo una batería nuestra colocada en una altura al pie de las montañas de Orella, así como las que teníamos al frente del campo y camino de Argelés, fué imposible impedir sus trabajos, y viéndose que nuestras tropas, que estaban descubiertas, quedaban batidas, no sólo por los fuegos anteriores, sino además por los de otra batería enemiga asentada junto a la orilla del río, no hubo más

remedio que retirarlas al abrigo de los peñascos que cubrían las faldas de los montes.

Al ver esto, la artillería enemiga dirigió sus tiros al lugar de Saint-Genis, en donde estaba el Conde de la Unión, con el destacamento que antes dijimos y un hospital de campaña. Entre cuatro y cinco de la tarde, empezó a evacuarse para poner a salvo a los enfermos, que se veían amenazados, dándose prontas y activas providencias para conducirlos en carros a España, quedándose, sin embargo, la mayor parte de los efectos y utensilios, que, por el corto tiempo de que se disponía, no pudieron sacarse.

En su propósito de concentrar en el Boulou todas las fuerzas españolas extendidas por el frente, en posiciones demasiado avanzadas, deseando ver cuanto antes incorporada la guarnición de Argelés, aprovechando la oscuridad de la noche, envió al Capitán don Andrés López, Ayudante de Campo del Mayor General de Caballería, para que con 200 mulas de tiro marchase rápidamente a Argelés, llevando a Navarro orden de que, aprovechando los instantes, ejecutase la retirada y se uniese con su tropa y efecto al campo de Boulou. "Este capitán llegó a la una a la posición española, y dando cuenta de su cometido y entregando la orden que llevaba al Brigadier Navarro, éste, con la presencia de espíritu y la serenidad de ánimo que tenía de sobra acreditada, supo tomar tan activas providencias, que ejecutó su retirada con todos sus efectos y artillería, no dejándose más que dos morteros y un cañón pesado, cuyos carros se rompieron y no pudieron componerse con la prontitud requerida."

Primer ataque de los enemigos al Boulou

PRIMER ATAQUE DE LOS ENEMIGOS AL BOULOU.—El día 3 de octubre, a las diez de la mañana, llegó al campo don Juan Antonio de Curten, que se hallaba en la otra parte del río, en el campamento de Mas des Trompettes, distante de Argelés un poco más de dos leguas.

Antes de rayar el día, se observaron varios movimientos de tropas enemigas que iban coronando todas las alturas, las cuales, a pesar de su distancia, dominaban con sus fuegos y sus vistas nuestros puestos. Desde nuestro campo, hubo de advertirse en el del enemigo movimientos y traslados de artillería, carros y acémiles, y como quiera que, merced a ello, iban aproximando más sus baterías, fué entre los nuestros general suposición la de que se aproximaba un serio ataque a la totalidad de nuestro frente defensivo. En vista de ello, tocóse en nuestros campos la generala y, rápidamente, cada cuerpo fué a ocupar los puestos que tenían asignados en la línea de combate.

Al amanecer, y cuando ya podían percibirse los objetos, vióse desde nuestro campo cómo en la mayor altura, donde estaba situada la ermita de San Lucas, y en un espacio comprendido desde ella hasta el lugar de Banyuls-les Aspres, sobre una colina que vendrá a tener como una legua de larga, estaban formados muchos batallones franceses, teniendo a vanguardia, destacados convenientemente, sus puestos avanzados y partidas sueltas, no muy distantes de los nuestros. Pudo apreciarse igualmente por los nuestros cómo, bajo el referido

lugar de Banyuls, se veían más tropas enemigas y una gruesa columna de caballería formada en la llanura hasta la inmediación del río, hallándose asentada en este punto una batería, en correspondencia con otra situada en la mayor altura vecina a Banyuls. Mas no eran estas dos las únicas dispuestas en este costado. Otras varias aparecían distribuidas por distintos puntos de la montaña, así como varios cañones sueltos formando baterías volantes, que iban mudando de asentamiento según las circunstancias, a fin de enfilar las cañadas y barrancos, tan abundantes en este terreno. "Por todo este aparato se conoció que era decidido el ataque en toda la extensión del frente de nuestra línea por la izquierda del río y sobre las alturas que se alzaban por nuestro flanco izquierdo."

Efectivamente, todas aquellas fuerzas eran las del General D'Aoust, que había establecido sus baterías en las alturas más ventajosas para destruir las nuestras y que se proponía atacar nuestra izquierda y puestos avanzados de vanguardia en la jornada de este día 3, empleando para ello una columna, compuesta, según los informes franceses, por unos 6.000 hombres. Una serie de falsos ataques sobre nuestro flanco derecho facilitaría el desarrollo de la operación proyectada.

Objetivo del ataque francés

OBJETIVO DEL ATAQUE FRANCES.—El objetivo de este ataque era el de apoderarse de las alturas de Puig-Scingli y de las ocupadas por nuestra vanguardia a la izquierda de la gran vía internacional, defendidas por la batería llamada de San Pedro y otras dos. La conquista de Puig-Scingli y de las otras que acabamos de indicar, proporcionaría al ejército republicano el quedar dueño de una posición que dominaba a todas las demás nuestras. La acción habría de emprenderse rompiendo un vivo cañoneo sobre el frente español, que sería acompañado por el ataque de las tropas ligeras.

Dispositivo de la defensa española

DISPOSITIVO DE LA DEFENSA ESPAÑOLA.—Este dispositivo viene perfectamente determinado por nuestra propia información oficial. Según ella, la situación de nuestras baterías y puestos era la siguiente: "A la derecha, se hallaba construída en una altura una gran batería de cañones de varios calibres con un campamento de varios batallones, que se llamaba vanguardia del ejército, al mando del Mariscal de Campo don Joaquín de Palafox, Capitán de Guardias españolas, y estaba casi enfrente de los lugares de Traserra y Bañuls, e inmediatos adonde tenían los enemigos sus baterías. A la izquierda de esta vanguardia, cubriendo el frente de la línea, seguía otra batería, que se llamaba la del centro, de cañones de 8 y 4, que se reforzó luego con tres piezas de calibre 12, y en seguida de ésta había otras dos, llamadas de la izquierda; al mando, la primera y más inmediata al centro, del Teniente General don José Eslava, y por su muerte, que-

dó al del Coronel don Francisco San Juan, Capitán de Reales Guardias españolas, y la otra más separada, sobre el camino ya de Boulou al Céret, a las órdenes del Coronel don Pedro Llamas, enfrente casi de la ermita de San Lucas.

"El General en Jefe don Antonio Ricardos, desde los primeros avisos se hallaba recorriendo con sus Edecanes, Cuartel Maestre General y los Mayores Generales de Infantería y Caballería, toda la línea, observando bien las posiciones del enemigo, y mandó que fuera de las baterías saliesen algunos batallones, ocultos del fuego de la artillería enemiga, en las cañadas, para sostener y contrarrestar los ataques que pudieran intentar."

Desarrollo del ataque francés

DESARROLLO DEL ATAQUE FRANCES.—A las ocho de la mañana empezaron los franceses a hacer un fuego general muy vivo desde todas sus baterías a nuestros puestos avanzados, al que correspondieron con igual viveza. Al despuntar el día, bajo la protección de dos baterías asentadas al azar en la noche precedente en la posición de Mas La Paille y en el Plá del Rey, la antes citada columna de ataque, fuerte de 6.000 hombres, había avanzado derechamente hacia el Puig-Scingli, hasta el borde del barranco de la Valmagne. Los granaderos, cazadores de Guardias españolas y tropas ligeras, desparlados en toda la extensión intermedia de las baterías, se encontraban en constante acción, viéndose obligadas a rechazar el ataque de las avanzadas enemigas, que, en su pretensión de penetrar en nuestras posiciones, unas veces cargaban sobre nuestros puestos avanzados sin éxito alguno, a causa de que, sostenidos estos puestos por el fuego de los batallones desplegados en sitios oportunos, lograban rechazar el empuje de los asaltantes, mientras en otras, por el contrario, eran los nuestros los que atacaban y perseguían.

A pesar de las condiciones favorables del terreno para nuestra defensa, pues éste se hallaba cortado por numerosos barrancos muy profundos y escarpados, una circunstancia imprevista vino a presentarse, actuando en contra nuestra. Según el comunicado oficial del día 3, "en este día hubo de levantarse un huracán tan impetuoso, que hacía titubear los más robustos árboles, dándonos el aire en la cara, de modo que nos cegaba tanto el polvo del terreno como el humo de nuestros propios fuegos y el de las baterías enemigas, ya muy próximas, ocultándonos ambos los objetos por mucho rato hasta que se disipaban, y nos impidió servir bien la artillería, favoreciendo estos incidentes a los franceses. Todo este conjunto de circunstancias, los gritos que los enemigos daban cuando se figuraban alguna ventaja, la multitud de balas, granadas y bombas, que a manera de una espesa lluvia caía por todas partes sobre nuestra tropa y el no entenderse ni oírse nada de cuanto se mandaba por el ruido de la artillería y el del huracán, formaban un contraste horroroso, a pesar del cual nuestra tropa supo superar tal cúmulo de dificultades, con-

trarrestando el empuje enemigo en todas las baterías sin perder un palmo de terreno.

"Ricardos no pudo mantenerse en la mayor altura de la batería del centro a causa de la borrasca del huracán, que aumentó con increíble violencia, impidiendo que pudieran llegarle los avisos de los demás puestos atacados, por cuya razón descendió a la falda de la misma altura, desde donde dió sus oportunas providencias; y habiéndole dado parte de que por la ermita de San Lucas se veían descender varias tropas francesas con dirección hacia el camino de Céret y que podían tomarnos la espalda, mandó que sobre la marcha saliese el Coronel don Francisco Solano con cuatro batallones y algunos cañones violentos para apoderarse de las alturas que dominaban y enfilaban el camino de Céret; y ejecutando este jefe cuanto se le había prevenido, contuvo con este movimiento tan oportuno a los enemigos, y, establecido en las referidas alturas, mandó construir en ellas una batería para el asiento de los cañones que llevaba."

Reconocen los informes franceses que su columna de ataque al Puig-Scingli fué bruscamente detenida. Asaltada ésta por una granizada de granadas y de bombas, tuvo que retroceder hasta una hondonada, en la que pudo reorganizarse, pero siendo en ella los soldados franceses castigados por los proyectiles nuestros, que venían como a escudriñar todas las ondulaciones del terreno, no pudiendo oponer al fuego de nuestra artillería pesada otra cosa que el lejano e insignificante de la fusilería, duramente batidos por nuestros disparos, vióse obligada a retirarse, con pérdidas muy considerables. A pesar de ello, el fuego persistió por ambas partes hasta la noche.

Un nuevo incidente vino a dar mayor actividad a la acción entablada. En lo más vivo de ella, observó el Capitán General que una columna de caballería enemiga atravesaba el río, y recelando que podía llevar el objeto de incomodar a las tropas de Navarro que se retiraban de Argelés, envió a uno de sus Ayudantes de Campo para que diese aviso al Teniente General don Juan Curten de que despachase luego, por su derecha, fuerzas de caballería que, unidas a las que anteriormente había dispuesto fueran mandadas por el Mariscal de Campo don José Moncada, atacasen al enemigo para auxiliar la retirada de Navarro. La orden fué ejecutada fielmente, mas los franceses no llegaron a incomodar a nuestras tropas de Argelés, las cuales pudieron llegar al campo de Curten a las diez de la mañana con toda felicidad, viiendo así a reforzar aquel puesto, colocándolo en condiciones de resistencia muy respetables.

Las tropas francesas que habían aparecido ante el camino de Argelés iban mandadas por el General Delattre, siendo destacadas de la guarnición de Collioure y habiendo podido llegar hasta la orilla derecha del Tech, a la altura de Banyuls, según vimos antes. La causa de no inquietar ni siquiera a las tropas nuestras que habían abandonado Argelés y se retiraban al campamento de Curten, no era otra que la de haberse encontrado la columna de Delattre con aquella otra que, en vano, había intentado apoderarse de Puig-Scingli. El General D'Aoust, ante su concurrencia con aquellas fuerzas, creyó llegado el momento de intentar un nuevo ataque que le resarciera de su recien-

te fracaso, y enviando a la columna de Delattre un refuerzo de dos batallones, dió a éste orden de que se extendiesen por su izquierda hasta la cresta de los Alberes y atacase luego al campo de las Trompettes.

Este campo de las Trompettes recibía tal denominación por hallarse inmediato a dos alturas llamadas las altas y bajas Trompettes, formando un saliente en la derecha de la línea española al retornar hacia las orillas del Tech, frente a Montesquieu. El General D'Aoust no concibió otro plan de guerra que el de atacar de frente el campo que nos ocupa, disponiendo que una columna con tropas de las tres Armas se destacara del Cuerpo principal y fuese a ejecutar una especie de diversión sobre la cresta de los Alberes. La acción, así concebida, hubo de desarrollarse al día siguiente. Entre una y dos de la tarde del día 3, hicieron los enemigos un movimiento ofensivo, dirigiéndose otra vez hacia el camino de Céret para ver si lograban desalojar de allí al Coronel don Francisco Solano y "establecerse de modo que pudieran **cortarnos** por nuestro flanco izquierdo". Advertido de ello nuestro Capitán General, dispuso que el Brigadier don Francisco Kessel, Capitán del Regimiento de Guardias walonas, saliese con los batallones de este Cuerpo, que, al efecto, se habían hecho venir desde el flanco derecho de nuestra línea, juntamente con dos batallones de infantería. Tres batallones habían de reforzar la batería del Brigadier Solano, el cual quedaría con las restantes fuerzas al frente del campo para observar el movimiento de los enemigos. Pero los franceses, advertidos, a su vez, de las disposiciones tomadas en nuestro campo para rechazar todo intento de asalto, desistieron de realizar esfuerzo alguno contra nuestras posiciones establecidas en este sector izquierdo de nuestro frente.

Declara nuestro comunicado oficial que "entre una y dos de la tarde, se llevó a las baterías y puestos nuestros una porción abundante de pan, vino y agua, para que la tropa tomase algún alimento; pero no pudieron tomarlo nuestros soldados, porque la acción estaba más encendida y no podían dejar las armas de la mano sin exponerse a que los enemigos se arrojasen sobre una batería y la tomasen, y así continuaba con el mayor ardor el fuego vivo de cañón y fusil de una y otra parte, viéndose continuos ataques y encuentros sin un momento de intermisión, de modo que había pocos ejemplos de batallas de una obstinación semejante, en que no haya cesado el fuego ni un solo momento. Cada pérdida del enemigo, en lugar de escarmentarle, le cegaba y empeñaba más y más, y el valor de nuestras tropas parecía aumentar cada vez que se veían en el caso de rechazarle y, en muchas ocasiones, perseguirle. Así duró la acción desde las ocho de la mañana hasta el anochecer, en que hubo de cesar el fuego de cañón. mas no el de la fusilería que hacían los cazadores de Guardias españolas y de las tropas ligeras esparcidas por los ribazos, que fué avivándose a medida que la noche avanzaba. Desde las baterías de Banyuls, a las ocho de la noche, los franceses arrojaron algunas granadas que pasaron por encima del General en Jefe, y una de ellas mató a un caballo de mano del Teniente General Crespo que venía en la comitiva".

Llegada la noche, el General Ricardos mandó cesase nuestro fuego, a ver si de este modo callaba el de los enemigos. "Así se consiguió, y luego dispuso que el Brigadier Pessel se retirase con tres batallones y dejase los demás en la batería asentada en el pico de Saint-Christophe, sobre el camino de Céret, al mando del Coronel don Pedro Llamas; que, para evitar toda sorpresa y contener algún temerario arrojo que pudieran intentar los enemigos de noche, saliesen a apostarse al frente de la línea la brigada de Carabineros Reales y que cuatro escuadrones de los Regimientos de España y el Infante lo hicieran por la retaguardia, destacando partidas fuertes de caballería que vigilasen el campo, además de las guerrillas. El resto de la caballería había de permanecer toda la noche en sus campos con sillas puestas. Dadas estas providencias, se retiró el General a Boulon sin haber comido ni descansado un solo instante en todo el día, ni él ni ninguno del ejército."

Bajas experimentadas en esta acción

BAJAS EXPERIMENTADAS EN ESTA ACCIÓN.—Declaran los informes franceses que tuvieron en esta acción muchos muertos y heridos a causa de la prodigiosa cantidad de bombas y proyectiles que no cesamos de tirar, manifestando asimismo que nosotros también debimos perder mucha gente. Confirmando estos informes, nuestro comunicado oficial declara que: "Como estos choques fueron tan obstinados por parte de los franceses, que a toda costa querían desalojarnos de nuestras posiciones, y nuestra tropa les resistió con tanto tesón, fué continuo el fuego de cañón, obús, mortero y fusilería que vino a desarrollarse en las diferentes acciones de este día y causó considerables pérdidas en los enemigos, ascendiendo, según se comprobó luego por diferentes conductos fidedignos, a 400 muertos, 800 heridos, 84 prisioneros y 1.500 desertores que se encaminaron al interior de su país."

"Por nuestra parte, tuvimos 58 muertos, entre ellos el Teniente General don José Eslava, Capitán de Guardias españolas, que murió a los dos días, de una bala de cañón que le pasó el costado, y 300 heridos, entre ellos 18 oficiales, tres de ellos de Artillería." Con la siguiente reserva, apuntamos todos estos datos.

Juicio crítico del primer ataque de franceses al campo atrincherado de Boulou

JUICIO CRÍTICO DEL PRIMER ATAQUE DE LOS FRANCESSES AL CAMPO ATRINCHERADO DEL BOULOU.—Este primer ataque de los franceses a nuestro campo atrincherado hubo de significar para los nuestros un episodio de la mayor importancia, a punto de declarar nuestro "Diario Oficial" que "este día no fué menos glorioso para

las armas del Rey que lo había sido el 22 del pasado en la batalla de Truillas". Y esta aseveración de nuestra información oficial no era ciertamente una arbitraria interpretación del hecho, sino que venía a justificarse por atendibles razones que el propio comunicado ofrece a nuestra consideración:

"Esta función—expone—, aunque no decisiva, la perdieron los enemigos porque, habiendo ido a atacar a nuestro ejército para obligar al General Ricardos a que abandonara la posición del Boulou, supo éste penetrar sus ideas y descubrir sus ataques verdaderos, y, así, no les opuso nada más que lo que exigía una prudente precaución, sacando en medio de la acción varios Cuerpos de un paraje menos expuesto para llevarlos al verdadero ataque y guarneciendo su línea de modo que la del ataque formaba un martillo con la del campamento, y en esta línea aparentaron los enemigos varios ataques, pero tan sólo dos fueron los verdaderos: uno, sobre nuestra vanguardia, y otro sobre la izquierda del referido martillo."

Como en ocasiones anteriores, en esta primera defensa del campo atrincherado del Boulou, el acierto del Mando Superior estuvo siempre en oportuna correspondencia con la conducta de las tropas. Nuestra información oficial ponía de manifiesto hechos diversos que así lo confirmaban: "La vanguardia la mandaba el Mariscal de Campo don Joaquín Palafox, habiendo tomado sus disposiciones para contrarrestar el ataque de los enemigos, merced al oportuno y bien servido fuego de la artillería, en justa correspondencia con los movimientos y posiciones que realizó e hizo ocupar a su tropa, rechazando con vigor los ataques enemigos, que logró contener durante todo el día, no pudiendo perseguirles a causa de lo quebrado del terreno." Nuestro comunicado oficial manifestaba terminantemente que Palafox se condujo con resolución y acierto, obrando en este paraje con bizarria y tino, igualmente, el Brigadier don Juan Miguel de Vives.

El Coronel don Francisco Solano desempeñó, por su parte, de un modo completamente satisfactorio la comisión que el General Ricardos le diera en pleno desarrollo de la acción, al objeto de ocupar las alturas del camino de Céret. Cortó a los enemigos su principal propósito de apoderarse de ella y poder colocarse a nuestra retaguardia, logrando rechazarlos con tres compañías de granaderos que colocó en vanguardia cuando le salió al encuentro.

"No cabe mayor elogio de los generales, oficiales y tropa que sostuvieron estas acciones, que la sencilla relación que queda hecha." Con todo derecho podía declararlo así nuestro comunicado oficial del día 3: "Doce horas de un continuo fuego, sin poder ni aun comer, combatiendo no sólo con un enemigo superior en fuerzas triples, que nos tenía rodeados, con tantos ataques a la vez, sino con una furiosa borrasca de huracán que traía el polvo y el humo contra nosotros, impidiendo ver los objetos y aun el entenderse y oírse las órdenes que se daban, hacen muy superior el mérito de esta acción al de la batalla ganada en Truillas el 22 del próximo pasado mes de septiembre"...

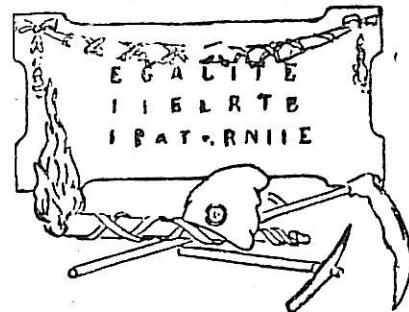
Tan valiente y categórica afirmación no quedaba suspendida en el aire. Justificábbase plenamente: "En los campos de Truillas estaba

nuestro ejército establecido tres meses había, y pudo con mucho tiempo fortificar sus líneas, darlas la extensión que necesitaban, levantar reductos, colocar artillería y conocer todo aquel terreno para defenderlo bien. Pero aquí, en el Boulou, acababa de llegar el ejército, haciendo una retirada de tres leguas, y tenía que atender, lo primero, a la que todavía tenían que hacer las tropas de Argelés; lo segundo, ocupar en un solo día puestos en las diferentes montañas que rodean todo este terreno, para contener al enemigo y fortificarlos con la mayor precipitación; lo tercero, tomar un establecimiento respetable a la otra orilla del río Tech, en el Mas de las Trompettes, y lo cuarto; atender en poquísimas horas, a un tiempo mismo, a un cúmulo de cosas que serían difíciles de desempeñarse completamente con esta celeridad en el descanso de unos cuarteles, cuanto más, a vista de un poderoso enemigo que venía a atacarnos.

"Estas dificultades, vencidas en tan corto tiempo como medió, hacen más superior el mérito de esta acción, en la que supo nuestra tropa, no sólo rechazar al enemigo sin perder un dedo de terreno, sino que ocupó el principal, de que quisieron apoderarse."

En cuanto a las disposiciones del Alto Mando francés, poco hay que comentar. Sin duda alguna, como lo expone Fervel, "la especie de sitio contra el campo de Boulou comenzó el 3 de octubre por un ataque a viva fuerza contra el elemento más avanzado de las líneas enemigas, el Puig-Scingli. Esta cortina, que cubre al NO. la llanura de Boulou, se pretendía sernos indispensable para **completar la dominación de nuestras posiciones sobre el campo español**. Sea de ello lo que fuere, era él, en toda la extensión de este campo, el único punto casi inaccesible del frente, atendiendo que las orillas de la Valmagne, entalladas por la erosión de las aguas en una arena arcillosa, se presentaban como cortadas a pico, cual si fuesen dos murallas. Pero fuera que se pensase en atenuar estos inconvenientes, o que se menospreciase el obstáculo, no se trató de tomar la posición envolviéndola; se pretendió hacerlo de frente".

Conocidas las circunstancias y el modo de desarrollarse este intento, no es de extrañar fracasase por completo, dejando en la mayor consternación el ánimo de los revolucionarios.



CAPITULO XX

El asedio al campo atrincherado

(Continuación)

Segundo ataque al Boulou. - Ataque de una batería enemiga en las alturas de Montesquieu y cuarto ataque de los franceses a nuestros puestos. - Asentamiento de una batería delante de Banyuls contra el campo de Trompettes. - Combate en la cresta de los Alberes. - Consejo de Guerra francés. - Se escoge un nuevo punto de ataque. - Quinto ataque de los franceses contra todas nuestras posiciones; repetido por tres veces, contra la «Batería de la Sangre». - Los enemigos cesan en sus intentos sobre el campo atrincherado del Boulou. - Causas que determinan este hecho



N el presente capítulo vamos a describir los diferentes ataques que a continuación del inicial, llevado a cabo el día 3 de octubre, con tan poco éxito, como hemos podido ver, realizaron las tropas de la Revolución, reiterando por cuatro veces su intento, convencidos de una superioridad que, si bajo ciertos conceptos existía, no lo era así en la totalidad del esfuerzo, ni, sobre todo, en la fortaleza de un ideal, que, por muy poderosamente que actuara sobre el ánimo de los revolucionarios, no actuaba con menos intensidad que el que animaba a los soldados españoles. El entusiasmo de aquéllos encontraba apropiado contrapeso en la arraigada fe religiosa de nuestros combatientes y en su inquebrantable fidelidad a su Señor y a las viejas tradiciones del país. Era un verdadero duelo a muerte entre dos concepciones distintas de la sociedad y de la vida humana.

En estas condiciones, el fracaso de la citada operación, llevada a cabo por los franceses el día 3, lejos de abatir el ánimo de los franceses, espoleó su voluntad para intentar nuevos y repetidos ataques. En este propósito, las posiciones destacadas, que constituían la principal defensa de nuestro campo, tenían que ser objetivos señalados de la ofensiva enemiga, y así veremos cómo, tanto Puig-Scingli como las baterías españolas asentadas contra Montesquieu y delante de Banyuls contra el campo de las Trompettes, vinieron a ser puntos diferentes de nuestra línea de defensa, fuertemente atacados.

Día 4 de octubre.—Segundo ataque de los franceses al campo atrincherado de Boulou.—El campo des Trompettes

DIA 4 DE OCTUBRE.—SEGUNDO ATAQUE DE LOS FRANCESSES AL CAMPO ATRINCHERADO DEL BOULOU.—EL CAMPO DES TROMPETTES.—Hemos indicado anteriormente cómo D'Aoust había ideado un ataque al campo de este nombre, aprovechando la reunión de sus tropas con las de Delattre, llegadas desde Collioure, y hemos hecho observar también cómo los españoles, dándose cuenta del hecho, se mantuvieron en sus posiciones del pico de Saint-Christophe, prevenidos y dispuestos a rechazar todo ataque enemigo, pasando toda la noche del día 3 en vigilancia sobre las armas. El día anterior, el asalto francés contra nuestra izquierda y centro había por completo

fracasado. Era, por lo tanto, necesario para el propósito francés intentar un nuevo ataque contra nuestra derecha. Al efecto, al despuntar el día, D'Aoust organizó una fuerte columna de infantería y de caballería, que, protegida por el fuego de la artillería, pasó al otro lado del Tech, por el vado de Banyuls-les-Aspres, escaminiándose a las alturas de Villelongue, en la cima de los Alberes, amenazando de este modo caer sobre la retaguardia de nuestro campo establecido entre Montesquiou y el río, en la llanura de Mas de la Trompette Basse, campo que estaba mandado por el Teniente General don Juan Curten.

El General Ricardos, apercibido del movimiento de las tropas enemigas y ante el cañoneo violento de su artillería, suponiendo fundamentalmente que los franceses intentaban cortar nuestras comunicaciones con Bellegarde, mandó reforzar el Cuerpo de don Juan Antonio Curten con tres batallones y algunas tropas ligeras, al mando del Coronel don Francisco Solano, fuerzas éstas que habían de establecerse en la cima y altura del flanco derecho de Curten, a fin de cerrar todo paso a los enemigos.

Prosiguiendo éstos su avance, Curten destacó tres Cuerpos de caballería de 200 caballos cada uno, con misión de cargarles enérgicamente. Y en efecto, uno de éstos, mandado por el Brigadier don Diego Godoy, lo realizó con tal ímpetu, que arrolló a la vanguardia de la columna del General Delattre, que marchaba en dirección al campo des Trompettes y estaba compuesta por 100 hombres del Regimiento de Medoc, a cuyo comandante hizo prisionero. Pero no estando sostenida esta carga de nuestra caballería por el fuego y la presencia de la infantería, vióse precisada a retirarse, no obstante haber batido a la caballería enemiga y haberse hecho dueña de la batería que la acompañaba, no pudiendo resistir la violencia del contraataque francés, al ser batida por un Cuerpo de infantería enemiga y tener que resistir la carga de otra fuerza de caballería notablemente superior. Nuestros jinetes no pudieron mantener su formación a causa de su escaso número de caballos para la relativa magnitud de la empresa que se les confiara, y al efectuar la retirada dejaron abandonados los cañones apresados por haber desjarretado los caballos los artilleros enemigos. Según Fervel, nuestra caballería fué dispersada a cañonazos, y, conseguido esto, Delattre prosiguió su marcha hacia el campamento español de Mas des Trompettes.

Según nuestro comunicado oficial, por la izquierda fueron menos vivos los ataques, pero duraron, igualmente que el cañoneo, hasta bien entrada la noche; disponiendo el general en jefe quedase durante ella "la artillería cargada a metralla y toda la tropa con la mayor vigilancia, por si intentaban los enemigos el **desesperado arrojo** de volver de noche al ataque". Pero no fué así. Delattre reconoció desde el primer momento que no se encontraba en condiciones de intentar o tantear un nuevo asalto y se retiró al abrigo de las alturas situadas ante Villalonga, frente a nuestra posición de Montesquiou.

Es verdaderamente interesante el comentario que a continuación del relato de este segundo ataque a nuestras posiciones del Boulou expone Fervel: "El ejército francés se encontraba así desarrollado en una semicircunferencia de cuatro leguas de larga, que abrazaba el

frente y las alas del campo enemigo desde la cresta de los Alberes hasta Saint-Ferréol. Esta era evidentemente, de todas las disposiciones que podían tomarse, la más viciosa. ¿Pero cabía admirarse de ello? Era Fabre ex consejero de la Audiencia de Montpellier, el que dirigía todo, y nuestros generales, aunque bajo el peso de toda clase de responsabilidad, no tenían sin embargo otra preocupación que la de complacer al jefe supremo". Esta declaración, expuesta por un historiador francés de la talla del aludido, tiene el carácter de una prueba incontrovertible.

Día 5 de octubre.—Tercer ataque de los enemigos al Bouloc

DIA 5 DE OCTUBRE.—TERCER ATAQUE DE LOS ENEMIGOS AL BOULOU.—El intento francés había fracasado por dos veces; pero dada la exaltación del fervor revolucionario, ello no era suficiente para hacerle desistir de sus propósitos. Al amanecer de este día se descubrió desde nuestro campamento una gruesa columna de infantería y caballería, que habiendo salido de Collioure se dirigía contra nuestra derecha con **cañones violentos**. Era la columna de Delattre, a la que D'Aoust había enviado cuatro batallones de refuerzo, y que se dirigía, en efecto, a tomar posiciones sobre la montaña para batir nuestra retaguardia y cortar nuestras comunicaciones con Bellegarde, según apuntamos antes.

Inmediatamente dispuso el Teniente General D. Juan Curten sahliese a atacarles un grueso destacamento de infantería y algunos caballos; trabándose la acción con un fuego muy vivo por ambas partes. Los nuestros consiguieron arrollar a la infantería enemiga y tomarles sus cañones. Nuestra caballería desbarató la formación de los enemigos, aniquilándola, trayéndose 14 prisioneros, con tres oficiales, y dejando algunos muertos en el campo de batalla, siendo lamentable el hecho de que por nuestra parte, enardecidos algunos por la violencia del ataque, no atendieran al toque de retirada y quedasen cortados y hechos prisioneros 16 soldados de caballería, entre ellos el Capitán del regimiento de Algarbe D. Gaspar de Montoya y el Teniente de Lusitania D. Francisco Miraball.

Concluida esta acción, dieron parte al General Ricardos de que dos grandes columnas de enemigos se dirigían sobre nuestra izquierda, y como este aviso le causara algún cuidado, envió a uno de sus ayudantes de campo a observar y reconocer los movimientos del enemigo, disponiendo que la infantería saliera a ocupar sus puestos y que todos se enterasen de las ventajas que por la derecha había conseguido nuestra caballería, advirtiéndoles de cómo el general en jefe confiaba en que tanto la infantería como la caballería llenarían su cometido, **tal como lo tenían acreditado**.

A muy poco tiempo cargaron algunos de los enemigos sobre la batería de la izquierda, llegando a tiro de fusil a ella; pero saliendo prontamente las compañías de granaderos de Guardias españolas, sostenidas de los batallones, se retiraron los franceses con escarmiento, no pudiendo soportar el fuego de nuestra artillería, que hubo de

abrirse contra ellos cuando nuestra tropa se había separado. Los disparos de nuestras piezas hicieron algún estrago en los enemigos.

Mas este ataque tenía un carácter puramente demostrativo, a fin de distraer la atención de los nuestros y facilitar la marcha de su cuerpo principal de tropas a lo largo de las montañas, en dirección al Pertus, para cortarnos, como antes dijimos, la comunicación con Bellegarde. Al instante mandó el General Ricardos que el Brigadier Conde del Castrillo, con su regimiento de Infantería ligera de Cataluña, se dirigiese por un lado, mientras por otro el Brigadier don Francisco Solano, con su batallón de Soria y dos compañías de granaderos de Burgos, y juntamente con el Coronel D. Antonio Porta, al frente del batallón de Vallespir y de 200 hombres del primer batallón de Barcelona, mandados por el Marqués de Milán, se encaminasen a ocupar las alturas inmediatas al citado col de Pertus, desbaratando así los planes del enemigo.

Afirma nuestra información oficial que tal cual fuera dispuesto se ejecutó el mandato de nuestro General en Jefe, y que los franceses contuvieronse, haciendo prisioneros por una partida nuestra de caballería a un oficial francés que iba haciendo la descubierta. Pero la información extranjera declara que, si bien estas fuerzas que se indican pusieron a nuestro puesto de Saint-Christophe al abrigo de todo golpe de mano, sin embargo, no pudieron impedir que los franceses atravesasen el Tech, y Delattre estableciese 2.000 hombres frente a esta posición, ocupando sin dificultad, a pesar de nuestros disparos, el pico d'en Mitgdie (del Mediodía) y dando orden de comenzar a retaguardia de este pequeño campo la reparación del antiguo camino que conducía hasta el col de Banyuls, a lo largo de la cresta de la cadena. Afirma Fervel que "desde lo alto de estas montañas, el aspecto de este campo abierto por su garganta no fué para nadie un **rayo de luz** (un trait de lumière); es decir, un acierto.

Nuestra información declaraba que en la tarde del día 5, algunos desertores de los enemigos se habían pasado a nuestro campo, contestando a nuestras preguntas unánimemente y declarando que habían tenido en las tres acciones más de 2.000 bajas, entre muertos, heridos y prisioneros, sin contar las pérdidas experimentadas por más de 1.000 fugitivos que habían desertado a lo interior del país.

Día 6 de octubre.—Movimiento de los enemigos hacia Espollá y salida de un destacamento nuestro a cubrir esta parte de la frontera

DIA 6 DE OCTUBRE.—MOVIMIENTO DE LOS ENEMIGOS HACIA ESPOLLA Y SALIDA DE UN DESTACAMENTO NUESTRO A CUBRIR ESTA PARTE DE LA FRONTERA.—A continuación del fracaso del intento enemigo en el día anterior, su fuego de artillería continuó en la jornada de este día 6, siendo contestado por el de la nuestra. Desde el puesto establecido en la ermita de San Lucas, observaron los nuestros cómo los franceses variaban la posición de sus tropas, tras-

iadándolas de unos puestos a otros. Al llegar la noche, se advirtieron muchas y frecuentes fogatas en lo más alto de las montañas de la derecha, que separan el Rosellón de España, por la parte de Espollá, y pudo observarse que, para proteger la subida a estas alturas, habían asehtado los enemigos una batería a la vista del lugar de Montesquieu.

Para resguardar por esta parte la frontera de España, mandó el General en Jefe que, este mismo día 6, saliese el Coronel D. Ildefonso Arias de Saavedra con el Regimiento de Valencia y dos batallones que se le unirían a su paso por Figueras y fuese a ocupar las alturas de Espollá para impedir la entrada de los franceses por la parte de Banyuls-sur-Mer.

Día 7 de octubre.—Ataque de los españoles a una batería enemiga asentada en las alturas de Montesquieu, y cuarto ataque de los franceses a nuestros puestos

DIA 7 DE OCTUBRE.—ATAQUE DE LOS ESPAÑOLES A UNA BATERIA ENEMIGA ASENTADA EN LAS ALTURAS DE MONTESQUIEU, Y CUARTO ATAQUE DE LOS FRANCESES A NUESTROS PUESTOS.—La batería francesa asentada en las alturas vecinas a Montesquieu había de asegurar, según el propósito de Delattre, y en correspondencia con la orden que había recibido de D'Aoust, para atacar a dicha posición, la conquista de la misma.

Habiéndose convertido nuestro campo des Trompettes en el objetivo principal de las preocupaciones del General D'Aoust, para destruir a cañonazos este campo de modo que el enemigo no pudiera contar más con él, empleó toda la jornada del día 7 en asentar en batería, delante de Banyuls-les-Aspres, una pieza de 24, otra de 16 y dos obuses de ocho pulgadas. Pero apreciando el General Ricardos que esta batería **podría incomodar mucho nuestros establecimientos**, mandó a D. Juan Curten, comandante de la derecha, la atacase y a toda costa desalojase de ella a los enemigos.

Curten dió tan buenas disposiciones durante la mañana del día que nos ocupa, que, gracias a ellas, con algunas compañías de granaderos, los batallones de guardias walonas y de otros Cuerpos y con la caballería preparada en el llano, logró tomar las alturas a retaguardia de los enemigos, y atacándolos vigorosamente consiguió apoderarse de su batería y desalojarlos, persiguiéndolos, haciéndoles prisioneros a un oficial y cuatro soldados, y obligándoles finalmente a retirarse y establecerse en otra altura más distante, dejando en el campo muchos cadáveres. Terminada la acción, Curten dispuso se construyera en el mismo lugar de Montesquiou una batería, que dejó al mando del Brigadier D. Eugenio Navarro. En esta jornada del día 6 se distinguió la caballería, la cual, sostenida por la infantería, pudo deshacer las formaciones francesas, apoderándose de su artillería. Como vemos por este hecho y otros semejantes acaecidos durante esta campaña del Rosellón, el carácter que pudiéramos llamar **integral** correspondiente al desarrollo del combate moderno se ma-

niesta ya de un modo claro y terminante; la acción militar reclama para su pleno desarrollo y para lograr la consecución de un éxito positivo el concurso armónico de las tres armas y la oportuna asistencia de los elementos auxiliares, y no obstante las limitaciones que desde todos los aspectos tiene todavía la utilización y desarrollo del fuego de la artillería y de la fusilería y la importancia mantenida por las armas blancas, la preparación del combate por el cañoneo de las posiciones enemigas, el empleo de las descargas cerradas de los pesados fusiles de la infantería y la explosión de las granadas de mano, como medios imprescindibles y eficaces de la lucha, se manifiestan ya en toda su realidad e importancia, no creyendo que por estas y otras muchas razones nuestro ejército a finales del siglo XVIII pueda ser estimado como un elemento de combate en condiciones de inferioridad respecto de los otros ejércitos europeos. No es la primera vez que hacemos esta consideración, ciertamente; pero insistimos en ella porque por mucha que sea nuestra obsesión de querer combatir errores y falsos conceptos de los escritores extranjeros de toda clase, militares y civiles, sobre nuestras cosas, mayor es todavía la contumacia de casi todos ellos en sostenerlos y divulgarlos, y es así, por consiguiente, por lo que no es tan sólo un interés particular o patriótico el que nos fuerza a proceder de esta suerte, sino que a ello nos impulsa el mismo sagrado deber de dejar al descubierto y en sus verdaderos términos planteada la **realidad histórica**.

Pero no fueron los relatados los únicos acontecimientos acaecidos durante esta jornada. "En este día—aseguraba nuestro comunicado oficial del día 7—fué más reñido y tenaz el empeño de los enemigos en ganar y mantener las alturas próximas a las que ocupa el Brigadier Marqués del Castrillo, y más constante el tesón de nuestra tropa en desalojarlos y batirlos, a pesar de la superioridad del enemigo y de la ventaja que les llevaba con los cañones pequeños de montaña que tenían. Viendo Castrillo que una columna enemiga se dirigía hacia su frente y otras dos por derecha e izquierda, y que iba a ser atacado por todas partes, dispuso su tropa oportunamente, dejando un Cuerpo de reserva para acudir a donde lo necesitase."

Fervel asegura que en la tarde de este día pudo por un instante creerse que una acción decisiva iba por fin a cortar las miserables triquiñuelas a que estaban entregados los generales franceses. En efecto, a las cuatro de la tarde principiaron las avanzadas francesas a romper el fuego contra nuestras posiciones, sufriendo Castrillo el primer ataque enemigo, llevado a cabo por la columna que avanzaba contra su flanco izquierdo. Bien pronto lo fué también por su frente y asimismo por su flanco derecho. Tratóbase, por lo tanto, de un plan de ataque general, comprensivo de un asalto central simultaneado por envolvimiento de las dos alas. Viéndolo así el Marqués de Castrillo, adoptó una resolución extrema y se lanzó sobre el campo de Mitgdie; pero sus defensores se dispusieron a contener el ataque y lo rechazaron con tanta vivacidad, que faltó poco para cortar la retirada de los nuestros. Según el historiador francés, hubieran los suyos acaso héchose dueños de nuestra posición de Saint-Christophe, que empezaban ya a asaltar, si hubiesen sido auxiliados por la bri-

gada de Collioure o por cualquier refuerzo destacado de la misma, pero, sin duda alguna, el empuje francés no debió de pasar de aquí, por cuanto el Marqués de Castrillo, hasta las ocho de la noche, pudo mantenerse en sus posiciones haciendo fuego, en contestación al que el enemigo mantuvo vivo hasta dicha hora.

Atacado Castrillo por su derecha y amenazado por su retaguardia, no dejó de encontrarse en una posición crítica, y tal vez se hubiera visto forzado a rendirse si el coronel del regimiento de Soria, D. Francisco Solano, no le hubiera enviado una compañía del mismo, la cual valientemente logró rechazar el ataque francés con verdadera energía. Según Fervel: "Delattre no vió en el comienzo de este éxito momentáneo de los suyos otra cosa que una favorable ocasión para recuperar la batería que había perdido durante la mañana, y no se preocupó de otra cosa más que de añadir otras dos sobre la misma linea".

Sin duda alguna, los franceses, al ver fracasado su intento, tuvieron que retirarse a sus antiguas posiciones. Según nuestro comunicado oficial, el Marqués de Castrillo elogió el valor y tesón con que se portó en esta acción la tropa y oficialidad de su mando, y particularmente las dos compañías de granaderos de Burgos, que con parte del batallón de Tarragona sostuvieron un boquete por donde cargó la mayor fuerza enemiga. El mismo Castrillo, con su sable desenvainado, colocó personalmente en este puesto a las tropas que habían de defenderlo, y en efecto éstas contuvieron y deshicieron al enemigo, que a toda costa quería penetrar por este lado. También se hizo digna de admirar la actividad con que D. José Falqués, capitán del regimiento de Infantería del Príncipe, se parapetó con piedras en el puesto que se le había confiado, no obstante no disponer de los útiles necesarios, pudiendo hacerlo gracias a su mucho espíritu e infatigable trabajo y contribuyendo de semejante modo al buen éxito de esta acción.

Aseguraba la información francesa que los suyos habían podido recuperar la batería perdida en la mañana anterior, y declara la nuestra que en este combate tuvimos nosotros dos muertos y dos heridos de las citadas compañías de granaderos y 10 muertos y 11 heridos del batallón de Tarragona, entre éstos el cadete del regimiento de Infantería de la Reina D. Antonio Bernech, agregado a dicho batallón, y el distinguido del propio Cuerpo D. Juan Recaséns, que se portaron con el mayor lucimiento durante toda la acción. Nuestro comunicado oficial fijaba la pérdida de los enemigos en unos 80, entre muertos y heridos, habiéndoles hecho 14 prisioneros. El diario francés fija en 30 el número de sus muertos y algún herido más, y asegura que nosotros perdimos cerca de 50 hombres. Positivamente, como resultado de la jornada, los españoles quedaron dueños de Saint-Christophe, y los franceses, del col Fourcade y de la parte de cresta montañosa a retaguardia de este pico.

Durante el día 8 sigue el fuego de los franceses al Boulou, sin conseguir ventaja alguna

DURANTE EL DIA 8 SIGUE EL FUEGO DE LOS FRANCESES AL BOULOU, SIN CONSEGUIR VENTAJA ALGUNA. — Amaneció tranquilo este día, viéndose tan sólo partidas enemigas sobre las colinas, que de vez en cuando disparaban alguno que otro tiro contra nuestras posiciones, pero al llegar el mediodía empezaron los franceses a hacer un vivísimo fuego desde la batería asentada en Banyuls-les-Asprés contra nuestro campo y Cuartel General del Boulou, matando dos caballos de la brigada de Carabineros Reales en su propio campamento. En vista de ello, dispuso el General Ricardos que la brigada trasladase su campo a otro paraje menos expuesto, y para contrabatir el fuego de la batería francesa, que constaba de siete cañones, uno de ellos de 36, y dos obuses, se construyese en el puesto de Banyuls, una batería nuestra de seis cañones de 24 y dos morteros, con cuyas piezas podía incomodarse mucho al Cuartel General de los franceses, que tenían establecido en el referido Banyuls-les-Asprés.

Nuestra información oficial no relata acontecimiento alguno fuera de los señalados, pero nos informa Fervel de cómo en esta ocasión, llegada la noche, los nuestros cometieron la falta de dejar encomendada la guarda de esta contrabatería a un destacamento de 60 hombres. Advertidos de ello los franceses, trataron de aprovecharse de esta imprudencia nuestra. El General Delattre ordenó a sus tropas avanzar sigilosamente hacia la batería española, y ya 2.000 de ellos habían llegado hasta las piezas sin ser reconocidos y los artilleros españoles se disponían a huir sin haber tirado un solo tiro de fusil, cuando los franceses, presos de inexplicable pánico, se desbandaron ignominiosamente, no pudiéndose reunir en otro punto que no fuese aquel mismo de donde habían partido.

Para el ejército de la Revolución, el hecho constituía una afrenta vergonzosa. Los representantes, airados, dieron órdenes inexorables: todos los oficiales fueron acusados personalmente como responsables de los actos de debilidad cometidos por sus subordinados, y todos los soldados de su mismo batallón, considerados como cómplices si no los denunciaban, no ya por actos de verdadera cobardía, sino tan sólo por simples palabras de descorazonamiento comunicadas a sus camaradas. Finalmente, se decretó la suspensión de todos aquellos ataques, que hasta aquel momento habían sido tan estériles, y se acordó la celebración de un Consejo de Guerra.

Período de seis días de inacción, desde
el 9 hasta el 13

PERIODO DE SEIS DIAS DE INACCION, DESDE EL 9 HASTA EL 13.—Efectivamente, durante este breve período la actividad quedó paralizada en el campo de batalla, y en todos estos días, según declaraba nuestra información oficial, los enemigos se limitaron a hacer fuego con sus baterías, al que respondieron las nuestras, estableciéndose diariamente pequeñas acciones entre las avanzadas y partidas de guerrillas, que siempre nos tenían en movimiento. En una descubierta fué hecho prisionero el Coronel D. Pedro Llamas, comandante de la batería de la izquierda. Como puede comprenderse, este plazo de tiempo se aprovechó para ir perfeccionando las baterías nuestras, levantando más los parapetos, construyendo espaldones para evitar que las piezas del enemigo las enfilase y revistiendo las con sacos y fajinas, empezando la tropa a construir algunas barracas en los campamentos que en las alturas de San Juan de Albera y en las llamadas de San Cristóbal estaban establecidos; efectuando idénticas operaciones para poner las tropas a cubierto de las inclemencias del tiempo en las baterías asentadas frente al Boulou, pues el rigor del invierno, que se aproximaba, empezaba a causar algunas enfermedades, pasando de 10.000 los enfermos que ya había.

Acuerdo tomado en el Consejo de guerra, según las inspiraciones de Fabre

ACUERDO TOMADO EN EL CONSEJO DE GUERRA, SEGUN LAS INSPIRACIONES DE FABRE.—Reunido el Consejo de Guerra que, como dijimos anteriormente, hubo de convocarse como consecuencia de los resultados de la jornada del día 8, establecióse en él como principio fundamental que debiera regir el planeamiento de toda acción que se proyectase llevar a cabo, el que la toma de Montesquiou debía preceder a la ocupación de los Alberes. Y en consecuencia con esta determinación, decidióse por unanimidad que teniendo en cuenta la concentración de los españoles sobre su ala derecha y la fortaleza de sus atrincheramientos en Montesquiou, era necesario por el momento renunciar a este punto de ataque y atacar de improviso sobre la otra extremidad del campo, siempre como objetivo el Puig Scingli, pero envolviéndole por las alturas que se alzaban al Oeste. De la conquista de estas alturas se prometían los resultados más maravillosos, tales como el de incendiar el campo enemigo, bombardeándose el Boulou, y cortar las comunicaciones entre nuestro Cuartel General y el Vallespire. También se empezó a hablar de una expedición por las costas del Ampurdán, combinada con una irrupción de Dagobert en las montañas del Alto Aragón. Y entregados de lleno los franceses a todas estas risueñas esperanzas, veían ya a los españoles lanzados sobre ambas extremidades de los Pirineos, apresurándose en abandonar los alrededores de Bellegarde, que, como era lógico, tendría que caer en sus manos.

Contra lo que pudiera suponerse, dada la rapidez y unanimidad con que fué tomado el acuerdo, el ataque a Puig-Scingli, lejos de ser dispuesto para un plazo breve, no lo fué hasta la noche del 14 del mes de octubre y viniendo a desarrollarse en la forma que vamos a relatar.

Combate de la Batería de la Sangre

COMBATE DE LA BATERIA DE LA SANGRE. — Este combate, uno de los más señalados de la campaña de que estamos tratando, está descrito en el diario oficial español bajo el título de "Quinto ataque de los enemigos, que fué general y repetido por tres veces en la batería de la izquierda en el Boulou".

La vanguardia española tenía apoyada la izquierda de su frente en un reducto establecido sobre un mamelón de escaso relieve situado en la parte superior del Puig-Scingli, sirviendo de punto de separación entre la arista que aparece inclinada hacia el Este y una pequeña meseta que lo hace en sentido contrario. Nuestra línea de vanguardia coronaba el Puig-Scingli, y la defensa de la posición estaba encomendada a un bravo oficial de la milicia provincial llamado Tarranco, teniente coronel, según Fervel, pero que gracias a nuestra información oficial sabemos lo era del regimiento Infantería de Soria, habiéndose encargado del referido mando de la posición a causa de haber sido hecho prisionero el Coronel D. Pedro Llamas, que la mandaba. El puesto hallábase guarnecido por cuatro batallones de granaderos provinciales, los de las milicias de Málaga y Córdoba y el primero de Murcia, afirmando nuestra información oficial que **en todo componían sólo unos 1.500 hombres escasos.**

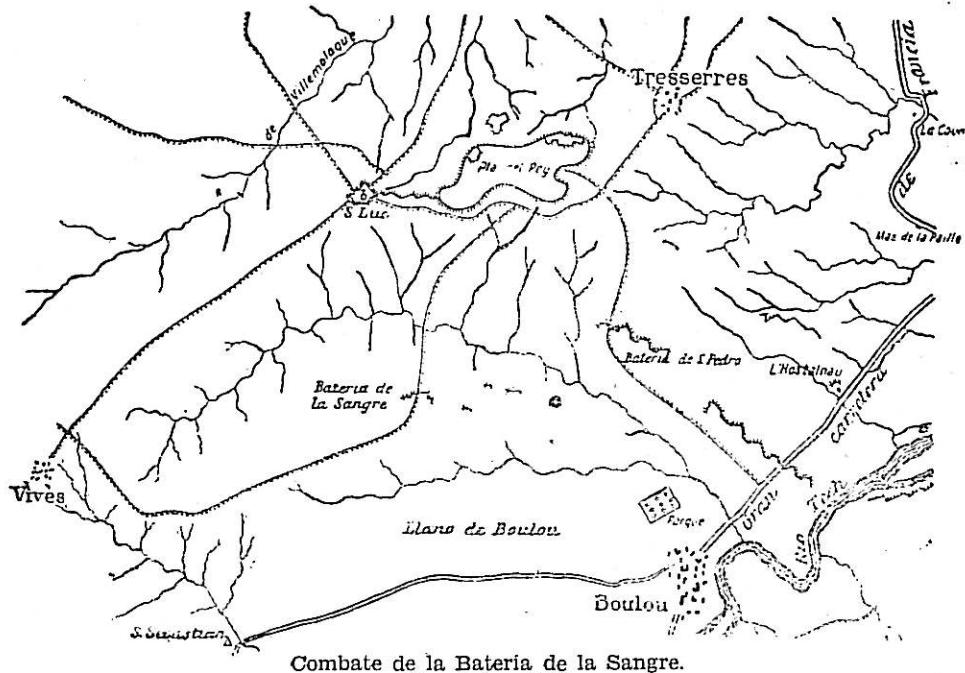
Despliegue del Ejército francés

DESPLIEGUE DEL EJERCITO FRANCES. — El día 14 de octubre, a la caída de la tarde, el ejército francés comenzó lentamente y en silencio a desplegarse a lo largo de un frente comprendido desde la cresta de los Alberes hasta Céret, y terminado este movimiento, hacia las diez y media de la noche, a una señal prevenida, lanzóse repentinamente al ataque, envolviendo el amplio semicírculo de fuego formado por el recinto de la posición.

El ataque de los enemigos empezó por el Cuerpo de la derecha de la otra parte del río Tech, el cual estaba mandado por el Teniente General D. Juan Curten, atacando el pueblo de Montesquiou, que defendió con su acostumbrada serenidad y acierto el Brigadier D. Eugenio Navarro. Empezó a las diez y media de la noche, en medio de una espesa niebla, que aumentaba aun más la natural oscuridad reinante. Dió Curten inmediatamente aviso al capitán general de cuanto ocurría, y éste, al oír los tiros de la artillería y de la fusilería en la otra parte del río, salió hacia el camino de Perpiñán, acompañado de los Tenientes Generales Duque de Osuna y Conde de la Unión,

del Cuartel Maestre General y de los mayores generales de Infantería y Caballería, y "habiendo reconocido el terreno y observado el fuego del enemigo, conceptuó ser falso el ataque que se estaba realizando contra las tropas de Curten, siendo su objeto tan sólo el que Ricardos se desprendiera para socorrerlo de una parte del corto número de tropas que en el campo del Boulou se hallaban concentradas, y de este modo atacar con más ventaja los dos puntos más principales de la batería que a la vanguardia y a nuestra izquierda era en aquella noche su principal empeño.

"Parecieron al pronto algo aventuradas estas reflexiones—declara nuestra información oficial—porque, en los puestos del Boulou,



no se oían tiros ni se descubría movimiento que indicase algún ataque y, al contrario, se estaba viendo un vivísimo fuego de cañón y fusilería que tenía circundadas de todas partes las alturas en donde estaba Curten defendiéndose bizarramente; pero Ricardos, afirmándose más en este concepto, sin embargo de que Curten en los repetidos partes que le daba, le pidió refuerzos de tropa para sostener aquel puesto, le mandó que le enviase luego con la mayor presteza 200 caballos y un batallón de guardias walonas que le sobraba y que, haciendo repasar el río a esta tropa, viniesen sobre la marcha a los campos del Boulou para acudir al paraje donde hiciesen los enemigos el mayor esfuerzo."

No falta, por lo tanto, a la verdad Fervel, al declarar que, la noche, la aspereza del terreno y su extensión, hacían bien difícil discernir cuál fuera el punto verdaderamente amenazado. Desde luego, estimando, dada la debilidad de los intentos sobre sus dos extremida-

des, que no era ni del lado de Montesquieu ni del de Cérét, por los que había de estallar la tormenta, Ricardos organizó unas reservas en el centro de sus líneas, hizo encender grandes hogueras a las avanzadas y esperó.

En tanto que ocurría todo esto, por el camino de Céret amenazaron igualmente los franceses; pero conociendo nuestro General que éstos no se atreverían a un ataque por el llano, siendo nosotros tan superiores en caballería, no les opuso sino un Cuerpo de ella a las órdenes del Mariscal de Campo Barón de Kessel, quien atacó y deshizo sin resistencia alguna un Cuerpo de caballería enemiga.

De igual modo, a poco rato, se observó que los enemigos amenazaban por el frente de nuestro campo con apariencia de disponer de tropa y efectiva artillería, empezando a hacer un fuego enfilando el camino real de Perpignán y la derecha del campamento. Pero, persuadido el General en Jefe de que tampoco le atacarían formalmente por aquella parte, ordenó que sólo saliese alguna caballería y el quinto batallón de guardias españolas que guardaba las baterías del frente, pudiendo acudir con facilidad a la vanguardia y hacia su izquierda, que, como dijimos antes, era el principal objeto de su ataque, razón por la cual reforzó lo que pudo estos puestos, esperando serenamente el desarrollo de los acontecimientos.

Llegadas las doce horas de la noche, el Alto Mando francés decidió llevar a cabo el ataque formal a la posición elegida como punto principal de la acción. La columna dispuesta al efecto se componía, según Fervel, de 5.000 hombres elegidos; pero, según nuestro "Diario Oficial", estaba compuesta de 6.000 de ellos a que hacían cabeza los dos Cuerpos llegados el día antes de la Lorena, llamados de Kellerman, y la mitad de la Legión de la Mosela. Dada la orden oportuna, los franceses, saliendo de los barrancos en donde habían estado escondidos, lanzáronse bruscamente sobre el reducto de referencia, llegan a sus pies, lo abordan-y después de un ataque furioso durante bastante tiempo contenido, logran apoderarse de la batería española.

Con razón podía decir nuestro comunicado oficial que "a las doce de la noche se vieron ya verificados los recebos del General, pues los enemigos atacaron la última batería y las alturas a nuestra izquierda con el mayor empeño". Recordaremos que la posición estaba guardada por cuatro batallones de granaderos provinciales, las milicias de Málaga y Córdoba y el primero de Murcia, componiendo escasamente unos 1.500 hombres. Al verse atacado el jefe de la posición, el Teniente Coronel D. Francisco Taranco, ayudado por los Tenientes Coronel D. Jerónimo Cediel, D. Juan Ochayta, D. Tiburcio Cartelen, D. Miguel Sancedo y el Ayudante de Campo del General don Alonso Díaz Manso, que llegado al tiempo de la acción ayudó mucho como segundo al comandante de la posición, animando con su ejemplo a la tropa, tomó las mejores disposiciones, realizando una defensa gloriosa, rechazando al enemigo por cuantos puntos intentaba penetrar.

Pero breve fué el tiempo en que la posición se mantuvo en su poder. El hecho no constituía más que el primer acto del drama sangriento que comenzaba a desarrollarse. Animados los nuestros con

el ejemplo de sus oficiales, en medio de la oscuridad de la noche, reaccionaron prontamente, y lanzándose con heroica bravura a la reconquista de la posición perdida, lograron recuperar la batería, arrojando de ella a los franceses. Estos, encarnizados más y más y decididos a recuperar a cualquier costa el puesto perdido, repitieron el asalto, logrando por segunda vez hacerse dueños del mismo y obligando a los nuestros a descender al pie de su falda, no pudiendo contrarrestar la superioridad francesa. Mas reunida a poco rato toda nuestra gente como en la anterior ocasión, cargaron con tal ímpetu a los enemigos, que volvieron a desalojarlos de la batería, llegando la obstinación de éstos a tal extremo, que a pesar de las muertes experimentadas insistieron en recuperar por tercera vez la posición perdida, consiguiéndolo así gracias a haber desplegado una energía tal, que nuestra información la califica de **furor desesperado que no tiene semejanza**. Resumiendo, por lo tanto, cuanto acaba de reseñarse, indicaremos a nuestros lectores, según lo hace dicha información, cómo, por tres veces, perdió esa noche Taranco la batería y otras tres logró recuperarla, rechazando siete ataques y, al último, apuradas sus municiones, mezclado con los enemigos, continuó hora y media defendiéndose a la desesperada con el arma blanca hasta que hubo de ceder la última vez, sosteniendo un costado de la batería con un valor brillante y firme y sólo dos cabos, el Teniente Coronel don Juan Ochayta, capitán de granaderos provinciales de la división de Castilla.

Durante seis horas, en un flujo y reflujo de asaltos y combates, los españoles se mantuvieron con una continuidad y encarnizamiento sin ejemplo. Posesionados finalmente los franceses del reducto, engrapados o incrustados en él, parecían definitivamente dueños de su recinto; pero el intrépido Taranco, según describe Fervel, hace alto fieramente a algunos pasos del campo de batalla con los valientes que le quedan. Por un momento la situación del Teniente Coronel Taranco parece indefectiblemente perdida, mas, lejos de ser así, fué bien pronto salvada.

Recordaremos que el General Ricardos, al iniciarse la acción, a las once de la noche, había pedido a Curten le enviase un batallón de guardias walonas. Habiéndose presentado esta tropa a nuestro General en Jefe, éste mandó que inmediatamente fuera a reforzar la batería de la izquierda, que suponía todavía en poder nuestro, y una vez llegada allí, obrase reunida con las demás fuerzas que tenía a su mando el Teniente Coronel Taranco. Este batallón, sin la compañía de granaderos, constaba de 300 hombres tan sólo, mandados por tres oficiales: D. Francisco Javier de Krevenkel, D. Federico Konogsek y D. Luis Lausieres.

Iba ya a despuntar el día, y la naciente luz hubiera hecho ver a los enemigos que apenas tenían por contrarios 600 hombres sin municiones, cuando llegó oportunamente el batallón de guardias walonas. Incorporado a su destino, Taranco les ordenó atacar la batería con el mayor denuedo, ayudados del resto de la tropa que se mantenía a sus órdenes. Los walones, sin embargo de venir de una marcha de cerca de dos leguas, iniciaron el ataque, y presentándose ante el enemigo,

respondieron en francés al "¡Quién vive!" de las centinelas, ganando de este modo con tal engaño el terreno que les separaba de la batería. Advertidos los franceses, les hicieron una descarga, y entonces los walones, correspondiendo con otra al grito de "¡Viva el Rey!", se arrojaron con el corto número de nuestra tropa, cargando a la bayoneta con tal ímpetu y denuedo, que ahuyentaron a los enemigos al amanecer, causándoles una gran pérdida, ya que, descorazonados del todo, hubieron de resignarse a abandonar este terrible campo de batalla.

"El suelo estaba cubierto de cadáveres, entre los cuales se contaban más de 150 franceses", declara el escritor francés tantas veces mencionado. La mayor parte de ellos pertenecía a una legión que acababa de llegar de la Moselle y que fué casi del todo destruida, pues hubo de dejar, aparte de los muertos, en nuestras manos, su coronel gravemente herido, nueve oficiales y 179 soldados. Este coronel de la legión de la Moselle era inglés, según nuestra información oficial, y ateniéndonos a sus datos, se pasaron 82 desertores y se tomaron muchos fusiles y despojos de que quedó cubierta la batería, siendo 200 el número de franceses que se encontraron muertos en la posición, además de otros 40 cadáveres tendidos en el camino. Los heridos franceses, según relación de los desertores que en los días sucesivos se nos pasaron, llegaban a 600. Por nuestra parte, hubo 46 muertos y 150 heridos, entre ellos cuatro oficiales. "Por el plano de la batería—declara nuestro comunicado oficial—corrían arroyos de sangre de los cadáveres y estaban salpicados de ella los sacos del revestimiento y las cureñas, de tal suerte, que desde hoy se llamó a este puesto la **batería de la Sangre**".

No falta, por lo tanto, a la verdad Fervel al declarar que fuimos nosotros los que dimos tal nombre al terrible reducto, del que pudo contemplar todavía los vestigios en sus viajes de exploración por los lugares de la lucha.

No fué el punto anteriormente indicado el único en que hubo de mantenerse viva la acción militar. Al propio tiempo que los franceses empeñaron los asaltos que se han descrito, se presentaron en gran número ante las posiciones de vanguardia para atacarlas a la vez, según la combinación que luego se supo de su plan. Era el comandante de ellas el Mariscal de Campo D. Joaquín Palafox, quien, según nuestra información oficial, "con un ardid los estuvo conteniendo toda la noche". Consistía este ardid "en mandar se encendiesen por todo el terreno adonde llegaban sus avanzadas unas grandes hogueras preparadas con camisas embreadas y fajinas, con lo cual se consiguió ver desde su baterías y descubrir al enemigo siempre que se acercaba; obligándole a pasar, casi a la desfilada, por las hogueras que había; alejándolo de la artillería cuando quería penetrar en nuestros puestos, lo que estuvo intentando toda la noche sin conseguirlo, merced al ardid antes indicado, por lo que todo quedó reducido a un mero tiroteo sin llegar a las manos."

Comentario a la operación anterior

COMENTARIO A LA OPERACION ANTERIOR.—Del anterior relato se ve con qué razón podía nuestro comunicado oficial de los días 14 y 15 declarar que "éste fué el día en el cual los franceses llegaron al colmo de su temeridad y obstinación en unos ataques tan desesperados y sangrientos que tendrá pocos ejemplares en la historia militar, y éste fué también el día en que llegó el General Ricardos a hacer ver su pericia y talento militar penetrando en la oscuridad de una noche el verdadero ataque de los falsos y salvando de este modo al ejército".

Hay que reconocer que, en términos generales, la situación de nuestras tropas frente a las del enemigo no podía ser más desfavorable. Los enemigos—declara nuestra información oficial—, desde el 22 de septiembre último en que acaeció la batalla de Truillas, no cesaron de reforzarse, y pudieron, en el término de veinticuatro días contados desde ella, verificar tres ataques generales y once particulares de Cuerpos considerables que constantemente fueron batidos."

Por el contrario: "El ejército español, disminuido en términos extraordinarios por el exceso de las enfermedades que, aunque no mortales, eran largas. Hacía veinticuatro días que no dejaba las armas de la mano y pasaba las noches en vivac para poder sostener, como lo ha hecho gloriosamente, el tenaz empeño de los enemigos en tanto combate y movimientos amenazadores de invasión sobre varios puntos de la frontera".

El intento realizado en la noche del 14 al 15 de octubre constituía un ataque general por seis puntos diferentes. Así lo afirma nuestra información oficial y, comentando el hecho, sigue diciendo: "Proyecto temerario y de difícil éxito en otras circunstancias, pero que, atendidas las del exceso de sus fuerzas y conocimiento parcial del terreno, por ser la mayor parte gente de los departamentos vecinos; la dificultad de discernir en la oscuridad de la noche la distancia y áspera comunicación de los puntos atacados, los verdaderos de los falsos ataques, y la contingencia de desguarnecer unos puntos para reforzar otros, debilitando quizás de este modo el atacado formalmente para socorrer al que no lo era, sino en la apariencia, les dió la esperanza de triunfar en algún punto, lo que hubiera bastado para dominar nuestro campo y obligar al General Ricardos a abandonarlo".

Esta última declaración de nuestro relato oficial nos da la señal evidente de la crítica situación en que se encontraba nuestro ejército en el campo del Boulou, cuando la pérdida de nuestras posiciones en algún punto hubiera sido suficiente para poner al enemigo en condiciones de dominio sobre el mismo y hubiera obligado, por consiguiente, al General Ricardos a tomar tan radical y expuesta determinación de retirada al mismo. Pero, no obstante la realidad de todas estas circunstancias y el acierto, valor y buen orden desplegado tanto en las órdenes dictadas por el Mando francés como en la conducta de las tropas republicanas, la resistencia y el arrojo de nuestros soldados y el talento militar de su General en Jefe, pudo dar

satisfactoria solución a trance tan desesperado. "El General Ricardos—declara nuestra información oficial—estuvo toda la noche sin sosiego un instante, recibiendo partes de los puestos atacados, cuyos comandantes le pedían con instancia refuerzos de gente, creyendo que por allí iban a penetrar los enemigos..." Tan apremiantes instancias hubiera sin duda alguna desconcertado a cualquier general de mediana valía, mas no fué así con el nuestro: "El General tenía poca tropa para atender a la vez a tantos puntos y le era indispensable sacar gente de unos puestos para acudir a los que él creía más expuestos, y así estuvo recorriendo sin cesar las líneas haciendo que en todos ellos se aparentase más gente que la que en realidad había; por si el enemigo, hallando alguno débil, se quisiese aprovechar y romper nuestra línea, estableciéndose en alguna batería de ella, y tomando una sola, aunque en todos los demás puestos hubiésemos salido victoriosos, hubiera sido infalible la pérdida del ejército a causa de que hallándose todas nuestras posiciones en las alturas inmediatas al Boulou, la posesión de cualquiera de ellas hubiera facilitado al enemigo dominar y enfilar el Cuartel General, siendo, en este caso, muy aventurado poder retirarse el ejército con el grueso de los equipajes y un tren tan pesado de artillería, teniendo que atravesar un río a su espalda. Pero la penetración de Ricardos y darse cuenta en la oscuridad de la noche de cuáles eran los verdaderos ataques, desbarató las ideas del enemigo, que no cesó de admirar su tino, como así lo manifestaron los prisioneros y desertores que se pasaron, refiriendo la gran sensación que causó al general francés ver cómo Ricardos, penetrando su plan, desbarataba su temerario y arrojado proyecto".

Hemos calificado de acertadas las órdenes dictadas por el Mando francés y hemos puesto de manifiesto el valor y el buen orden desplegados en esta ocasión como en ninguna otra por los soldados de la Revolución. Sin duda alguna, la elección del Puig-Scingli como punto principal de ataque, no podía ser más acertada, pues así el enemigo podía evitar la penetración en los precipicios de la Valmagne y atacarnos en un punto que, desde luego, venía a constituir la llave de todos nuestros atrincheramientos establecidos en la orilla izquierda del Tech. Sin embargo, Fervel opone al acierto en la elección del plan dos reparos: uno de ellos, acusando a Fabre de no haber sabido obrar con aquella rapidez que muchas veces suple en la guerra a la oportunidad de las concesiones, como lo hubiera sido en esta ocasión al atacar el Puig-Scingli sin más tiempo de retardo que el preciso para dictar las disposiciones que el caso requería. Además, y este es el segundo reparo hecho por el historiador francés, para distraer la atención de los españoles, ellos debieron repartir sus demostraciones a lo largo de nuestra línea defensiva.

Nuevo período de inacción en el desarrollo de las operaciones

NUEVO PERÍODO DE INACCIÓN EN EL DESARROLLO DE LAS OPERACIONES.—Confiesa el historiador de referencia que "la laxitud del ejército francés puso finalmente término a estas inútiles escenas de carnicería. Nuestras baterías—añade—reanudaron efectivamente sus fuegos, y los continuaron sin interrupción desde la mañana a la tarde, hasta el día 19. Los españoles respondieron por su parte, pero todo ello quedó limitado a una inútil consumición de pólvora por una y otra parte".

Así viene a confirmarlo nuestra información oficial de los días 15 al 19. "En todos estos días—manifestaba—hicieron fuego las baterías de los enemigos, esforzándose en incomodarnos cuanto les fuera posible. Y las nuestras procuraron corresponderle con el propio objeto, sin atreverse los franceses a intentar otro ataque general, habiendo salido bien escarmientados, como lo prueba el hecho de no poder lograr sus jefes y oficiales que los soldados se acercaran a nuestras líneas; pero en las avanzadas y guerrillas hubo diariamente pequeñas acciones, siendo siempre ventajosas para nosotros". Estos cinco días de relativa tranquilidad fueron aprovechados en el campo español para reconstruir todas las baterías, cuyos parapetos estaban la mayor parte deshechos por el incesante fuego de las piezas; se mudaron éstas, se levantaron nuevos espaldones y quedaron todos ellos revestidos de fajinas y sacos de tierra en perfecto estado de conservación.

Movimiento de tropas enemigas hacia Céret, enviando refuerzos para defendérselo

MOVIMIENTO DE TROPAS ENEMIGAS HACIA CERET, ENVIANDO REFUERZOS PARA DEFENDERLO.—Desde el día 20 hasta el 24 estos trabajos de refuerzo de las baterías se continuaron realizando, pero noticioso el General de que los enemigos habían llevado en dirección de Céret algunos batallones, amenazando así a los lugares de Palella y Montbolulou, en cuyas alturas se habían ya dejado ver, para evitar todo golpe de mano, ordenó aumentar la guarnición de este puesto con algunas tropas más.

CAPITULO XXI

Operaciones de Dagobert en el Alto Valle del Ter

Proyectos del general francés sobre la fábrica de armas de Ripoll. Descripción del Alto Valle del Ter y cuenca correspondiente. Una columna francesa se presenta ante Camprodón y penetra en la localidad. - Otra columna se dirige hacia Rivas. - Toma de este pueblo. - El paisanaje catalán reacciona enérgicamente y rechaza a los invasores, reconquistando las posiciones perdidas. - Otro proyecto de Dagobert sobre el Alto Valle del Segre. - Conquista de Monteilla. - El general francés se ve imposibilitado de realizar su propósito. - Llegada del general en jefe del ejército francés: el divisionario Turreau. - Antes de tomar el mando visita previamente a Mont-Louis. - Ordena al General Dagobert se traslade a Perpignán con toda su división

La Fábrica de Armas de Ripoll, objetivo de los planes de conquista de Dagobert. Intenta al efecto una expedición a la alta cuenca del río Ter



CORDAREMOS que en 29 de septiembre el General Dagobert, interinamente disponiendo del mando supremo del ejército francés en los Pirineos Orientales, desairado en sus proyectos por los representantes del pueblo, hizo dimisión de su cargo, retirándose a la Cerdanya y recuperando así su independencia. Pero, como sabemos, no era Dagobert hombre que voluntariamente se sometiera a una situación pasiva. Y al ver cómo el ejército francés iba agotándose en sus vanos y sangrientos esfuerzos contra los atrincheramientos españoles del campo de Boulou, creyó llegado el momento de poder realizar uno de esos golpes de mano que tan bien cuadran con su carácter aventurero.

Nuestra fábrica de armas de Ripoll despertó desde los primeros momentos de la campaña las apetencias del general francés, acarriando para realizarlo el proyecto de descender al valle del Ter, amenazando de este modo la retaguardia de nuestro ejército del Rosellón, que se vería imposibilitado de regresar al territorio nacional al encontrar cerrados los pasos de la montaña y no pudiendo descender de la misma. Ahora bien, este proyecto de invasión no le era factible a causa de no contar con fuerzas suficientes para ello, y por esta razón vióse limitado a contentarse tan sólo con el proyecto de conquista de la referida fábrica de armas.

La situación de Ripoll revestía señalada importancia al hallarse la localidad establecida entre los dos valles de Camprodón y de Rivas, cada uno de los cuales recoge el caudal de otros dos afluentes descendidos de la montaña, formándose así en la alta cuenca del Ter, al norte de Ripoll, cuatro a modo de canales, que recogiendo las aguas del Ripart, descendiente del col de Tosas, y del Freiser, que tiene sus fuentes en las montañas de Nuria, vienen a juntarse en Rivas, formando el Fresser, que más tarde, en Ripoll, se une al Alto Ter, después de haber recogido en Camprodón las aguas del Riutort, cuyas fuentes se encuentran en el col de Prégund y en el de los Aires. De este modo, Camprodón y Rivas son como los puntos de junción de los cuatro valles citados, constituyendo a su vez los corredores o caminos que permiten, tras el paso de la cresta,

descender al citado valle del Ter, encontrando en Ripoll el centro de concurrencia de las vías indicadas.

De los cuatro caminos indicados, tan sólo el oriental, que hay que abordar del otro lado de la montaña, desde el valle del Tech, se considera como practicable. Los otros tres, de una aspereza excesiva, correspondían al Tet o al Segre, en la vertiente septentrional.

Sin duda alguna, los españoles, al ocupar el valle del Tech, podían estimar como seguro el nuestro del Ter, si bien su principal confianza estribaba en las dificultades que pudiera presentar el terreno, dada su aspereza, para toda clase de operaciones militares, no teniendo en cuenta que para Dagobert estas dificultades del terreno no representaban obstáculo alguno.

**Incursión de Dagobert el 4 de octubre en
el valle del Ter**

INCURSION DE DAGOBERT EL 4 DE OCTUBRE EN EL VALLE DEL TER.—Decidida por el citado general la realización de la empresa en la fijada fecha, su división púsose en marcha. Dagobert distribuyó sus fuerzas en dos cuerpos, uno de ellos mandado por él mismo en persona, desembocando del valle del Tet por la entalladura del Pratz-de-Balaguer, del col de Naufonds y el de las Siete Casas, había de encaminarse hacia Camprodón. El otro, mandado por el General Poinçot, debía al mismo tiempo llegar a Rivas por el camino de invierno de Puigcerdá a Barcelona, es decir, por el col de Tosas y la aldea de Planolas. El punto de encuentro de las dos columnas había de ser Ripoll.

Ciertamente, el terreno que tenía que atravesar el enemigo no podía ser más difícil ni más áspero. Podría muy bien ser calificado de impracticable. “Era preciso desfilar por rampas de una pendiente excesiva, al borde de precipicios, entre murallas de roca, por estrechuras a lo largo de las cuales frecuentemente no podrían marchar dos hombres de frente. Finalmente, en medio de una población sublevada, cuyos hábitos guerreros confirman todavía lo que Vauban decía de sus antepasados: **“Gentes un poco bribonas, amando naturalmente la escopetería y siendo su mayor placer la caza de hombres”**. Este terreno fué disputado palmo a palmo. A la proximidad de las columnas francesas, el toque de arrebato voló de campanario en campanario, las localidades fueron abandonadas y cada cura párroco llevaba a sus feligreses al abrigo de las montañas para colocarlo en alguna roca escarpada, en la que tomaban posición y se juntaban a los “parrots” aduaneros del depósito de sal, que unidos contra los franceses a los contrabandistas formaban el núcleo de los levantados en armas.”

Heroísmo del alcalde Gutiérrez y del p:
rroco don Martín Cuffi.—Ocupación c:
Camprodón

OCUPACION DE CAMPRODON.—Al despuntar el día, Dagobert partió de los alrededores de Mont-Louis, en donde se hallaba acampado con sus soldados. A las cuatro de la tarde del día 4 de octubre, el sanguinario general francés hacía su aparición ante Camprodón. La defensa de esta localidad quedaba reducida a una simple muralla. En otro tiempo estuvo fortificada, pero, como consecuencia de un sitio notable, fué arrasada por las tropas de Luis XIV. Cuatro piezas de artillería de montaña trataron inútilmente de causar el derrumbamiento de la referida muralla. Dos de ellas estallaron a la primera descarga, hecho que ocurrió más de una vez, según propia confesión francesa. No quedó, por lo tanto, a Dagobert otro recurso que el de la intimidación. Al efecto, envió un parlamentario, que bien pronto regresó, llevando la respuesta del alcalde Gutiérrez, el cual pedía veinticuatro horas para consultar al Capitán General de Cataluña. Dagobert no concedió más que dos horas, exigiendo rehenes. **¡Yo enviaré balas!**, replicó el alcalde, exasperado, y efectivamente, un segundo parlamentario francés fué recibido a tiros de fusil. En vista de esto, Dagobert destacó de una aldea vecina un notable del país, que, penetrando en la villa, sembró en ella un espanto tal con sus declaraciones, que la mayoría de los habitantes aprovecharon la noche para escaparse. A pesar de ello, los más audaces, capitaneados por su cura párroco, el intrépido Martín Cuffi, decidieronse a resistir bravamente, dejando a la posteridad un alto ejemplo de valor y patriotismo. Con todo derecho pueden los catalanes gloriarse de la persona de Martín Cuffi, que no es ciertamente el único ejemplar de esta clase que dignamente figura en la legión de los nobles patriotas.

Pero todo intento de resistencia en Camprodón hubo de fracasar bien pronto. Y a la mañana siguiente, al avanzar Dagobert con sus columnas, después de un vivo tiroteo, la localidad fué abandonada y el enemigo pudo entrar sin dificultad alguna. Como puede suponerse, la ocupación de la misma dió lugar a las más lamentables escenas de crueldad y de venganza, y cuáles no serían los excesos cometidos por los revolucionarios, que el propio Dagobert, viéndolos cargados de botín e inquietos por la conservación de sus presas, renunció a su expedición a Ripoll, ordenando la retirada. Declara Fervel "que esta determinación le estaba aconsejada por motivos más serios: hallábase informado que llegaban refuerzos a los españoles y que no podía contar con la cooperación de la columna que marchaba paralelamente a la suya hacia Rivas, dado que esta columna ni venía mandada ni compuesta, tal como él lo había descrito". Efectivamente, Poinçot, que debía mandar este cuerpo expedicionario, había caído enfermo en el momento de partir, y el que debía suplirle, el General Marbot, había sido enviado a Tolón, siendo designado en vista de esto como jefe del mismo un tal Voullad,

oficial en el que la bravura sobrepasaba en mucho a su inteligencia. Este cuerpo había salido de Mont-Louis el día 5 con 700 hombres tan sólo, en tanto que otros 300, acompañados del representante Cassanyes, lo habían hecho de Puigcerdá. Ambas fuerzas debían reunirse en Dorry. Mas las dificultades de la marcha no permitieron que esta reunión se verificase hasta las ocho de la mañana del día 6.

Breve conquista de Rivas.—Dagobert es rechazado violentamente por los españoles, que le obligan a repasar la frontera

BREVE CONQUISTA DE RIVAS.—DAGOBERT ES RECHAZADO VIOLENTAMENTE POR LOS ESPAÑOLES, QUE LE OBLIGAN A REPASAR LA FRONTERA.—Reunidos los dos destacamentos franceses, marcharon, en vista de ello, sobre Rivas, al que no pudieron llegar hasta bien entrada la tarde, debido a tener que rechazar constantemente los ataques llevados a efecto de modo infatigable por los naturales del país. De la ocupación de Rivas, Cassanyes hace el relato siguiente: "Rivas hallase situado en una hondonada, dominada de una parte por las montañas (de las cuales estábamos separados por el torrente), en las que estaban guarecidos los parrots, y de otra, por una columna redondeada coronada por una gran roca, que parecía inaccesible. Este puesto, que se oponía a nuestro paso, estaba ocupado por 150 hombres. Con tres destacamentos rápidamente formados, Voulland, Peleuck y yo en el centro, nos lanzamos a la bayoneta. Nos apoderamos, asimismo, de un segundo puesto a la entrada de Rivas. Nos fué preciso traspasar el río para ponernos al abrigo de los **parrots**. El resto de la columna ha alcanzado ya las puertas de la localidad. Peleuck se apodera del último puesto que obstaculiza su marcha. Nuestros soldados hacen un fuego terrible. Somos dueños de la villa, pero los habitantes reúnense con los parrots, que no cesan de tirar en las calles. A la mañana siguiente, al despuntar el alba, se recibe un ordenanza de Dagobert que anuncia la imposibilidad en que se halla de continuar su marcha sobre Ripoll, puesto que sus soldados están cargados de botín cogido en Camprodón, deseando volver a entrar para depositarlo. Fué preciso disponerse a batirse en retirada. Los parrots redoblaron entonces su audacia, llovían las balas en el pueblo. Para detener a estos obstinados fueron expuestas algunas mujeres en las calles; continuaron tirando siempre, aunque con prevención, pero a pesar de ello una de estas desdichadas fué herida, cerca de nuestros oficiales. Entonces nuestros soldados, exasperados, pusieron fuego a algunas casas."

La defensa de Camprodón, descrita por el alcalde mayor de dicha villa

LA DEFENSA DE CAMPRODON DESCRITA POR EL ALCALDE MAYOR DE DICHA VILLA.—Si tal como la describe Cassanyes fué la conquista de Rivas por tiempo tan breve, veamos cómo el alcalde mayor de Camprodón, don Manuel Gutiérrez del Busto, daba parte

al Comandante General interino de las armas del asalto a Camprodón de que hemos dado ya cuenta:

"Excmo. Sr.: El día 4 del corriente nos atacó en esta villa de Camprodón, entre tres y cuatro de la tarde, el General Dagobert con 3.400 hombres, y según algunos prisioneros, con cinco y dos compañías de caballos. Les hicimos fuego y les contuvimos hasta cerrada la noche, que cesó por una parte y otra parte, y de allí a cosa de media hora me escribió dicho general el papel que literalmente dice lo siguiente:

"En nombre de la República francesa se hace saber a todos los paisanos que se sometan a las armas de la República, que hallarán seguro y protección en esta nación. Al mismo tiempo se ve obligado este general de avisar que todos los que se encuentren con armas en la mano, no siendo militares, serán ahorcados al instante y sus casas y bienes reducidos a cenizas. Fecho en frente de Camprodón a 4 de octubre de 1793, año segundo de la República.—Por orden del General en Jefe, el primer ayudante de campo, Jefe de Brigada Chretien."

"A cuyo papel contesté lo que sigue: "Los españoles no deseamos ni queremos más protección que la de nuestro amado Monarca y estamos resueltos a defender su territorio hasta el último extremo. Con todo, el alcalde mayor pide veinticuatro horas de tiempo para consultarlo con el Excmo. Sr. Capitán General.—Gutiérrez."

"En virtud de este papel me escribió el general francés el siguiente:

"El General en Jefe ha dado una prueba de humanidad a la villa de Camprodón avisándola que se rindiese a las armas de la República, y así espera que en el término de dos horas se enviará una segura responsabilidad en rehenes y se le dará entrada en la villa, de lo contrario, el General en Jefe no responde de contener el ardor de sus tropas. Frente de Camprodón, a las ocho y cuarto de la noche de hoy, 4 de octubre de 1793.—Por el General en Jefe, el primer ayudante de campo, Jefe de Brigada Chretien."

"A lo que contesté: "Enviaré por rehenes, balas, y cerraré las puertas de la villa con cadáveres de franceses.—Gutiérrez."

"En efecto, al rayar el día observamos que el enemigo empezaba a moverse, y mandé que todos, que seríamos 70 u 80 hombres, estuviésemos prontos para hacer fuego, con orden de que, si el enemigo por su superioridad nos obligaba a ceder, nos retirásemos para unirnos con otras gentes y cargarlos; todo sucedió así, pues al cabo de dos horas de fuego nos vimos precisados a ceder, pero habiendo yo marchado a buscar gente, los obligamos a retirar, de modo que sólo han estado en esta villa desde las ocho hasta las dos y media de la tarde, tiempo bastante para que nos dejásemos desnudos, rompiendo todo lo que no podían llevar; profanaron las iglesias, arrojando en tierra las hostias consagradas, y quemaron 11 casas. Este es el proceder de los bárbaros" (1).

(1) Refiriéndose a este hecho, comenta Ossorio y Gallardo en una nota puesta al pie de la página 70 en su obra «Historia del pensamiento político catalán durante la guerra de España con la República Francesa, 1793-95»: que el saqueo de los fran-

"Nosotros les tomamos 25 prisioneros y matamos un número considerable y los cogimos su tambor y una carga de cartuchos. Es inexplicable el amor, lealtad y valor del doctor Martín Cufí, vicario de esta villa, que asistió e hizo el mayor fuego, animando a todos, y manifestó tanta presencia de ánimo que en el mismo lance confesó a tres moribundos franceses, y así suplico a V. E. haga presente a S. M. el mérito de este leal vasallo y la fidelidad de los vecinos de esta villa, que antes quisieron perder sus bienes y exponer su vida que rendirse. Nuestro Señor guarde a V. E. muchos años. Camprodón y octubre 10 de 1793.—Exemo. Sr.—Manuel Gutiérrez de Bustillo.—P. D.: A nosotros nos tomaron cuatro prisioneros y mataron uno.—Exemo. Sr. Marqués de Baños, Comandante General interino de Barcelona."

De este relato se deduce, por lo tanto, que el abandono de Camprodón no fué tan espontáneo como trata de presentarlo el historiador francés Fervel. La decisión y el heroísmo del vicario don Martín Cufí y el valor y patriotismo de los habitantes que le secundaron merecían la gratitud y el reconocimiento de la nación y de su bondadoso Monarca, y así vemos por la "Gaceta" del 25 de octubre de 1793, cómo apreciando el Rey el mérito del alcalde mayor, le concede una cruz pensionada en la Orden de Carlos III y al vicario don Martín Cuffi se le diera una decente renta eclesiástica, disponiendo asimismo se dieran a todo el vecindario de Camprodón las más expresivas gracias, "no obstante que ni aquéllos ni los demás que hicieron aquella gloriosa defensa han pedido gracia alguna, cuya circunstancia ha hecho subir de precio en la estimación de S. M. el mérito de tan noble y honrosa acción". Cufí fué nombrado canónigo de Gerona ("Gaceta" de 18 de noviembre).

La actitud de los Somatenes

Estimamos que esta declaración oficial del desinterés y nobleza de los defensores del pueblo que nos ocupa tiene un valor extraordinario para poder darse cuenta del verdadero espíritu que animaba a aquellos sencillos, pero bravos, habitantes de las zonas montañosas catalanas vecinas a la frontera. Y ello nos permitirá, asimismo, darnos cuenta del papel desempeñado por los somatenes, de tan rancio abolengo y profunda raigambre en el pueblo catalán. Apunta el escritor castellano que hemos citado anteriormente que, según don Esteban Paluzie, en su libro "Olot, su comarca, sus extinguidos volcanes, su historia civil, religiosa y local", "En la reconquista de Camprodón tomaron parte principal los somatenes de aquella población, al mando de un coronel de guardias walonas. Ya en toda la campaña venían hostilizando al enemigo, mandados por el bayle don Francisco Fillol, sus hijos don Tomás, don Pedro y don José, don Raimundo Serra y Finestá y don Jaime Curros."

Este debió ser verdaderamente enorme. Cuanto en esta parte dice al Alcalde lo hecho corroborado y ampliado en una relación del suceso hecha por Gaspar Luis Mavisto al Comandante general interino, Marqués de Baños, relación que se conserva en la Capitanía General de Cataluña.

DECLARACIO

DE DON ANTONIO RICARDOS GENERAL DE L'ARMADA ESPANYOLA.

Les diferencias dels estats y dels Soberans no deuenen decidir-se sino en les tropes. Los habitans de les Viles y de la Campanya no poden ni deuenen y perdre ninguna part, si volen que llurs vides, llur Llibertat, llurs bens y llurs personnes sian en seguretat; en-consequència, jo declaro a tots los habitans Francesos que tota Persona qui baix lo nom de MIQUELETS, ho tot altre, serà trobat ab armes sobre d'ell ho amagades, y a mes forta-taho en fent-he usatge, si ella no es soldat enregimentat portant vestir uniforme y armes com tal soldat de tal ho de tal cos, serà en lo moment sens ninguna remissió penjat, sens altre formalitat com tambe tot official, encara ab brevet, qui no portarà la sua uniforma y totes les altres distinctions de qualitat de official: ans al contrari tots aquells qui havent portat les armes abans la present declaraciò tornaràn en llurs cases pèra viurer ab quietut vacar a llurs negocis y medis de viurer, serán en plena seguretat y s'els y pagará moneda comptant llurs recoltes o llur treball; mes tambe los bens y mobles de tots aquells que continuaran a portar les armes sens ésser efectivament soldats portant la uniforme y tenint place effective dins un regiment enemich seràn de prompte cremats, robats o venuts.

Fet a THUIR als 3 de Juliol 1793

ANTONIO RICARDOS

Généralissim de l'Armada Espanyola.

Les Querelles des Etats & des Puissances ne doivent se decider que par les troupes. Les habitans des Villes & des Campagnes ne peuvent ou ne doivent prendre part, s'ils veulent que leurs vies, leur Liberte, leurs biens & leurs personnes soient en sureté; C'est pourquoi je declare à tous les habitans François que toute personne qui sous le nom de MIQUELETS ou tout autre sera trouvé avec des armes sur lui ou cachées & à plus forte raison en faisant usage, s'il n'est pas soldat enregimenté, portant uniforme, acoutrements & armes comme tel soldat de tel, ou tel corps, sera dès le moment irrémissiblement pendu sans autre formalité, de même que tout officier, même avec patente, qui ne portera pas son uniforme & le reste des marques de sa qualité d'officier & qu'au contraire tous ceux qui, ayant ayant la présente déclaration porté les armes, retourneront dans leurs foyers pour vivre paisiblement, vaquer à leurs affaires & moyens à viure seront en sûreté plénière; qu'on leur payera comptant ou leurs denrées ou leur travail; mais aussi que les biens & effets de tous ceux qui continueront à porter les armes sans être effectivement soldats portant uniforme & ayant place effective dans un régiment ennemi seront brûlés, pillés ou vendus dès le moment.

Fait à THUIR le 3 Juillet 1793

ANTONIO RICARDOS

Général en chef de l'Armée Espagnole.

Con toda razón puede declarar Ossorio y Gallardo que "para juzgar la magnitud del servicio que aquellos batalladores aldeanos prestaron a España hace falta saber cómo el plan que venía acariciando Dagobert y que llegó a proponer a la Convención en los comienzos del siguiente año era llevar el terror al centro de Cataluña con una expedición que alcanzase hasta el Ebro, poniendo a contribución los pueblos y cogiendo los tesoros del Monasterio de Montserrat y del templo del Pilar de Zaragoza". Y convenimos, asimismo, en reconocer con el escritor aludido que: "Siendo Dagobert, como era, el más enardecido y arrojado de los generales que en el Pirineo operaban, hubiera llevado adelante su empeño a no tropezar con la indomable resistencia del país, al cual quiso aterrizar con procedimientos tan excesivos y reprobables como el de coger mujeres catalanas de los pueblos en que entraban, vestirlas con capuchones blancos y ponerlas en las primeras filas de los batallones franceses que entraban en fuego."

Sin duda alguna: "Medida de esta índole no podía quedar disimulada con las protestas verbalistas de Dagobert, que aseguraba ser portador del principio republicano, **muerte a los tiranos y paz a los pueblos**. El nuestro respondió a su historia. Quien lea las Memorias del representante Cassanyes, citadas frecuentemente por Fervel, se enterará de cómo aquellos pueblos españoles dificultaban todo movimiento a los invasores, trabando sus pasos con proezas heroicas, o con hábiles añagazas, o con engaños crueles, o con verdaderas chuscadadas."

Por cierto que el comentario final que a cuanto acabamos de exponer formula este historiador es digno de ser transcrita aquí. "No hay por qué decir—confiesa noblemente—que las dos columnas, la de Camprodón como la de Rivas, fueron rechazadas y hostigadas hasta la frontera con un encarnizamiento extremo", pero la afirmación de que "el tesón u obstinación de los defensores de las dos localidades no había, desde luego, conseguido otra cosa que hacer resaltar el ardor de las tropas francesas y la confianza que ellas tenían en su jefe" es de una gracia e ingenuidad igualmente francesas. **Dagobert estaba encantado**. Su optimismo no podía ser más espon-táneo: "Los generales son malos o están ausentes—escribía al Ministro de la Guerra—, los cañones me hacen fiasco, **mois ça ira**."

Correrías de Dagobert por la Cerdanya española

CORRERIAS DE DAGOBERT POR LA CERDAÑA ESPAÑOLA.— El fracaso de la anterior expedición, desde luego manifiesto al no haber podido el general de que tratamos llegar a Ripoll y apoderarse de la fábrica de armas en él establecida, no detuvo su voluntad infatigable de llevar a ejecución nuevas aventuras, y para ello fijó su atención en la Seo de Urgel como objetivo de las operaciones a realizar. Para penetrar en el valle del Segre, o mejor dicho, en la larga garganta que se extiende desde Belver a la plaza de referencia, se imponía el apoderarse de un gran pueblo amurallado llamado Mon-

teilla, edificado en la pendiente de las montañas que bordean la orilla izquierda del citado río, una legua y media antes de llegar a Belver. Este pueblo de Monteilla, que por su situación venía a constituir habitualmente el centro de reunión de todas las congregaciones civiles o militares de la comarca, acababa de recibir un refuerzo para su guarnición de unos 1.100 hombres o un poco más, de los cuales algunos cientos defendían el fondo del valle a las inmediaciones de Martinet.

Fué éste el punto a donde Dagobert se encaminó con su tropa el día 17, y habiendo llegado ante él, detúvose a corta distancia, esperando la llegada de Cassanyes. Verificada ésta, los españoles se apresaron a rechazar el ataque que les amenaza, y roto el fuego por ambas partes, el combate duró poco tiempo, pues los españoles, inferiores en número, abandonaron el campo de la lucha. Del mismo modo, los defensores de Monteilla entregaron la localidad al pillaje y a la voracidad de los soldados franceses, que cometieron en ella, según su costumbre, toda clase de abominables excesos, rompiendo todos los resortes de la disciplina y del humanitarismo. A qué extremo no llegaría la depravación de la tropa mandada por Dagobert, que Cassanyes, que se creyó en el caso de convocar un consejo de guerra, contrariando los propósitos que él animara, al estar seguro de cómo al proseguir su marcha de avance conquistaría sin gran esfuerzo a Seo de Urgel, decidió que todos los suyos regresaran a Belver, a fin de restablecer en ellos la disciplina, a tal punto atropellada. A este propósito, asegura Fervel que al resentimiento que produjera en el ánimo de Dagobert decisión para él tan humillante, hubo de unirse el sentimiento de presentir cómo más tarde la suspensión de esta expedición tan importunamente detenida había de costar cara a su país.

Dagobert, dando cuenta de esta expedición en una carta fechada el 15 de octubre, trataba de justificar su conducta ante el juicio del Ministro de la Guerra y de los jerarcas parisinos: "El soldado—escribía— a quien el representante Cassanyes obligó a incendiar Rivas ha creído poderlo hacer igualmente en esta ocasión. Y a pesar del cuidado que he procurado tener para ello, no he podido impedir el pillaje y el incendio. Todo el ejército y Cassanyes mismo darán testimonio de la necesidad de mis medidas para prevenir tales desdichas."

Pero, por su parte, Cassanyes, en sus Memorias, expone el siguiente comentario a estas declaraciones del general francés: "Nuestras tropas saquearon Monteilla y La Moline. Dagobert no dice nada de esto. Pude lograr el volver a nuestros soldados al culto del honor. El General Dagobert persistía en continuar su marcha hacia Seo de Urgel; yo convoqué un consejo de guerra, que acordó ser necesaria la vuelta a nuestros alojamientos, a fin de restablecer la disciplina."

Cualesquiera que pudieran ser los resultados de estas correrías del general francés por los territorios de la Cerdanya española, no vacilamos en admitir el comentario que, acerca de los mismos, formula el historiador Fervel. Admitimos que, como éste dice, Dagobert, a raíz de sus fechorías, se convirtiera en el terror de las comarcas de

referencia y, sin duda alguna, los españoles diéronle el calificativo de **demonio**. Reconocemos igualmente que "las trabas que con tanta frecuencia le suscitaban los representantes del pueblo (aunque ello fuese en Cerdaña y por parte de Cassanyes y contra el menos servicial de todos aquellos generales), la insuficiencia de medios puestos a su disposición y, finalmente, es preciso decirlo, un poco de debilidad por sus soldados, todas estas causas le impidieron alcanzar un resultado provechoso en sus excursiones, que hasta llegaron a ser causa de consecuencias lastimosas", pero, sobre todo, lo que no cabe duda es que, como lo confiesa de modo taxativo el historiador francés de referencia, "Dagobert no realizó otra cosa que segregar del ejército de Navarra, para incorporarla al ejército de los Pirineos Orientales, una división, que hubo de juntarse con la que vigilaba el Alto Aragón, sembrando con la alarma los gérmenes de una insurrección, que, creciendo sin cesar, concluiría por desbordar a los suyos".

La llegada del General Turreau, el sucesor oficial de Barbantane en el mando supremo del ejército de los Pirineos Orientales, y la caída e invasión de las nieves en estas altas comarcas montañosas del Pirineo, dieron fin a estas correrías de Dagobert, quien, avistado con aquél, recibió la orden de dirigirse a Perpignán con la mayor parte de su división.

El General Turreau en Mont-Louis

EL GENERAL TURREAU EN MONT-LOUIS.—Conocemos ya la personalidad de este joven general, pues apenas tenía treinta y ocho años, descrita en su biografía. La llegada a Mont-Louis, el día 11 de octubre, constituyó su primera preocupación y dió motivo a la realización de su primer acto de mando al enviar, como acabamos de decir, a Dagobert, en marcha hacia Monteilla, a Perpignán con la mayoría de fuerzas de su división. Esta decisión, lejos de representar un menoscabo a la labor realizada por él, significaba un reconocimiento cumplido de su experiencia, de su talento, de su perfecto conocimiento del terreno de las operaciones, por todo lo cual el nuevo General en Jefe juzgaba su presencia en el grueso del ejército tanto más necesaria por cuanto que el avance de la estación hacia ya inútil su permanencia en la Cerdaña. Ahora bien, es fácil comprender que el **viejo general**, el **demonio de los españoles**, aun agradeciendo el honor, se sintiese profundamente contrariado al tener que abandonar un mando en cierto modo independiente. Ya veremos el desdichado final que tuvo esta última actuación suya en la campaña de que tratamos.

CAPITULO XXII

La primera expedición a Rosas

El plan de guerra del representante Fabre. - Su ambición de gloria militar. - Consejo de guerra celebrado en Banyuls-les-Aspres el 23 de octubre. - El representante citado expone, ante sus compañeros y los generales, las operaciones ideadas por su fantasía. El General Dagobert, conocedor de las realidades de la guerra, rechaza irónicamente las proposiciones de Fabre. - No obstante darse cuenta el General Turreau de la razón que asiste a Dagobert, acepta con algunas modificaciones de detalle la expedición proyectada a Rosas. - Objetivo principal de la misma. - El sector de los Albères. - Partida de la expedición. - Conquista del col de Banyuls. - Enérgica defensa española en el centro del frente de combate. - Ineficacia de los combates franceses sobre ambas alas de la línea española. - Definitiva derrota francesa en el combate de Espollá, que da fin a la expedición.

El representante Fabre, su ambición
gloria militar y su plan de guerra



L representante Fabre había alcanzado como tal una merecida reputación entre los revolucionarios. Habiendo acudido a Perpignán en uno de los momentos más críticos, cuando la ciudad se hallaba a dos dedos de su pérdida, gracias a su actividad, a su celo y a su energía pudo conseguirse la reacción del espíritu público de la población y el buen orden de la misma. Pero como ha ocurrido siempre en las revoluciones con los hombres civiles que han llegado a alcanzar altos mandos, no le bastaba con esta gloria que pudiéramos llamar cívica para ver satisfechos sus deseos, y habituado ya a acompañar a las tropas de la Revolución en sus empresas militares, era la gloria militar y el mando superior de los ejércitos los que él ambicionaba realmente.

El papel desempeñado por Cassanyes tomando parte activa en las operaciones llevadas a cabo por Dagobert, muy especialmente su intervención en la jornada de Peyrestortes, habían despertado, si no la envidia, por lo menos la emulación de Fabre. En la citada acción, su papel había sido secundario, en tanto que Cassanyes había desempeñado el puesto de mayor representación. En vano había pretendido alcanzar su revancha en la batalla de Truillas, en la que, como recordaremos, no vaciló en suplicar con toda instancia a su dichoso colega se mantuviese pasivamente a un lado, con el fin de poder él alcanzar igualmente **su victoria**. "Fabre, queriendo tener su parte en la victoria, me suplicó le dejase solo con Dagobert", declara Cassanyes en sus Memorias al dar cuenta de la batalla de referencia. Por otra parte, la afrenta que tanto él como todos los suyos se habían visto precisados a sufrir por parte de los españoles al ser vencidos en esta ocasión de modo tan terminante le había llevado a un estado tal de irritación que, desde la retirada de los españoles al Boulou, no hacía otra cosa que espiar el momento favorable de llevar a ejecución un proyecto de ataque, desde hacía mucho tiempo acariciado por su fantástica mente y a juicio suyo considerado como el medio más eficaz de forzar a los españoles a repasar los Pirineos y poder a continuación llevar a vías de ejecución un enérgico plan de invasión por la parte oriental del norte de Cataluña.

Preparativos de Fabre para lograr la realización de su plan

PREPARATIVOS DE FABRE PARA LOGRAR LA REALIZACION DE SU PLAN.—A fines de junio, Fabre, arrastrado por su fiebre belicosa, vino a instalarse en la plaza costera de Collioure. Considerándose como un jefe de brigada encargado de la defensa de este sector de la zona de operaciones, acariciando los sueños más insensatos sobre su suerte futura, no había dejado de aprovechar ocasión alguna para ir acumulando refuerzos que aumentasen la importancia de las tropas que él consideraba a sus órdenes. Pero dada la organización militar de la Revolución, este representante o comisario del pueblo necesitaba que juntamente con él, al frente de la brigada, figurara como responsable un general idóneo, un hombre de confianza, y entre todos aquellos de quienes podía disponer, ninguno más adecuado que un joven capitán de ingenieros, jefe desde el comienzo de la campaña de tal servicio en la plaza de Collioure. Delattre era un hombre joven, alumno en otro tiempo de la Escuela de Puentes y Calzadas; había sido, como consecuencia de un concurso, improvisado oficial de ingenieros militares. Reunía todas aquellas cualidades que podía apetecer Fabre para contar con un dócil secundador de todos sus proyectos: actividad, inteligencia y un carácter débil y acomodaticio. De un salto fué nombrado general de brigada. A raíz de todo esto, el prestigio del representante que nos ocupa adquirió mayor consistencia, pues, como dijimos antes, acudiendo en los primeros días de septiembre a Perpiñán, alarmado por la desesperada situación de esta plaza, su actuación no pudo ser más afortunada para conjurar el peligro.

Consejo de guerra celebrado en Banyuls-les-Aspres para conocimiento del plan de referencia.—Exposición del mismo

CONSEJO DE GUERRA CELEBRADO EN BANYULS-LES-ASPRES PARA CONOCIMIENTO DEL PLAN DE REFERENCIA.—EXPOSICION DEL MISMO.—Aunque no haya conformidad acerca de la verdadera fecha en que hubo de celebrarse apresuradamente este consejo de guerra, puede asegurarse que éste tuvo lugar el 2 brumario, o sea el 23 de octubre. Por lo menos, así lo declara Dagobert. Recién llegado de Mont-Louis, con la mayor premura convocóse el consejo de guerra, asistiendo a él todos los generales divisionarios y los jefes de servicio del ejército, así como los representantes del pueblo Fabre y Gaston. Ante ellos, con el mayor desparpajo, Fabre hizo la exposición de su plan de guerra. El objetivo principal de la expedición a realizar era la conquista de las plazas fuertes españolas, la marítima de Rosas y la de tierra firme de Figueras, y para conseguirlo vamos a dar cuenta de los medios que él proponía.

La base de operaciones no podía ser otra que el macizo costero con sus plazas de Port-Vendres, Collioure y Saint-Elne. Por ello, ya

con anterioridad, es por lo que había hecho pasar al efectivo de la brigada la mitad de las tropas francesas disponibles, recibiendo el conjunto de ellas la designación de ejército de Collioure, y para asegurar el sostenimiento de estas tropas había ido acaparando enormes cantidades de aprovisionamiento, con lo cual acabó de agotar los recursos materiales, ya muy débiles, de los suyos y de llevar la desnudez y el hambre al resto de los soldados franceses.

Al calor de la esperanza anteriormente expuesta de rechazarnos por un ataque frontal del Boulou, este proyecto de invasión había sido aplazado, pero después de la desdichada tentativa francesa del 15 de octubre, Fabre volvió con nuevo ardor a acariciar sus importantes proyectos. La ocasión había ya llegado de satisfacer este anhelo, allí estaba Turreau, el General en Jefe, con el temible Dagobert, su compañero Gaston y los generales que indicamos anteriormente.

Según el plan de Fabre, para apoderarse de Rosas y de Figueras el ejército de Collioure debía organizarse en dos columnas de 4.000 hombres cada una, provistas de artífices y de baterías incendiarias (seis morteros y dos obuses), debiendo deslizarse a partir de Banyuls-sur-Mer; la una, a lo largo del litoral, por las montañas que se elevan al sur de la ciudadela de Rosas; la otra, a lo largo de los Albères, para caer sobre la fortaleza de Figueras.

La primera, embarcando su artillería en tartanas, clase de embarcaciones de aquella época, había de descargar su material en cap Gerbère. A continuación se encaminaría por Llança y la Selva hacia las alturas que dominan la bahía de Rosas; llegada ante ésta, asediada fuertemente, tendría que rendirse.

La segunda columna, franqueando la cadena por el col de Banyuls, se apoderaría de Espollá, ocuparía Recaséns para asegurar la retirada de los revolucionarios por el col Fourçade; después de observar lo que pasaba por el lado de Bellegarde, iría a tomar posición en las alturas o eminencias que bordean por el Oeste los atrincheramientos de Figueras. Esta fortaleza, asediada como la de Rosas, no dejaría de rendirse igualmente con toda seguridad. Una vez conseguidos estos objetivos, ambas columnas, reunidas en Castillón, caerían en masa por el col de Fourçade sobre la retaguardia o espalda del Boulou.

"Para operar estos milagros—comenta Fervel—Fabre contaba con el apoyo del proselitismo, actuando sobre la inteligencia de los ciudadanos del país, y, sin duda alguna, igualmente, con la realidad del axioma de guerra que asegura que "la Fortuna ayuda a los locos", es decir, a los audaces. En efecto, nada igualaba a la locura de semejante empresa, a la ilusión de pretender con 8.000 hombres lanzados al descuido (jetés en enfants perdus), sin víveres ni medios de transporte, a través de las más ásperas montañas, en medio de una población hostil y belicosa, detrás de un ejército aguerrido, del que no se trataba ni siquiera de distraer su atención por un ataque previo sobre su frente, medida necesaria para la pretendida conquista de dos grandes plazas que obraban en su poder; una de ellas con una escuadra a su disposición y los precedentes de dos sitios famosos (1645 y 1693), largamente sostenidos contra un doble ataque

por tierra y por mar; la otra, virgen todavía, pero reconocida como una de las principales entre las más bellas fortalezas de Europa. ¡Pero se estaba en una época en la cual los límites de lo imposible parecían cosa lejana!"

Como podemos apreciar, el plan de Fabre no podía ser más ambicioso en sus propósitos. Tratábase nada menos que de una invasión de Cataluña, de la liberación del territorio rosellonés en poder de nuestro ejército, de la repetición del caso de Tolón en España. No es, pues, de extrañar que este representante, acompañado de su colega Gaston, esperara el día 23 con verdadera impaciencia, la llegada de Turreau y de Dagobert y la consiguiente celebración del consejo de guerra, donde poder dar cuenta de tan amplios y magníficos proyectos.

**Dagobert se opone a los proyectos de
Fabre**

DAGOBERT SE OPONE A LOS PROYECTOS DE FABRE.—No era de extrañar que así sucediera, pues si el convencional autor del plan de guerra podía contar, desde luego, con la servil aprobación de aquellos generales, asistentes al consejo, no lo era así respecto de Dagobert, cuyo conocimiento de la guerra y acusadas cualidades de carácter que conocemos le daban una personalidad y una condición completamente independientes. "Dagobert combatió las elucubraciones de Fabre con toda la superioridad de un profesional sobre ignorantes enloquecidos, pero también con toda la brusquedad y causticidad que le eran propias. Así, habiendo gravemente anticipado que él concedería una amnistía a los españoles si entregaban Bellegarde, **en vuestro puesto, yo les pediría Barcelona**, replicó Dagobert. De cualquier modo, las amargas chanzas del general a costa de la firme convicción (foi robuste) del representante no sirvieron más que para irritar su orgullo y precipitar el desenlace que Dagobert trataba de evitar. La expedición que, según la intencionada frase de éste, **en el puesto de Ricardos hubiera él deseado**, fué, pues, resuelta."

Los positivos y acertados argumentos del viejo general francés no pudieron por menos de hacer mella en el ánimo de Turreau, y éste, queriendo, como vulgarmente se dice, **nadar entre dos aguas** y de este modo mostrar, por un lado, conformidad con la opinión de Dagobert y, por otro, no desairar por completo las pretensiones de Fabre, aprobó la realización de la expedición, pero siempre que ésta fuese dirigida solamente contra Rosas y no tuviese más alcance que el de un golpe de mano, con el fin de apresurar la retirada de los españoles, renunciándose por el momento a la intentona sobre Figueras e introduciendo, por consecuencia de todo esto, algunas modificaciones de detalle en la expedición a Rosas. Así, fué decidido que se haría coincidir la realización de la expedición con la de una diversión sobre Ceret y la de un falso ataque contra Montesquiou. Finalmente, se hizo un reparto de los mandos superiores: el de la operación principal fué confiado a Delattre, la diversión sobre Ceret se encomendó a Dagobert. En cuanto a D'Aoust, debía permanecer en el

Cuartel General para contener toda salida de tropas españolas del campo del Boulou y distraer su atención.

No muy convencido de la seguridad de su situación a causa de su actitud y acuerdo en el consejo de que tratamos, al salir de él Turreau quiso poner por completo a salvo o a cubierto su responsabilidad, tan extrañamente comprometida, por lo cual dirigió al Ministro de la Guerra la siguiente carta, que Fervel transcribe en su "Historia" y que, como él indica acertadamente, acaba de pintar la situación:

"Se me dió conocimiento por el General D'Aoust, delante de los representantes del pueblo, de sus proyectos y de sus medios para llevar a cabo una empresa cuyo éxito pudiera apresurar la retirada de los españoles. Anuncié que una vez terminada esta operación, concertada entre los representantes del pueblo y el General D'Aoust y que yo aprobé, yo me pondría a la cabeza del ejército principal y obraría completamente por cuenta propia. Yo no pude por menos de sorprenderme grandemente al oír al ciudadano Fabre proponer para este invierno la realización de conquistas en España. En vano quise combatir este proyecto, pues el ciudadano Fabre, auxiliado por sus colegas, manteniese en su plan. Os anuncio que me opondré con todas mis fuerzas a esta empresa peligrosa bajo todos los aspectos. Pero si los representantes de este ejército se obstinan en hacer ejecutar su proyecto; si aunque nombrado General en Jefe de este ejército, yo no soy más que un ser absolutamente pasivo, y si yo no puedo obrar de otro modo que en conformidad con las ideas de otros, os ruego me hagáis el favor de disponer de mí para ocupar otro destino. Extraño a la intriga, no teniendo otra ambición que la de cooperar con todas mis fuerzas al éxito de nuestras armas, me hallaré siempre satisfecho del grado que ocupe y del puesto que me sea confiado, con tal que yo pueda ser útil."

Dispuesta, pues, la realización de la expedición a Rosas en las condiciones de que hemos dado cuenta, veamos ahora cómo fué ejecutada.

El sector de los Pirineos orientales en el Col del Pertus y el mar

EL SECTOR DE LOS PIRINEOS ORIENTALES ENTRE EL COL DEL PERTUS Y EL MAR.—En este sector cabía distinguir dos partes perfectamente definidas: la línea de los Albéres y el macizo y la cresta de la gran cadena. Sabemos que los Albéres comienzan al este del col de Pertus y se prolongan hasta el col de Banyuls. Entre ambos puertos, dichos montes constituyen un cañón uniforme de masa compacta, con crestas tendidas y sin flexionamientos, con flancos abruptos, profundamente cortados y cubiertos de espesos bosques. La gran cantidad de barrancos y cortaduras del terreno hacían casi impracticable la marcha por tales pendientes. En cuanto a la cresta de la gran cadena pirinaica, ésta se presenta como un ancho y desconcertado conjunto de barrancos y nervaduras irradiados en abanico hacia todos los puntos de la costa, de tal suerte, que atravesar la

cadena a lo largo de la costa es recorrer el perímetro de este abanico montañoso, sorteando las mayores dificultades y teniendo que lanzarse a un verdadero dédalo de obstáculos e impedimentos.

En el sector de que tratamos no existía para atravesar la montaña otro paso principal y verdaderamente practicable para un ejército de aquella época que el col de Banyuls, y por ello, tanto en las campañas de 1675 como en la de 1677, este col había desempeñado un principal papel. Desde el comienzo de la guerra había estado vigilado atentamente por ambos bandos. Del lado francés, por los bravos habitantes de Banyuls, fervientes revolucionarios, apoyados por unos cuantos cientos de soldados de línea; del lado nuestro, hallábase establecido al pie meridional del col, junto a Espollá, un pequeño campo de observación, guardando el nudo de casi todos los senderos que descienden de los Albères a los campos catalanes del Ampurdán. Para su mayor seguridad, habíamos establecido un fuerte puesto de vanguardia en lo alto del col y sobre sus accesos septentrionales. Tales eran, por lo tanto, la línea natural que había que atravesar y los obstáculos que se vería precisado a salvar el ejército francés para poder presentarse ante las murallas de nuestra plaza marítima de Rosas.

Orden de combate del ejército francés.

Iniciación del avance

ORDEN DE COMBATE DEL EJERCITO FRANCES.—INICIACION DEL AVANCE.—En el fantástico proyecto del representante Fabre podía aceptarse una idea razonable. Era ésta la de una irrupción rápida y concentrada sobre Espollá por el col de referencia para llevar la alarma a la retaguardia del campo atrincherado del Boulou y obligarnos a una retirada total. Pero lejos de esto, según propia declaración francesa, la única modificación que en el plan que nos ocupó pudo operarse fué la de introducir nuevos fraccionamientos en la división expedicionaria, aunque en ella, en lugar de 8.000 hombres con que debía contar, no se encontrasen acaso 6.000 combatientes en el momento de iniciar el avance.

Esta división, así reducida en su contingente de tropas, fué distribuida por Delattre en tres columnas de 1.628, 2.326 y 1.948 hombres, todas ellas a las órdenes respectivas de los Jefes de Brigada Raimon, Ramon y Clauzel. El orden de marcha de estas tres columnas era el siguiente: la primera, o sea la de Raimon, debía avanzar a lo largo de la costa, apoyando la marcha de la segunda; ésta había de dirigirse sobre el col de Banyuls; finalmente, la tercera, o sea la de Clauzel, después de pasar por el col Fourcade y haber observado la actitud de Bellegarde, retrocedería hacia Espollá, llegando a ella en el preciso momento en que la columna del centro, con Ramon, ejecutara sobre este puesto un ataque frontal, que había de constituir el golpe decisivo o principal de la acción.

El 25 de octubre las dos primeras columnas salieron de Collioure para organizarse en Banyuls-sur-Mer, de donde volvieron a salir el mismo día hacia el campo enemigo a las cinco horas de la tarde. La

columna de la izquierda siguió el camino de la costa que conduce al col de Bélistre. Debía dirigirse, por Llánça, la Selva y Cadaquès, al fuerte de la Trinidad de Rosas, pero regulando la marcha de tal modo que en todo momento pudiera apoyar la marcha de la columna central. Esta, habiendo remontado el camino del col de Banyuls, vino a vivaquear a una hora y media de distancia de los atrincheramientos españoles.

El comandante jefe de los atrincheramientos españoles en Banyuls era el General Arias, quien tenía establecidos a vanguardia y en tres puntos que dominaban las avenidas septentrionales del col tres puestos avanzados que, como puede suponerse, tenían tras sí la línea montañosa del Pirineo. Era, por lo tanto, ésta una mala situación para los nuestros, y entendiéndolo así el General Delattre, resolvió aprovecharse de ello y, distribuyendo su columna en tres destacamentos, ordenó a las dos de los flancos envolvieran el intervalo entre las crestas y las líneas españolas, en tanto que él, con la del centro, las atacaría de frente. Una hora antes de despertar el día 26, todos estos movimientos hubieron de comenzar, y tales fueron las dificultades de la marcha, que hasta diez después no pudieron llegar a sus destinos; las columnas llevaban consigo dos piezas de a cuatro, dos obuses de a seis pulgadas y seis piezas denominadas **republicanas**. Para mantener el ánimo de los suyos, tanto Delattre como el representante Fabre se vieron en la precisión de dar personalmente el ejemplo, *attelés à la même bricole*, es decir, uncidos o agarrados al propio petral o brígola. Hasta las cuatro de la tarde los franceses no se encontraron en disposición de poder iniciar el ataque. Los nuestros, que habían visto cómo los enemigos bajaban por el pla del Arco a dos horas próximamente de Recasens, en nuestro territorio español, vieron así también cómo después de saquear a Cantallops, pueblo también español, pasaban en Villa Ontoli la noche de este día.

Diéronse igualmente cuenta los nuestros, a las siete y media de la mañana del día 26, de cómo el enemigo marchaba en dirección hacia Espollá por el frente de la collada grande, asegurando nuestra información oficial que se les impidió tomar tales caminos. Se encaminaron luego hacia el col de la Carbaser, llegando hasta el bosque que lo cubre, y en su marcha fueron detenidos y desordenados por la avanzada del Brigadier D. Ildefonso Arias, quien con un Grupo de tropas se hallaba acampado, desde el 10 de este mes, en las cercanías de Espollés, habiendo hecho retroceder al convoy que llevaban consigo los franceses otra avanzada que tenía puesta el Capitán de granaderos del regimiento de Soria D. José Flemign y las partidas del Brigadier D. Francisco Solano, igualmente acampado en las alturas del Pirineo en el emplazamiento de este paraje, recobrando una porción crecida de ganado de toda especie de que se habían apoderado.

Nuestra información oficial se limita a decir que el día 26 estuvo el Brigadier Arias disputando el col de Banyuls a los enemigos, que lo atacaron con fuerzas cuádruples, y no pudiendo al fin mantenerlo se vió precisado a replegarse aquella noche sobre Espollá. Por la información francesa sabemos ser efectivamente cierto cuan-

to anteriormente exponía la nuestra, y al dar cuenta del choque en que los franceses tuvieron que abandonar el ganado que acababan de recoger, confiesa que, ellos, tuvieron en este encuentro muchos hombres muertos y un gran número de heridos; siendo lo más cruel del caso la triste circunstancia de que a causa de la falta de transportes, los desdichados heridos quedaron abandonados en las aldeas o en el campo de la acción, siendo bien pronto víctimas del furor del enemigo o de la venganza de los naturales del país.

Todo el día 26 estuvo el Brigadier Arias disputando la posesión del col de Banyuls a los enemigos, que lo atacaron con fuerzas cuádruples; pero viendo finalmente que por este hecho le era imposible mantenerse en dicho puesto, ordenó el repliegue a Espollá, aprovechando la oscuridad de la noche. Arias, según la información que nos proporciona Fervel, había formado en orden de batalla ante sus atrincheramientos las tropas que los guarneían, pero presionado por ambas alas, sufriendo los efectos del fuego de los tiradores franceses y viendo amenazada su retaguardia, al ser prontamente atacado de frente por la columna central, al mando de Rampón; al ver también que algunos de nuestros puestos avanzados eran abandonados por sus defensores, retirándose al abrigo de los reductos, dispuso la retirada que hemos indicado. De ella no se enteraron los franceses hasta la madrugada del día siguiente. En vista de ello, Delattre emprendió la marcha para ganar el col de Banyuls, lo que representaba la ejecución de una penosa marcha, que exigió unas dos horas. Al llegar a lo alto de la frontera las tropas francesas descendieron por la vertiente meridional y fueron a vivaquear a media legua de la cresta, en un lugar denominado Plá de la Serra, en el que quedó establecido el cuartel general. Tras un reparador descanso durante la noche del 27, a la mañana siguiente reanudó su marcha la columna de Delattre, y de este modo el día 28 de octubre los soldados de la Revolución aparecieron ante nuestra posición de Espollá.

Fracaso del primer intento francés sobre Espollá el día 28

FRACASO DEL PRIMER INTENTO FRANCES SOBRE ESPOLLÁ EL DIA 28.—La posesión de Espollá representaba para el ejército francés tener abierto el camino a nuestra importante plaza de Figueras. El campo español se encontraba emplazado ante el pueblo en una pequeña planicie rodeada de mamilones o pequeñas colinas, que durante todo "el día 27 estuvo Arias fortificando lo mejor que pudo, colocando baterías volantes en los parajes más oportunos y repartiendo la tropa en los puestos, reservando la caballería en el llano de Espollá, por si intentaban los enemigos bajar al mismo" ("Diario oficial español de las Operaciones", días 25 al 30).

Contando Delattre con que la columna de la derecha, a la que aquel mismo día 28 había dado orden de reunirse a la central en Espollá, no vaciló en lanzarse inmediatamente sobre nuestros atrincheramientos, y gracias a este efecto de sorpresa no es extraño que

por un momento el general francés adquiriera cierta ventaja sobre los nuestros. Pero la columna esperada no se veía aparecer, y eran ya las cuatro de la tarde cuando en aquella expuesta situación nuestro ejército inició una energética reacción ofensiva, que logró alcanzar por completo al enemigo, obligándole a retirarse al resguardo de la rampa que conducía al col.

Con toda razón, por lo tanto, podía asegurar nuestra información oficial que, en efecto: "El 28 fué Arias por segunda vez atacado por los franceses, queriendo éstos forzar a toda costa el campo y puesto de Espollá, pero los rechazó con un tesón y firmeza que hacen el mayor honor a toda la tropa de su mando, y reforzado al mediodía con un batallón de cazadores de Castilla, que al mando del Brigadier D. Juan Manuel de Vives le envió el capitán general, combatieron con tal empeño, que acaso no hubieran sido precisos otros dos batallones enviados en su auxilio por el mismo general en jefe, y llegados a las cuatro de la tarde, para poner, como pusieron, a los enemigos, tres veces más numerosos que los nuestros, en precipitada fuga, dejándose municiones de cañón y fusil, muchos muertos, gran número de heridos y algunos prisioneros, retirándose a las inmediaciones de las inaccesibles alturas del col de Banyuls .

Triste destino de la columna francesa de la derecha, al mando de Clauzel

TRISTE DESTINO DE LA COLUMNA FRANCESA DE LA DERECHA, AL MANDO DE CLAUZEL.—¿Cuál era, por lo tanto, la suerte de la columna esperada en vano y a causa de cuya ausencia atribuía Delattre su derrota? Esta columna, que, según las órdenes recibidas, había partido de Collioure el día 26, dirigiéndose al col de Fourçade, pudo llegar a Cantallops, dejando a la derecha la aldea de Recasens y vivaqueando en la tarde del 27 a la inmediación de Villa Ortoli. De todo esto ya dimos cuenta anteriormente, así como de las circunstancias que desgraciadamente hubieron de darse en la ocupación y saqueo del citado pueblo de Cantallops, en donde los revolucionarios dieron rienda suelta a sus depravados instintos. Al día siguiente, 28, la columna de que tratamos, conforme a las órdenes recibidas, emprendió la marcha en dirección a Espollá, pero ante la presencia de algunos puestos españoles retrocedió, y dando un gran rodeo, atravesando el bosque de Carbaser, creyó sin obstáculo alguno poder llegar al lugar de encuentro convenido.

El tiempo perdido en este falso movimiento permitió a los españoles desembarazarse de Delattre y enviar tropas de descubierta hacia su izquierda. Encontrada por nuestros soldados la columna, despistada y retrasada, fué bien pronto batida y desordenada y puesta en trance de tener que abandonar el terreno de la lucha, siendo perseguida de una manera tan encarnizada y violenta, que durante dos días permaneció sin poderse abrir camino en dirección de las crestas, lográndolo por fin a costa de pérdidas enormes y de enojosas fatigas. "Sin otros víveres que las bellotas de los bosques, ator-

mentada por un tiempo espantoso, la columna francesa sembró los barrancos de soldados agotados, en la seguridad de que no había de volverlos a ver, puesto que la imprudente y bárbara orden dada a nuestras tropas de arrasar todo en su expedición a los Alberes había de tal modo exasperado a los habitantes de las montañas, que éstos ahogaban sin piedad a todo aquel que caía en sus manos, sin perdonar a los heridos" (Fervel).

Destino semejante de la columna de la izquierda

DESTINO SEMEJANTE DE LA COLUMNA DE LA IZQUIERDA.
 Efectivamente, no fué más feliz la suerte de esta columna que, al mando, como hemos dicho, de Reimón, debía de correrse a lo largo de la costa, siguiendo el camino, como dijimos, del col de Belisatre para seguir, una vez en España, por Llança, la Selva y el Cadaqués hacia el fuerte de la Trinidad de Rosas, pero acomodando su marcha a la de la columna central. En un principio, como quiera que en esta parte de la frontera teníamos muy poca tropa encargada de su vigilancia, fácil les fué a los franceses apoderarse de los primeros pueblos fronterizos de Cólera y Llançá, que saquearon, sometiéndolos a toda clase de desmanes. Pero al llegar en su avance al puerto llamado de la Selva, la columna fué detenida por el fuego de una batería allí asentada, enviando para defenderla el General Ricardos dos compañías del regimiento de Milicias de Murcia, de guarnición en la plaza de Rosas, así como algunos somatenes, al mando del Coronel D. José de Espeleta, sargento mayor del regimiento de Infantería de Córdoba.

"Los franceses, dejándose a la izquierda el puerto de la Selva, se extendieron por aquellas montañas, saqueando todas las casas, y entre ellas el monasterio de Benedictinos de San Pedro de Rodas, en donde hicieron mucho estrago, rompiendo altares, la librería, la bodega y muebles de la Abadía y casas particulares de los monjes, que con anticipación habían sacado el dinero, alhajas y ornamentos más preciosos de la iglesia, pudiéndolos salvar.

Ante el ataque francés, el Brigadier Vives se destacó del cuerpo de nuestra tropa con la mitad de las fuerzas con que los habían batido en Espollá, y cuando salió a buscarlos halló que habían desamparado el terreno los franceses, amenazados por una insurrección general de toda la costa, sublevada de indignación por el saqueo e incendio cometidos en las localidades y viviendas de la comarca y agotados por el hambre y la miseria a causa de una lluvia torrencial que caía sin cesar desde su salida de Collioure, haciendo imposible la marcha de los convoyes y los transportes de víveres y material de campaña.

Pero el Alto Mando español estimó que esta retirada de los franceses, tanto como obligada por el esfuerzo y la resistencia de nuestras tropas venía impuesta como una operación muy estudiada para atacar Espollá en unión de las fuerzas que habían realizado los intentos anteriores, constituyendo así un cuerpo no inferior a 10.000 hombres.

Combate de Espollá

COMBATE DE ESPOLLA. — Bajo tan desfavorables auspicios, cuando el fracaso de las operaciones anteriores parecía aconsejar el renunciamiento a la expedición proyectada, cada vez más obstinado en sus propósitos, Fabre pasó los dos días siguientes ocupado en dictar las órdenes y tomar las disposiciones necesarias para que, con refuerzos procedentes de Collioure, pudiera contar el 29 por la tarde con un efectivo de 5.000 hombres, concentrados en el campo de la Selva. Como vemos, este efectivo, facilitado por la información francesa, acusa una cifra mitad justamente de la ofrecida por la nuestra, que eleva a 10.000 el número de combatientes dispuestos a la conquista de Espollá. Y hemos de convenir con toda buena fe en que no es presumible que con tan sólo 5.000 hombres se decidieran los franceses a llevar a cabo una acción que revestía caracteres de importancia.

El día 30 de octubre, a las nueve de la mañana, nuestras tropas ocupantes del campo de Espollá pudieron ver cómo el enemigo avanzaba en orden de batalla, como entonces se decía. Nuestra información oficial asegura que en el campo de Espollá escasamente tendríamos 1.500 hombres. Confesemos que parecen muy pocos, si tenemos en cuenta el ataque que se vieron precisados a contener y la calidad del esfuerzo realizado por ellos.

Aquel ejército de la Revolución que así se presentaba ante el campo español era el de Delattre, y para realizar el asalto al mismo llegaba al alcance de los fuegos de nuestras baterías organizado en tres columnas, con la misión, la central, de atacar de frente la posición española, y las columnas de los flancos los nuestros, amenazando la retaguardia.

El Brigadier Arias, postrado con una fuerte calentura, según advierte nuestro comunicado oficial del día que nos ocupa, a pesar de ello montó a caballo y se dispuso a contener y aun rechazar el ataque francés. El reconocimiento del dispositivo u orden de combate adoptado por el general revolucionario fué del todo exacto por parte del nuestro. Al efecto, hizo colocar tres cañones de montaña en posición: uno a la izquierda y otros dos en previsión para suplir con ellos—expone textualmente nuestra información—donde conviniese, la falta de gente.

Ataques franceses infructuosos

Confiesa esta misma información oficial que, empeñado primero el ataque de la izquierda, Arias pudo rechazar varias veces los ataques enemigos, y otro tanto ocurrió, aunque tan sólo por una vez, en el flanco derecho. Sin duda alguna, como lo apunta Fervel, este último intento debió llevarse a cabo débilmente por parte de los suyos. Pero no ocurrió así en el flanco izquierdo, pues reiterando sus ataques los franceses, lograron apoderarse de las dos alturas más importantes de aquel sector y en las que teníamos establecidas nuestras más sólidas defensas exteriores.

Para darnos cuenta de la situación es necesario que tengamos en cuenta cómo el Brigadier Arias había dejado una fuerte reserva en el campo y había salido al exterior y a vanguardia de su frente principal para contener al enemigo. La caída de las dos alturas de referencia ponía a sus tropas en trance de verse envueltas y cortadas en su línea de retirada al campamento. Reforzando su izquierda con refuerzos desgajados de los Cuerpos de la derecha, nuestro Brigadier pudo contener por un momento el empuje enemigo, pero como quiera que reforzados más los franceses volvieron a ganar terreno, de suerte que por tres veces se vieron nuestras tropas con enemigo por el flanco de su batería central, Arias creyó oportuno disponer la retirada de sus fuerzas.

Para ello envió a Espollá los cañones de montaña y tres de las otras cuatro piezas de batalla; mas habiendo dado orden de que previamente se colocasen en una altura intermedia para hacer de ella un punto de reunión que sirviese de apoyo a su retirada, "en estas apuradas circunstancias—informa nuestro comunicado—mandó que fuese el regimiento de Caballería del Príncipe, reducido a un esquadrón, al mando del Comandante D. Miguel Clairac, y una partida del de Caballería de Algarbe, a hacer frente a la caballería enemiga, que avanzaba, así como a su numerosa infantería, ya muy internada. Esta operación contuvo a los enemigos, y entonces disminuyó Arias por segunda vez su derecha, casi desguarneciendo su centro, y animando a la tropa, cargó al enemigo con toda la osadía y esfuerzo que podía apetecerse".

Confiesa el historiador francés que la carga de nuestra caballería contuvo prontamente el empuje de los suyos. Es de presumir que fuera no sólo la carga, sino todo el contraataque realizado por las tropas en la forma que hemos expuesto. Arias se dispuso a reanudar el combate. Otras circunstancias favorables permitieron satisfacer la realización de este propósito y a que se viese coronado por el éxito más completo: "Al empezarse esta acción—declara nuestra información oficial—había avisado Arias al comandante general de Figueras y de toda la tropa que estaba en esta parte de España, el Teniente General D. Juan Manuel Cagigal, el cual inmediatamente se dirigió hacia Espollá, acompañado del Cuartel Maestre don Tomás de Morla, quien a la sazón se hallaba en Figueras; del Coronel D. Ignacio Hurtado; capitán de Guardias españolas, que se hallaba en la misma línea, convaleciente de su grave enfermedad, y de toda la tropa que pudo recogerse. Llegando todos ellos en lo más vivo de la acción y a tiempo de que Arias acababa de recibir aviso de su derecha de cómo los enemigos empezaban a ser cargados por su flanco izquierdo, como así lo eran efectivamente por el Brigadier Vives, a quien el General Cagigal y el Cuartel Maestre Mola fueron a decir personalmente que viniese, contribuyendo estos dos generales y el Mariscal de Campo D. Valentín de Belvis a animar mucho toda la tropa".

En estas condiciones se inicia para nuestras tropas una reacción favorable. Reunidos los generales españoles, "Cagigal mandó a Arias que siguiese en sus disposiciones, que aprobó, y estuvo dando otras que parecieron las más precisas en diversos puntos, destinando en algunos de ellos al Capitán de Guardias españolas Hurtado, y haciendo todos el último esfuerzo, tomó otro aspecto la acción, a pesar de ser aún cuádruples las fuerzas de los enemigos, con el ánimo que siempre infunde el principio de la victoria".

Con gran conocimiento de la moral de las tropas, "avisó Arias cuanto ocurría a los combatidos y apurados pequeños Cuerpos, que se sosténian con trabajo, haciendo los últimos esfuerzos contra columnas enteras, redoblando así en todos ellos con esta noticia su valor, a punto de que llegando la caballería, al mando del Coronel D. Fermín de Eguía, aun cargando en terreno escabroso y cortado, impuso terror a los enemigos, haciéndolo también la que mandaba el Coronel D. Fernando Cagigal".

El triunfo español no se hizo esperar; cargando nuestras tropas en masa sobre la derecha, ésta se vió desbordada, quedando aislados y envueltos los soldados de Delattre. Ante la carga de la caballería nuestra, dominados por el terror, lanzáronse a la más rápida huída, y puestos así en precipitada fuga, no pudieron ser perseguidos a más de media legua de distancia, y ello por desfiladeros de difícil tránsito.

Arias recobró sus puestos perdidos, abandonando en su huída los franceses 61 prisioneros, entre ellos cinco oficiales.

"Duró esta acción todo el día 30, sin cesar el fuego de la artillería y fusilería—declara nuestra información—, y como los enemigos se metían ciegos sobre nuestras baterías, sufrieron una gran pérdida; en una sola loma inmediata se hallaron muertos 60 franceses, y los que se registraban en los barrancos y cañadas de que está rodeado todo aquel terreno formaban un espectáculo horroroso; sus heridos, según declaración de los desertores, pasaban de 400; se les tomaron tres banderas, una de ellas destrozada, y muchas municiones de artillería. Nuestras pérdidas consistieron en 20 muertos y 200 heridos, entre ellos 16 oficiales de gravedad." Felvel declara que ellos dejaron sobre el campo 50 muertos y que se les cogió 62 prisioneros y tres banderas. Y el diario oficial francés, calificando el ataque o combate de Espollá como uno de los más vigorosos, coincide con el historiador francés en el número de bajas sufridas por las tropas de la Revolución y en el de banderas y prisioneros a ellos cogidos. Y comentando el desarrollo de la operación, expone:

"Tal fué el resultado de la invasión del Ampurdán. En este asunto nuestras tropas no tuvieron tan sólo que defenderse contra el enemigo, sino que, agobiadas por una lluvia casi continua, fueron durante cuatro días presas hasta el fin de los rigores del frío y de todas aquellas fatigas que ocasionan semejantes accidentes. Muchos combatientes se vieron reducidos a comer bellota, que encontraban

en los bosques. El representante del pueblo, Fabre, y el General Delattre volvieron a Collioure y entraron en él poco satisfechos de su empresa, aunque atribuyendo siempre la falta a la columna de la derecha, que al no efectuar su junción en Espollá habían hecho fracasar esta expedición. Como consecuencia de ello, el comandante de esta columna fué detenido y conducido a la prisión del Castillet, en la que murió de pena." Y por su parte expone Fervel: "Tal fué de este lado el último acto, ya que no la clausura de esta triste **figarata**, que previamente se había pomposamente decorado con el nombre de **expedición a Rosas**".

Este fracaso francés tuvo indudablemente para nosotros una gran importancia, pues sin duda alguna, como lo hace constar Mancellac en la "Historia de la guerra entre Francia y España": "gracias al valor y a la sangre fría del Brigadier D. Ildefonso Arias, los planes del representante Fabre fueron desconcertados, y nuestro ejército halló en ello su salvación", a lo que contribuyó el fracaso de la expedición a Geret, llevada a cabo por Dagobert, y de la que daremos cuenta en el capítulo siguiente. Si, por el contrario, el éxito hubiera coronado el desarrollo de las operaciones llevadas a cabo por Delattre y el **viejo general**: "No hubiera quedado a los españoles concentrados en el campo del Boulou otro recurso que el de la punta de sus bayonetas para abrirse paso a través del ejército francés, intentando a todo trance el regreso a su país..." Y como espantado por la consideración de tan desastroso cuadro, el escritor que así se expresa no puede por menos de exclamar: "**Quels résultats!**" Ciertamente, éstos no hubieran podido ser para el ejército del General Riçardos más desastrosos. ¡Mas Dios no quiso que así fuera!

